

EL LOBO Y LA OVEJA



TANIA VILLAR

**El lobo y la oveja: Un gran detective, la
mujer de sus sueños y un crimen por resolver**

TANIA VILLAR

Copyright: Publicado en Amazon

CONTENIDO DE LA NOVELA

[Capítulo 1: El novato](#)

[Capítulo 2: Oportunidades](#)

[Capítulo 3: Siguiéndole los pasos](#)

[Capítulo 4: Una corazonada](#)

[Capítulo 5: Paula](#)

[Capítulo 6: Sucesos](#)

[Capítulo 7: Inquietudes](#)

[Capítulo 8: El sumario de las sospechas](#)

[Capítulo 9: En el nombre del asesino](#)

[Capítulo 10: Razones](#)

[Capítulo 11: Un detective decidido](#)

Sobre la Autora

Tania Villar es una entusiasta y empedernida escritora de novelas románticas. Cada una de sus obras relata hechos vividos en el pasado o imaginados en una fría noche de la mano de un café caliente.

Cada una de sus obras reflejan la ilusión, el amor, el engaño y la pasión que nos rodea a diario. Muchas de sus novelas desbordan de placer, pero al mismo tiempo de ternura. Ningún relato está escrito al azar; ya que cada una de sus historias son fragmentos aportados de su propia vivencia o de una que otra de sus lectoras.

Capítulo 1: El novato

El radio de tu vehículo no deja de sonar; todos llaman porque el crimen sigue azotando las otras calles de la ciudad mientras que estás en el medio de esta escena, con un vaso de café en la mano. Las sirenas a tu alrededor comienzan a darte dolor de cabeza, no se escuchan, pero no paran de brillar intensamente. Levantas el brazo para ver tu reloj y suspiras decepcionado cuándo te das cuenta que ya han pasado veinte horas desde que lograste dormir un poco. El café no sabe bien porque te sientes más amargo que él, aun así, lo bebes. Estas seguro de que todos a tu alrededor están hablando sobre ti... te gustaría no poder escucharlos.

Sus palabras necias atraviesan tus oídos; sabes que lo echaste a perder todo, sin embargo, reconoces que no te queda más nada por hacer.

Será para la próxima, novato —te dice un oficial de policía, luego de asustarte con una palmada en el hombro. No logras identificar de quien se trata, pero eso no te priva de sonreírle por cortesía; él no te ve, sigue de largo como si no le importaras. No le importas, la verdad.

«Hum... novato», piensas. Aquel uniformado te acaba de decir novato también ¿Cuándo dejarán de decirte así? Por el amor a Dios. Le das otro sorbo al café porque a este punto todo lo que haces es por reflejo, mientras te giras para pasar por debajo de la cinta amarilla que tienes atrás.

Ahí no hay más nada que hacer. No quieres ver de nuevo a la pobre chica que está tendida en el suelo, aunque de todos modos no te puedes acercar; los forenses ya están recolectado cada detalle con mucho cuidado. Desde lejos, miras como trabajan: fotografiando y etiquetándolo todo.

Ya apartaste los ojos de todo eso y cada vez que pestañeas se te hace difícil no ver su cuerpo en el suelo, esparcido en diferentes fragmentos de ella, tres o cuatro; los suficientes como para agrandar tu culpa. No te permites sentir asco por la manera en que resultaron las cosas... nadie te manda a arruinarlo de esa forma. Con su identidad tatuada en el pavimento, el estómago te ruge.

Sientes que quedan cosas sin resolver, pero es una sensación vacía ya que, con lo que sucedió, debes cerrar el caso.

Tratas de evitar las miradas que te persiguen mientras caminas. Quieres tomar una ducha, acostarte, tratar de despejar tu mente; mañana será otro día y el papeleo te espera.

Son cosas que pasan —exclama tu compañero Carl, desde lejos, mientras que se sube a su propio coche—; no te preocupes.

Sus palabras de aliento son las de un hombre sensato; no dejan de parecerte vacías a pesar de eso. A penas y lo conoces y ya se siente que es tu amigo ¿Qué le sucede a ese tipo? Cree que porque toda su carrera ha sido un detective puede sentirse cómo tú... es a él a quien deberían estar diciéndole novato.

Respiras profundo... pese a que con tan solo escucharlo hablar sientes que todo ha empeorado, levantas la mano con la que sostienes el café para hacer un gesto de agradecimiento. Piensas con sarcasmo: «ay, que amable que se preocupe por mí...» como si con eso comieras.

Cualquiera se esperaría que todos estuvieran de ánimos apagados, respetando el hecho de que alguien acababa de morir. Piensas así hasta que recuerdas que parte de su trabajo es encontrarse con personas muertas, esto es normal para todos, alguna vez lo fue para ti también. Además, ninguno de ellos causo esta muerte, tú sí.

Bajas la mirada para evitar ver a los demás, quienes se apartan al tenerte cerca. «El novato

está pasando», piensas que ellos piensan. Cuando por fin te encierras en tu coche, haces un esfuerzo para no quebrarte, gritar, golpear el volante o comenzar a llorar. No, todos te están viendo. Es por eso que das un respiro, cierras los ojos, te suenas el cuello y enciendes el motor. Mañana será otro día, piensas de nuevo.

El mañana de ayer ha llegado.

El dolor de cabeza no se te quita. A pocos segundos de abrir los ojos, recuerdas que soñaste algo sobre el cadáver de Tris, algo perturbador con escenas de lo que sucedió anoche, solo que, en el poco tiempo que tardaste en recordar su nombre, ya no te viene a la mente todo lo que viste mientras dormías. A pesar de eso, sabes que no te vas a poder quitar su rostro, su grito, ni su nombre de la cabeza, no mientras que sigas enredado en todo esto.

Sigues tu rutina de detective para usar tu ropa de detective y salir en tu coche de detective hasta tu trabajo como detective. Mientras ves el camino, te preguntas si hiciste bien en lograr tus sueños, o si esto en realidad, todo esto, era lo que querías. Y la pregunta aparece de nuevo cuando llegas a la jefatura y las personas hacen como si nada hubiera pasado, pero sin hacerte olvidar que eres el novato, no te lo dicen, pero lo sientes.

Cansado, caminas hasta la oficina de tu jefe porque sabes que le debes una explicación.

Alan —dice tu nombre con aflicción, como si aún no pudiera creer lo que hiciste. Sin embargo, no te sientes juzgado—, ¿Qué fue lo que pasó?

¿Por dónde empiezas?

Yo... creí que lo tenía todo bajo control —te justificas, sintiendo que pudiste decir algo mejor.

Ese es el problema, hijo... deberías suponer que no tienes nada bajo control —te responde—. Las cosas tienden a salir mal.

Sí, pero... —todavía no sabes cómo decírselo. Suspiras para llenarte de valor—: todo iba bien hasta que llegamos al departamento —dices—, creí que lo teníamos ya, todo se fue a la mierda. Nos estaba esperando.

¿Y la chica?

La tenía agarrada del cuello... —tragas saliva, porque casi le llamas por su nombre—, señor. A penas abrimos esa puerta, ya estaba en la ventana mientras que nos apuntaba con el arma. Le dije que la pusiera en el suelo, que no hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse, pero él se veía nervioso, molesto; lo teníamos acorralado y no sabía qué hacer.

Aja, eso lo entiendo. Pero, ¿Por qué tuviste que dispararle al sospechoso? ¿Por qué lo hiciste?

Ahí lo dijo, lo que no sabías cómo contar.

Porque pensé que podría darle en el hombro, conseguir que la soltara.

Él se pasa la mano por la frente, para luego acariciarse el cabello con una expresión de hastío.

No, no... eso no se hace. ¿Por qué no esperaste a Carl? Te puse con él específicamente para eso. Te dije que...

Pero es que no había tiempo —le interrumpes, aun crees que era la mejor idea— no dejaba de dispararnos, la tenía por el cuello, yo solo quería salvarla. Pensé que era lo único que podía hacer, se supone que tenía un disparo limpio... yo.

Alan, no... —dice, quejándose en un suspiro— sabes que no puedes estar disparando todavía —te reprende.

Lo sé, es que yo...

No, no parece que lo sepas. Mira lo que pasó por no tener cuidado —vacila, te mira, luego mira a tu mano y de repente sientes como si se hubiera dado cuenta que no tiene caso repetirte lo mismo de nuevo. Eso te hace sentir mal—. Lo que no entiendo es cómo salió ella por la ventana...

Okey, sé que le disparaste y que por eso lo hizo; pero no sé cómo carajos hizo para pasar del departamento al pavimento.

Tragas saliva; a pesar de que lo habías reconocido ya, te cuesta decirlo con tus propias palabras.

Le di a ella, la bala le atravesó el pecho, pero a él no le hizo nada, él comenzó a disparar como loco y tuve que cubrirme.

El recuerdo del momento te sigue persiguiendo. La voz de desquiciado con la que te habló no deja de reproducirse en tu cabeza obligándote a imaginar la mirada que tenía a pesar de no haberla visto; tu no la lanzaste por la ventana, pero fue como si lo hubieras hecho... si tan solo hubieses dado en donde debías, habrías logrado salvarla.

Eres un idiota —dijo él, entre carcajadas, mientras que soltaba a Tris.

Y efectivamente te sentiste como un idiota. El grito ensordecedor de aquella chica cayendo los diez pisos antes de llegar al suelo, te atormenta todavía. Tragas saliva de nuevo y tratas de mantener una postura firme, aun sintiéndote de la forma en que te sientes.

Ves que en su cara hay un conjunto de tantos sentimientos confusos que se te hace obvio que no logra traducirlo en uno que describiera por completo lo que sentía. Aun te sientes como un idiota.

Ya veo... —dijo al fin, bajando la mirada con desapruebo, a pesar de eso, no sientes que es por ti—. Con que eso pasó.

Yo creí que...

¿Hum?

Que... —te encojes de hombros— ya sabía, señor.

Quería que tú me contaras tu versión —dijo él—, de manera extraoficial.

¿Estás molesto? —preguntas, aprovechando que está de humor, o por lo menos eso esperas.

De manera extraoficial, Alan.

Señor...

Por favor —insiste.

Está bien.

¿Qué pasó en realidad? No quiero que me cuentes lo que todos saben, quiero que me digas lo que pasó contigo.

Esa mirada con la que siempre te ha sacado información, te calienta el pecho haciéndote sentir listo para hablar al respecto.

Quería atraparlo yo —confiesas—; quería que todos dijeran que yo salve a aquella chica y que atrapé a ese desgraciado. Quería que todos vieran de lo que soy capaz.

Ahora que lo dices en voz alta, sientes que fuiste un egoísta, un irresponsable. Te sientes peor de lo que ya lo hacías.

Hijo... —dice, desconsolado—; ¿Por qué no me dijiste antes?

Porque no es tu problema, porque es algo que tengo que resolver yo.

Te dije que no tenías que probarme nada —te repite, pero lo interrumpe.

Te sientes al borde de todo, ya han pasado cinco años desde que te ganaste ese puesto atendiendo casos sin descanso, conociendo tu alrededor, los bajos mundos, lo que mueve el dinero, las drogas, los robos. Desde que usabas uniforme sentías que no estabas haciendo lo correcto y que, por eso, solo por eso, ser un detective te ayudaría a marcar la diferencia.

¡Joder! Mírate ahora... a un paso de ser el más inepto del departamento. ¿Por qué él cree que puede hacer algo para resolverlo? ¿Por qué te dice eso siempre? ¿Por qué cree que todo se trata de él?

¡No tengo que probarte nada a ti, papá! —exclamas, perdiendo la compostura— ¡Tengo que probárselo a ellos! —apuntas con el brazo a tus espaldas, a donde están los otros oficiales, detectives y demás.

Alan...

¡No! Alan nada. Siempre me dices eso como si estuvieras decepcionado de mí, como si no pudiera lograr nada por mí mismo.

No pienso eso... yo...

Pero lo parece papá. Hiciste lo mismo cuando dejé que me disparara aquel niño —levantas la mano derecha para mostrarle que aun te tiembla por el disparo que te dieron en ella—, dijiste lo mismo cuando casi dejo que maten a Jane —tu antigua pareja—, y ahora me lo dices otra vez. No, no necesito tu compasión.

Mientras vas perdiendo el control, cada uno de tus errores no solamente afloran en tus palabras, sino también en tu pecho. Sabes que has sido descuidado, irresponsable e imprudente, pero no quieres que eso te defina como detective, sin embargo, te pesa como un fantasma sobre los hombros. Tu padre saca lo peor de ti... no, tú sacas lo peor de ti.

¡Alan! —exclama, reafirmando su posición como tu jefe y padre—, no estoy diciendo eso.

¿Entonces qué? —exclamas también.

Estoy diciendo que tienes que decirme cuáles son tus planes. No puedes estar por la vida tomando decisiones de esa forma ¡No sin mi autorización! Ya no eres un niño, no eres un cadete ni un oficial de policía. ¡Eres un detective! ¡Y manejas tus propios casos! Y me debes respeto.

Pero porque tú me los das. —Te quejas, porque tienes razón—. Me das privilegios y no los merezco.

¡No, lo hago porque sé que puedes!

¡Pero no he podido hacer nada bien! —él no entiende lo que tratas de decirle, sabes que no lo hace porque, de ser así, se habría quedado callado—; todo lo que me has dado en estos cinco años han sido casos sencillos y, cuando parece que voy a tener algo más o menos desafiante, lo arruino todo.

Oh, por favor, Alan, deja de auto compadecerte —dice él, sin tolerar tus palabras—. Quiérete un poco.

De todo lo que te ha dicho hasta ahora, lo que más te irrita ha sido eso. Sin embargo, no sabes si te molesta más el que lo haga o el que se comporte como que tiene toda la razón.

Yo no estoy...

Claro que sí —exclama él, levantándose—, ya deja de comportarte como un niño indefenso y comienza a portarte como el detective que eres.

Papá...

No... Alan, ya es suficiente —se sienta, como si estuviera cansado de escucharte—. Ya me dijiste lo que quería escuchar; puedes irte.

Quieto, miras en silencio a tu padre bajar la mirada y actuar como si nada de eso tuviera importancia en realidad. No sabes qué decir, cómo hacerlo ni si deberías marcharte de una vez o no. Es un problema recurrente del que quieres deshacerte. Quieres pensar que todo eso que has dicho hasta ahora ha sido un arranque de ira. ¿Realmente eres un mal detective?

Das un último suspiro en aquella oficina y te das la vuelta; abriendo la puerta detrás de ti, piensas: «A las pruebas me remito».

Capítulo 2: Oportunidades

Se te hace un tanto difícil mirar a tu alrededor luego de haberte humillado de esa forma. No has visto a tu padre en los últimos cuatro días, ni has tenido algún trabajo policial, lo que te obliga a sentir que ya estás al borde con respecto a lo de Tris. ¡Necesitas acción!

Infeliz, sales del elevador pensando que, en los últimos cuatro días, las cosas han estado completamente normal. «Todos están tan tranquilos» piensas. ¿Por qué no puedes ser así? Quieres creer que el problema que ocasionaste en el caso de Tris ya no te afecta como antes, diciéndote: «bueno, debo dejar de llorar por eso», esperando que de esa forma puedas comenzar a tomar mejores decisiones.

Mientras te vas acercando a tu escritorio, le das un último vistazo a la oficina completa, buscando a tu padre o a alguien que te esté observando desde lejos, lo que sea que encuentres primero, sin saber en realidad qué harás si lo consigues.

Sin embargo, algo más llama tu atención.

Buenos días —dice Carl, deteniéndose frente a ti obstaculizando tu camino y consiguiendo interrumpir tus pensamientos.

Ah... buenos días —respondes, tratando de reaccionar con interés.

¿Cómo estás? ¿Todo bien? ¿Ya tomaste café? —levanta la taza que tiene en la mano como gesto.

No sabes a qué responder primero. Sientes que sus interrogantes son muy pesadas para ti; te preguntas: ¿Qué intenta? Ya que no solo te parece extraño, sino algo molesto. En una situación diferente, sentirías que se trata de un gesto honesto de una persona que está nerviosa, pero ¿Acaso no se le ocurre qué más decir? Su mirada es la de alguien que sabe qué decir, así que te confunde aún más. Está sonriendo, mirándote fijamente, esperando en verdad que respondas alguna de esas preguntas y, demostrando así, que sin importar cual respondas, se sentirá satisfecho.

Bien... creo —respondes solamente a una, esperando que con eso entienda que no estás de ánimo para seguir hablando.

No ser concluyente debería ser suficiente.

Ah... qué bueno, qué bueno —dice, para luego acompañarlo con un silencio y una sonrisa incomoda, adornando el hecho de que aún no se mueve para dejarte pasar.

Sí... —tras darte cuenta que no dirá más nada, tratas de evadirlo.

¿Y qué tal tu mano? —se mueve en la misma dirección, deteniendo de nuevo tu paso.

Sus preguntas son tan invasivas que te hace sentir un poco incómodo.

Recuperándose —respondes, levantándola para verla tú mismo.

Oh, qué bueno... me alegra bastante. —Divaga, para luego concluir con otro silencio incómodo. Esta vez sientes que si va a terminar de hablar.

En ese momento, no tienes más nada qué decir porque no te interesa contarle nada de lo que te está pasando. Tampoco hace las preguntas adecuadas y es que seguro, de hacerlas, no las responderías de todos modos. De alguna u otra forma, sigues de pie frente a él sin decir ni hacer más nada que verlo con una cara de idiota, de hecho, ambos lo hacen.

Carl, continúa observándote, con una estúpida sonrisa en su rostro, obligándote a evadir su mirada. ¿Será así todo el tiempo con todo el mundo? Te preguntas. En el poco tiempo que lo llevas conociendo, ya te parece una molestia que no quieres tolerar por mucho tiempo; sin embargo,

haciendo caso a tus pensamientos, él da un último suspiro que te avisa que ¡Esta vez sí ha terminado de hablar!

Bueno —mira por encima de tu hombro como si hubiera algo importante para hacer detrás de ti—, tengo que hacer algo, ya vengo.

Te controlas para no voltear porque piensas que no debe de haber nada importante detrás, y de ser así, la verdad no es tu problema.

Vale... no hay problema —respondes, fingiendo cortesía.

Carl te pasa por un lado dándote una palmada en el hombro derecho, dejando, al fin, el camino libre para que puedas pasar.

Qué te mejores —agrega, mientras se aleja.

Te giras para agradecerle el gesto, sonriendo con hipocresía, y pesando al mismo tiempo: «Oh, claro, ahora que lo dices lo haré». Te irrita demasiado. Mientras se va alejando, le sigues con la mirada porque no tienes nada mejor que hacer, hasta que, de improvisto, se voltea para agregar:

¡Ah! Por cierto. —Dice, cuando ya se ha alejado un poco— nos asignaron un caso, salimos en un rato.

La noticia te emociona casi de inmediato, lo que hace que ya no te sientas irritado con el hecho de escucharlo. Sin embargo, el que se haya ido te mantiene ansioso. Mientras esperas, te sientas en el borde de tu escritorio, pensando en qué podrías conseguirte con este caso. ¿Será un homicidio sencillo? ¿Quién será la víctima?... «víctima», la mera mención de esa palabra, te trae de nuevo el recuerdo del grito de Tris; el de su cuerpo tendido en el suelo luego de que aquel maniaco la aventase por la ventana. Te preocupa que eso se pueda repetir.

Esperas que sea un homicidio simple y nada elaborado, algo que no puedas arruinar siquiera si lo intentas.

Ahora, sientes una extraña sensación en el pecho que se extiende hasta tu diafragma y tu nuca, haciendo que esa emoción por tu nuevo caso desaparezca por la agonía del último. Quieres hacerlo mejor, quieres poder conseguir resolverlo. Deseabas una oportunidad y esta ha llegado. Esperas no perder el tiempo.

¿Estás listo? —pregunta Carl, interrumpiendo de nuevo tus pensamientos.

No te has dado cuenta de donde ha venido. Simplemente apareció.

¿Ah? —respondes fuera de ti, antes de interiorizar que ya es hora para que salgas a conocer tu nuevo caso.

Así que te levantas, entrando en razón y emocionándote de nuevo.

Sí, lo estoy —agregas, con una sonrisa en el rostro.

Vaya, así me gusta... ¡Actitud! —Celebra él, como si eso fuera un logro.

La emoción del nuevo caso te mantiene al margen, por lo que ignoras sus tonterías. Ambos comienzan a caminar; ya está establecido que van a partir. Justo ahora no sabes en donde es, por lo que asumes que él te guiará. Sin embargo, te mantienes en silencio ignorando sus palabras porque te parece más interesante hacer tus propias conjeturas sobre el caso. De todos modos, no te pierdes nada pese a que Carl no ha hablado de eso durante los últimos cinco minutos.

¿Qué sabes del caso? —Preguntas, para crear conversación y nutrirte al respecto, mientras que Carl conduce el coche por la ciudad.

No mucho, solo que lo encontraron hace una hora; no me dieron detalles al teléfono.

Claro...

Pero me dijeron que no había mucho que ver en la escena —señala él—; a penas y lo encontraron —acota—, una vecina estaba paseando a su perro y se encontró con el cuerpo tendido

en el suelo.

¿Cómo así?

Bueno, vivía cerca y, la verdad, creo que es un tanto entrometida porque...

¡No, Carl! ¿Cómo que no había mucho en la escena?

Ah... bueno, aparte de la víctima, no han dado con más nada. Pero, como ya te dije, están esperando a que la veamos.

¿Qué querrá decir con todo eso? Sin entender, supones que eres tú quien no ha interpretado a la perfección lo que está diciendo, pese a ello, sientes que algo no tiene sentido. Al cabo de unos minutos llegan hasta una zona residencial que está un poco apartada de la ciudad y que, de alguna forma, no te parece el tipo de lugar en donde te encontrarías un asesinato importante. Por mucho, puede tratarse de un accidente o una venganza personal, pero ¿Quién eres tú para juzgar eso? El crimen está en todos lados.

Te das cuenta rápidamente que hay unas ambulancias, cintas amarillas y un equipo de forenses cubiertos de pies a cabezas etiquetando la evidencia: acción policial; lo que estabas esperando. Se detienen un poco lejos sin atravesar la cinta, antes de que les permitan entrar y, desde ahí, te tomas la libertad de darle un rápido vistazo a todo ello.

Primero logras ver que hay un hombre con la camisa abierta tendido en el suelo, sangre por todos lados, moretones que son visibles desde tu posición. Ahí en donde estás se nota tan frágil y vulnerable que te parece que todo eso pudo ser causado por una caída. Esa suposición te lleva a mirar arriba, buscando algún lugar del cual pudo haberse aventado, resbalado o caído. Sin embargo, cerca de todo eso no había nada tan alto como para decir que aquello había sido la causa.

Descartas esa posibilidad de inmediato. Todo lo que haces son simples suposiciones que te mantienen ocupado mientras que esperas que te digan lo que han encontrado. En su momento, tendrás las respuestas que necesitas.

Tus ojos buscan más detalles significativos, lo que sea porque aun te sientes capaz de resolver ese caso. Carl parece estar haciendo lo mismo, o hablando con alguien o haciendo algún gesto ridículo con su rostro; no te importa, allá él. Los forenses siguen recogiendo información, los paramédicos están ansiosos por llevarse el cadáver e irse de ahí. Tres oficiales de policía, aparte de ustedes dos, están rondando la zona lo más alejado que pueden de la escena. La tensión en tu cuerpo crece, quieres acercarte ya. La mano comienza a dolerte.

¿Dónde está la señora del perro? —pregunta Carl viendo a su alrededor.

Esa pregunta te llama también la atención; si es como él dice que no hay nada que ver, entonces, debes enfocarte en lo que sí tienes. Una simple testigo. Interrumpiendo tu pesquisa de las evidencias desde lejos, te concentras en buscar a la mujer con el perro; por lo menos debe de conocer quién es su vecino.

Está por allá —grita un oficial de policía mientras señala con el dedo al norte de tu dirección.

Ah mira... me la imaginaba más fea —dijo Carl actuando como si esperara lograr algo con ella.

Una mujer madura bien definida como si fuera todos los días al gimnasio. Su porte, su forma de moverse, las muecas que hace al hablar; no cabe duda que vive cerca. Antes de comiences a acercarte a ella para interrogarla, detallas que está vestida para seducir, no para ejercitarse.

Nada mal —agrega Carl, sin quitarle la vista de encima.

Pretendiendo no estar pensando lo mismo, haces silencio y te acercas a ella. En efecto es un tanto atractiva, pero no tienes tiempo de pensar en eso.

Buenos días, señorita —dice Carl, de nuevo, como si esperara conseguir algo.

La mujer sonrío alagada, o tal vez como si fuera un chiste o algo por el estilo. Intentas actuar como si nada, esperando que tu actitud distante, seca y madura, sea interpretada como una superior. Puede que no te importe lo mismo que a Carl (o tal vez no al mismo nivel), pero te gusta la idea de que alguien así se interese en ti.

De todos modos, sientes que tiene todo el derecho de sentirse alagada; no la estás viendo, pero es difícil no notar ciertas cosas. Su cuerpo, tal vez obra del bisturí y un muy estricto régimen de ejercicio, te pide a gritos que le des más que una mirada rápida. No verla significaría ser grosero con su belleza; aunque, de todos modos, sabes que no se interpretaría como tal. Prefieres evitarlo.

Buenos días... —dices tú, sin agregarle ninguna formalidad—... soy el detective Wolff.

Ya este amable oficial me interrogó —dijo la señora, haciéndole ojitos al oficial que tenía al lado.

Buscas apoyo en Carl quien no dejaba de verla a los pechos, los cuales parecían estar invitándolo a entrar. Así que, aclaras tu garganta tratando de mantener la compostura.

Disculpe... —dices, insinuando en silencio que quieres saber su nombre.

Kate Miller... pero para ti puedo ser Kate—responde ella, sonriéndote de manera inapropiada.

Evades su mirada y buscas algo para distraerla de eso.

Necesito saber qué fue lo que vio —preguntas, a pesar de saber que ella solamente lo encontró en el suelo.

Bueno, ya le dije al apuesto oficial Andrade —señala al oficial que estaba hablando con ella — que estaba caminando con mi niña —levanta la mano con la que sostiene la correa de la perra que tiene al lado—y no cuando pasé por la casa del señor Costa, me tomé la libertad de mirar por encima de su valla y lo vi ahí tirado.

Te imaginas lo poco casual que suena todo eso, sin embargo, mantienes la mente abierta ante la posibilidad de que si haya sucedido así.

¿Conocía al señor Costa?

La mujer se sonroja un poco, llegando incluso a sonreír con sutileza ocultando, sin mucho éxito, el motivo de esa forma de actuar. No habías insinuado nada, tú te has imaginado una amistad cualquiera entre vecinos, pero, luego de verla encogerse un poco, entendiste por completo que la hizo responder así...

Haces lo que puedes para no sucumbir ante el deseo de bajar la mirada.

¿Qué si lo conocía? —responde con retórica— se puede decir que sí, desde que llegó hemos tenido cierta amistad.

¿Cuándo llegó acá?

No hace más de un mes. Se mudó recientemente, estaba remodelando el lugar —te dice.

¿Cómo lo sabe? —preguntas.

De nuevo, te mira con cierta sonrisa retórica. Pudo haberlo sabido por muchas razones, pero de nuevo, esa sonrisa suya te hace suponer todo lo contrario.

Su actitud, tomando en cuenta que acababa de ver a un hombre muerto, y más con uno con el cual había intimado (por lo que supones) no era la de alguien normal. Muy fresca, despreocupada. Eso te hace sospechar de ella casi de inmediato.

¿El señor Costa estaba casado? —preguntas.

¿Casado? —se ríe como si hubieras dicho una broma— No... él llegó aquí completamente soletero.

¿Hijos?

Sol-te-ro —responde, como si no tener hijos fuera requisito para ser soltero.

Ya veo —anotas con dificultad en tu libreta; la mano te tiembla un poco.

Carl no ha dicho nada, por lo que sientes que aquella investigación la estás manejando tu solo. Más peso para ti ¡Perfecto! Lo miras de reojo y te encuentras con que, mientras que no ves, él y la testigo están viéndose con travesura. Aclaras tu garganta para interrumpir sus miradas.

¿No quieres hacerle ninguna pregunta? —le preguntas a Carl, esperando que deje de lado su actitud poco profesional.

Él, sin apartar la mirada de la señora, te responde con soltura.

Sí, tengo una pregunta —dice, coqueteando con la señora— ¿Hay algún señor de Kate?

Eso la hace reír casi de inmediato, cosa que te parece completamente fuera de lugar; no solo porque está coqueteando con una testigo, por su falta de profesionalismo o la manera en la que se está comportando en frente de un oficial de menor rango, sino que, en sí, fue la frase más ridícula que has escuchado jamás. No entiendes siquiera qué le vio de gracioso.

Puede ser —insinúa con travesura— puede ser...

Y... —aprovechas que por lo menos es una pregunta con cierto carácter de importancia—, ¿Su esposo está en casa?

De repente, la mujer cambia el semblante, pasando a mirarte con cierto desdén.

No, no está en casa, señor oficial —responde con hosquedad.

Vaya loca.

Bueno, señora —te deja de importar llamarla por lo que es para evitar ofenderla—, entonces me dice que conoce al señor Costa y que tiene cierta relación con él...

Yo no he tenido nada con el señor... —intenta defenderse.

Hum —mascullas.

Ella cambia su mirada a una más defensiva.

¿Sabe si el señor Costa era una persona que soliera enemistarse con los vecinos? ¿Algunas de sus actividades en este vecindario le ganaron algún enemigo? —preguntas sacando tus conclusiones.

No lo sé...

¿Su esposo estuvo todo el día de ayer con usted, señora?

No... —afirma.

Y... usted... ¿Qué estuvo haciendo ayer? —le preguntas.

Ayer estaba con mis amigas jugando tenis en el club campestre...

Carl se gira para verte, pero decides ignorarlo, asumes que es porque no le gusta que la estés acusando, pero, a ti solamente te importa resolver el caso. Anotas esa información como: «Pendiente por confirmar» Cuando, de repente, el destello del flash de una cámara te desconcentra por completo. Pestañeas rápidamente levantando la mirada para aclarar tus ideas mientras que escuchas a alguien gritar a tus espaldas:

¡Ey! Apártese de la cinta amarilla.

Te giras de inmediato a la dirección a la que crees que provino el flash.

¡Ya tomé la foto, de todos modos! —Escuchas decir en una voz de mujer; se nota satisfecha, como si nadie pudiera quitarle ese logro.

Ves cómo se gira, ignorando por completo la advertencia del oficial y toma otra fotografía.

¡No señorita! Por favor retírese —exclama de nuevo el oficial de policía.

Te fijas en ella y se trata de una mujer ligeramente rubia, de ojos castaños, de uno sesenta;

parece atleta por la ropa deportiva que usa. Es hermosa.

Ya vengo —dices, sin intención de regresar— anote los datos de la señora, detective, su dirección también —dices mientras te vas alejando.

¿Para qué quieres mi dirección? —pregunta inquieta, pero tú la ignoras mientras te alejas.

Sin mucho interés en la conversación que estás manteniendo con la ama de casa desesperada, te giras para atender a otra posible testigo, utilizándola como excusa para no seguir ahí.

Ey, ey... ¿Qué sucede? —preguntas, reaccionando como la figura de autoridad de ese lugar.

Está interfiriendo en la investigación —dice el oficial de policía.

Miras de nuevo a donde se encuentran los forenses para asegurarte de que aún no hayan terminado para luego regresar a ella con la intención de acercarte.

¿Qué se supone que está haciendo? —preguntas al oficial, un poco más alegre que de costumbre.

El hombre te mira extrañado, pero tú estás concentrado en ella.

Este... ya le dije; yo...

Descuida, yo me encargo —le interrumpes sin siquiera darle una mirada, dando por sentado que ya se fue—. ¿Cómo te llamas? —preguntas con amabilidad.

Paula —dice ella, un poco a la defensiva— ¿Y tú qué? —pregunta.

Miras de regreso para ver qué está haciendo Carl, esperando que lo que vas a responder no le afecte.

Soy el detective encargado del caso —alardeas, dándote cuenta que, justo al decirle, llamas un poco su atención— Mi nombre es Alan; mucho gusto.

Por la forma en que anda vestida y la cámara que lleva guindada al cuello, parece que es una reportera cualquiera; supones que trabajará en algún periódico local. Aunque los detalles de su trabajo te son ajenos, das por sentado todo lo que hace.

Mucho gusto, detective... —responde Paula, rodeándote con la mirada mientras hablan, como si le estuvieras haciendo perder el tiempo.

Este... me temo que no puede estar aquí, señorita —dices, llamando de nuevo su atención.

Ay... detective, pero es que quiero saber qué está pasando... —esta vez, responde encogiéndose de hombros, casi suplicándote para que le permitas estar ahí. El cambio repentino de actitud te hace suponer que es nueva en ese tipo de trabajos.

Lo siento... no se supone que deba estar aquí, señorita.

Pero es que...

Lo siento —respondes, queriendo poder ayudarla.

Miras fijamente a Paula, sintiendo que deberías dejarle de mirar, aunque sea un poco más para que no se vaya con las manos vacías mientras que estás ahí, después de todo, tampoco es tu intención controlar la libre prensa. Ambos intercambian miradas de manera personal. Ella, parece querer apelar a tu lado bondadoso para que la dejes quedarse.

¡Ya está listo! —escuchas que te dice Carl.

Los forenses han terminado de trabajar, por lo que sientes que ya no te queda tiempo para seguir hablando. Sin embargo, la mirada suplicante de Paula sigue molestandote. Tratas de darte la vuelta para atender tu oficio, pero sus ojos te atrapan, pidiéndote desesperadamente que le des una oportunidad. No sabes qué hacer, quieres irte, ayudarla, demostrar que eres una autoridad y que lo que se dice se hace... pero también quieres ayudarla.

Es tu primer caso desde la muerte de Tris, por lo que tampoco quieres arruinarlo (sus gritos re aparecen en tu cabeza). Incapaz de procesar la información que necesitas y sintiendo cada vez más

la necesidad de irte a ver el cadáver de cerca, tomas una decisión precipitada.

Vale, señorita... puede quedarse —dices, cambiando de parecer—. Pero no se acerque mucho, por favor, podría interferir con la investigación ¿Vale?

Tus palabras le logran iluminar el rostro, lo que de cierta forma te hace sentir realizado ahora que conseguiste que alguien se sintiera bien. Le atribuyes es buen humor al hecho de tener un caso nuevo.

Está bien, detective, yo me quedaré por aquí tomando fotos. No se preocupe.

Y que sea sin flash, por favor —dices, como si de verdad el flash fuera un problema cuando en verdad no lo es. Ella, asiente sin problema, sin borrar la sonrisa de su rostro luego de que le dejaste quedarse.

Sí, sí... lo que sea.

Le das un último vistazo, queriendo asegurarte que no será un problema durante la investigación. Ella asiente de nuevo, como si estuviera leyendo tus pensamientos y estuviera respondiendo a ellos. Retrocedes lentamente sin apartar tus ojos de ella quien no deja de sonreírte, hasta que te das la vuelta y aceleras el paso para pasar por debajo de la línea amarilla y apresurarte de ver al cadáver de cerca.

¿Qué estabas haciendo? —pregunta Carl.

Estaba hablando con una reportera —respondes sin importancia, un poco agitado y fijándote en el cadáver— ¿Qué tenemos aquí?

Los mismo que viste minutos atrás desde lejos: un hombre tendido en el suelo, un gran golpe en el rostro y el resto de su cuerpo, como si un caballo le hubiera golpeado, junto con una herida sangrante muy particular en el pecho.

No se sabe; no hay arma homicida, ni rastros de que alguien más haya estado aquí, aparte de este gran corte —responde Carl, señalando a su cuello.

Miras a tu alrededor para confirmar sus palabras, dándote cuenta que tiene razón. Por ningún lado ves algo que pueda parecer un arma homicida.

Es un corte limpio —dice él, inclinándose en frente del cadáver; baja un poco la mirada y agrega—: creo que hasta tiene este brazo roto.

Buscas rápidamente un cuchillo o una navaja esperando ver algo que los forenses no hicieron.

Tiene varios golpes en el cuerpo, pero no parece nada grave —continúa— habrá que esperar a ver si estos moretones fueron hechos antes o durante.

Fracasas en encontrar esa pieza de evidencia faltante; lo único que lograste ver fue uno que otro rastro de sangre y a Paula tomando fotos desde lejos evadiendo a los policías; suspiras como si no tuviera caso y esperando que no vaya a ser un problema, la ignoras y te regresas de nuevo a tu compañero.

La cruz en el pecho —señalas.

Ni idea —dice él, levantando un poco la camisa para verla mejor—, no sé qué quiera decir. Capaz y la hizo él mismo —supone.

No... se ve muy perfecta para que lo haya hecho él.

O capaz y el asesino es un fanático religioso —agrega, con un sutil toque de humor que te parece inapropiado.

Tal vez —respondes, sin ánimos de discutir.

Miras de nuevo a tu alrededor, aun convencido de que puedes encontrar la respuesta a todo eso tirada por ahí en el suelo, o por lo menos una cosa que te ayude a avanzar, aunque sea un poco. Te encuentras con exactamente lo mismo, decepcionándote casi por completo. La mano no deja de

dolerte.

Entonces, ¿Nada? —le preguntas a Carl.

Sí... —dice él— nada.

A la mañana siguiente, luego de concluir que no lograrían nada buscando las respuestas en una escena prácticamente limpia, ordenaste recoger todo y te marchaste junto a Carl. Aquella mañana te despertaste con una nueva resolución: encontrar al culpable. Ese nuevo propósito de tu vida era un poco vago, ciertamente. Hasta donde sabías, podía ser un simple asesinato cualquiera del cual, incluso el esposo de la señora Miller pudo haber sido el asesino.

Pero, el caso que en principio parecía ser un tanto sencillo, comenzó a mostrar sus verdaderos dientes.

El informe del forense llegó... —dice Carl, acercándose al escritorio.

¿Algo nuevo? —preguntas, esperanzado de que realmente hubiera algo que no hayan visto antes, pero consiente de que esa posibilidad no existe.

Carl simplemente niega con la cabeza.

Lo esperaba —dices.

Aunque Dave dijo que podíamos ir a ver el cuerpo; dice que no es normal —cuenta Carl.

¿Cómo así?

Evitas preguntarle quién es Dave, ya que quieres que te diga de una vez lo que sabe.

No lo sé, solamente dijo que no era normal...

¿Qué dice el informe? —te inclinas para tomarlo.

No lo he leído aún —responde Carl, sin entregártelo—, quería que lo viéramos juntos. Es nuestro segundo caso juntos y...

Se lo arrancas de la mano sin ánimos de intercambiar más palabras con él; el incidente estaba a un paso de ser resuelto y no querías que sus necedades se interpusieran entre tú y tu caso. Al abrirlo, le das una rápida ojeada a los datos del cadáver: nombre, edad, estatura, color de cabello; cosas a las que no le prestas mucha atención porque decides pasar rápidamente a las distintas imágenes del cuerpo.

En éstas, ves que ahora se encuentra limpio y pálido, con una gran incisión en «Y» en el torso, los moretones de cada golpe, la cortada en el pecho, el brazo roto... todo estaba en el informe hasta que te encuentras con algo que no te cuadraba.

Carl... —llamas su atención—; aquí dice que la causa de muerte no fue la cortada en el cuello.

Carl se extraña, lo que le obliga a acercarse a tu lado para leer lo mismo que tú. Luego de verlo por unos segundos, se levanta.

Qué raro —te dice— ¿Cuál será entonces?

Oye, yo supuse que había sido eso... ahora, que dice que no lo es... no tiene sentido.

Bueno, Dave nos dijo que fuéramos a ver...

Asumes que está hablando del forense que se encargó de la autopsia para no hacerle una pregunta que lo haga cambiar de tema. Pese a eso, recuerdas que le habías pedido algo horas antes.

¿Encontraste algo de lo que te pedí?

Al parecer tiene una hermana, pero está fuera del estado justo ahora así que tenemos que esperar a que llegue.

Las cosas no están saliendo como te lo esperabas, pero no es suficiente para derrotarte ya, así que te concentras en lo que tienes a la mano para resolver el caso de una vez por todas. Eso te

lleva a atender al llamado de «Dave» el forense, y escuchar lo que tiene que decir acerca del motivo de muerte.

Ya en el hospital en donde se encuentra el cuerpo notas un pequeño grupo de personas discutiendo. No es tuyo problema, lo tuyo es el cadáver.

Mira —exclama Carl— ¿No es esa tu amiguita? —bromea.

¿Quién?

Siguiendo su mirada, detallas mejor el grupo de donde están peleando y notas a Paula discutiendo con unos guardias de seguridad y una cámara guindándole al cuello. No quieres pensar que está ahí por la misma razón que tú; no está interfiriendo con la investigación, pero te parece que es un tanto necio de su parte.

¿No deberías ir a calmarla? —dice Carl.

¿Para qué demonios voy a hacer eso? No es como que sea problema mío lo que ella haga —le dices.

Una mujer siendo sostenida por un guardia mientras que discute con otro; eso te dice que es un poco histérica y del mismo tipo de periodistas entrometidos de siempre... crees que estás comenzando a odiarla. Ya con ello te es suficiente para no soportarla, y mira que ni siquiera la conoces.

Raro ¿No?... es sarcasmo.

Su actitud volátil (como la que estás viendo) te advierte que es una persona de la que te tienes que mantener alejado. «Ella no importa», te dices para terminar de convencerte que no vale la pena. Acto seguido, retomas tu paso, ignorando esa escena porque hay algo más importante que hacer ahí: hablar con el forense.

¿Estás seguro?! —exclama él, habiéndose quedado atrás.

Sí... déjalo así y vente —exclamas.

Ya frente al cadáver, comienza la exposición.

Antonio Costa —comienza a decir el médico forense, descubriendo el cuerpo de Antonio—; órganos sanos; al parecer no bebía, ni fumaba, de uno ochenta, treinta años.

Hum —masculla Carl.

Eso ya lo sabemos —dices.

Vale, vale.

¿No nos ibas a decir algo? —pregunta tu compañero.

Este... sí, sí... —responde Dave nervioso.

Dilo pues —exiges.

Parece que se ha peleado últimamente; los golpes en todo el cuerpo y el rostro fueron hecho casi al mismo tiempo porque se ve que estaban curándose. Tiene varias lesiones ya curadas, supongo que suele pelearse mucho, aunque el corte en el cuello fue mucho después —te dice él, mientras que señala las diferentes heridas que tenía.

Le sigues la mano con la mirada, esperando que te diga que algo de lo que ves sirve para avanzar el caso.

Se habrá metido en alguna pelea o algo —continúa— pero esta amiga —señala la cortada— fue mucho... mucho... después de todo eso.

El que no fuera concluyente te estaba estresando.

Aja sí... Pero ¿Cómo es que no fue la cortada lo que lo mató? —Preguntas.

A simple vista, eso parece —responde—, pero por estos pequeños golpes aquí —señala una parte del cuello a la que le limpió la sangre y en la que se ve un sutil moretón— parece que le

golpearon de manera contundente en la tráquea, la rompió casi de inmediato.

Los mira como si entendieran de lo que habla.

No necesitas mucha fuerza para hacerlo, pero, es muy extraño ese tipo de «causas de muerte» ¿Me entiendes?

¿Asfixiado? —preguntas.

No parece. No tienes señales de asfixia en el estricto sentido de la palabra... ¿Me entiendes? Eso ni nada por el estilo. Lo que sí parece es que fue un solo golpe. No es como haya dado varias veces.

¿También es producto de sus peleas? —pregunta Carl— ¿Se peleó antes de morir?

Puede ser. Tal vez intentó defenderse —dice Dave, para después fingir que sabía pelear intentando ser gracioso. Carl sonríe en una sutil mueca, pero tú te quedas viéndolo con indiferencia.

Dave aclara su garganta dándose cuenta que fue ridículo y sigue con su explicación. Coloca sutilmente ambas manos alrededor de su cuello para simular que le asfixia. No entiendes por qué lo hace ya que con la imagen mental que te acabas de hacer fue suficiente.

Como les decía... en tal caso, para asfixiarlo y romperle la tráquea en el proceso la única forma de hacerlo sería esta... —aprieta suavemente— pero, no tiene moretones en otros lados... solamente aquí —suelta el cuello y apunta con el dedo—, justo en la tráquea.

¿Entonces para qué le cortaron el cuello? —Pregunta Carl.

No lo sé —responde mientras lo suelta— pero es un corte limpio. De hecho, es demasiado limpio.

¿Cómo así? —preguntas.

No tiene rasgaduras... es casi tan limpio como el del pecho —los tres bajan la mirada al pecho limpio del cadáver—. Como si lo hubiera hecho con un bisturí ¿Me entienden?

A comparación con lo que viste anoche, difícilmente distinguible entre toda esa sangre, ahora eres capaz de apreciar cada detalle. Por lo que ves ni siquiera le tembló el pulso y eso te genera más preguntas que respuestas.

Por la atención al detalle —dice, señalando con el dedo el círculo hecho—, supongo que algo debe significar. Es una circunferencia casi perfecta. —Levanta la mirada y los ve a ambos.

¿Y la cruz qué? —Pregunta Carl.

Todo esto está bien hecho. Es como si hubiera seguido una plantilla, ¿Me entienden? —pregunta él, como si estuvieran en su cabeza. Su molesta pregunta comienza a irritarte. ¿Para qué lo dice tanto?

Así que la cortada no fue la causa de la muerte —repite Carl, de manera reflexiva.

No... —Dave cree que se dirigió a él— estas dos heridas fueron hechas post mortem. Y se tomó su tiempo —hace énfasis en esas últimas palabras—. Parece personal ¿Me entienden?

Hum... —mascullas.

O tal vez puede ser puro morbo —agregó Dave, respondiendo a su suposición anterior.

Ambas posibilidades te dejan pensando. La idea de que algo más complejo esté desarrollándose alrededor de todo esto, no deja de darte vueltas en la cabeza. Puede tratarse virtualmente de cualquier cosa, pero no es algo que vayas a descubrir sentado. Dejan la morgue, con más preguntas que respuestas. Algo te dice que esa muerte era algo más personal de lo normal, y, hasta ahora, tus sospechas se basan en cabos sueltos.

Necesitamos hablar con su hermana —dices.

Tenemos que esperar a que llegue —responde Carl.

No me importa, necesitamos saber algo de este tipo.

Capítulo 3: Siguiéndole los pasos

¿En qué piensas? —pregunta Carl acercándose de improvisto; te molesta que te pregunten eso.
Nada —reaccionas.

Tengo buenas noticias —agrega, como si la pregunta de hace unos segundos no hubiera tenido importancia alguna— llegó la hermana del muerto.

¡Carajo! Una buena noticia al fin.

Cuando por fin llegan hasta el hotel en donde se está hospedando la hermana del difunto, te encargas de hacerle las mejores preguntas que puedes; mientras más información le puedas sacar al respecto, más cerca estarás de resolverlo. Evitas sorprenderte cuando descubres que se trata de una veínteañera.

Señorita Mia, disculpe que la molestemos de esta manera —dices, luego de presentarte.

El área alrededor de sus parpados estaba inflamada y sus ojos completamente rojos. ¿Cuánto tiempo habrá estado llorando?

Descuiden, supongo que no queda de otra —se suena la nariz y aclara su garganta un poco.

Si hubiera alguna otra forma en que pudiéramos hacer esto... —intentas ser amable.

Ya les dije que no tienen que disculparse. —Responde, cerca de estar irritada.

Bueno... nos gustaría preguntarle unas cuantas cosas al respecto de su hermano —Carl habla, tomando la iniciativa.

Mia, suspira apenada. Te parece que está recordando el desagradable hecho de que su hermano fue víctima de un terrible crimen y tú lo recuerdas con ella. No te quitas de la cabeza las imágenes de su cuerpo sin vida que has visto en el expediente sobre tu escritorio. La víctima lentamente se va haciendo un compañero más de tu búsqueda, ya que está presente y es objeto de la misma.

Ver a Mia lamentar la muerte de su hermano, te parece razón suficiente para querer resolver el crimen.

Está bien —dice ella, respirando profundo para llenarse de fuerzas—. Haga las preguntas que quiera.

No sabes cómo reaccionar, te parece que puede ser un poco insensible hacer toda clase de preguntas. No es tu primera vez, pero se siente como si lo fuera. Carl actúa de nuevo como un profesional (primera vez que lo ves haciéndolo, de hecho).

Señorita ... ¿No sabes si su hermano era una persona con enemigos?

La pregunta correcta.

Mi hermano era una persona problemática... —responde ella.

¿Eso qué quiere decir? —cuestiona Carl.

Lo que quiere decir ser una persona problemática... siempre ha estado relacionándose con toda clase de personas... —explica Mia— desde que lo conozco, ha tenido amigos raros... personas feas, diría yo —acota.

¿Cómo así? —preguntas tú.

Ese tipo de personas que ves en la calle y solamente te dan ganas de cambiarte de acera; de eso hablo.

Entonces la víctima no era tan inocente después de todo.

Y ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —pregunta Carl.

Bueno, la última vez que lo vi fue hace dos semanas —y como si esa simple pregunta hubiera accionado algo en ella, las lágrimas comenzaron a brotar sin control; su voz se cortó y empezó a agitarse.

Carl y tú se vieron a los ojos. No quería interrumpir su desahogo, ni mucho menos parecer que no le daban importancia. Reprimiste el deseo de tomarle la mano y apoyarla porque sabías que no había ningún tipo de confianza entre los dos; una actitud profesional era todo lo que le podías ofrecer.

Disculpa —agrega ella, luego de unos minutos sollozando.

Descuide... si quiere que sigamos después... —le respondes.

No. No quiero volver a hablar de esto, así que mejor seguimos.

Te aclaras la garganta y comienzas de nuevo con las preguntas.

¿Recuerda algo en particular de la última vez que se vieron? ¿Alguna señal de que estaba en problema? ¿No le dijo si alguien lo estaba siguiendo o algo por el estilo?

La verdad es que no... nada fuera de lo normal, aparte de los moretones en su rostro, todo era igual que siempre —se suena de nuevo la nariz.

Carl y tú intercambian miradas por segunda vez; él está pensando lo mismo que tú y lo sabes. Por tu parte, recuerdas el gran golpe en el rostro. Con que entonces ya lo tenía dos semanas antes de morir. ¿En qué se habrá metido?

¿Y no le contó nada de cómo se los hizo? —preguntó Carl. Mia levanta la mirada extrañada, como si no supiera el por qué esa información era importante.

Sí le pregunté... aunque era algo normal, pues —cuenta— pero no me dijo el motivo, solo cambió de tema... ¿Por qué? ¿Creen el asesino se lo hizo? Yo creí que se lo había hecho mi hermano.

¿Él mismo?

No... me refiero a mi otro hermano. Ellos suelen pelear... la verdad.

Aquella información te deja muchas otras dudas.

Ya va... ¿Entonces dice que su hermano suele pelear con su otro hermano?

Hermanastro.

Carl no oculta su cara de confusión

Antonio es mi hermano, pero Kyle, es mi hermanastro. Los tres nos criamos juntos.

Y ¿Por qué no sabíamos nada de él?

Ya le dije, detective, no tenemos ninguna relación real. Solamente nos criamos juntos, es por eso que somos hermanos.

Lo encuentras realmente curioso.

¿Cree que su hermanastro haya tenido razones para —aclaras tu garganta para evitar decir la palabra que buscas—... cree usted?

¡Oh no! —reacciona ella—, lo que quiero decir es que ellos dos entrenaban juntos. Siempre estaban peleando y casi siempre estaban golpeados —explica— unas veces menos que otras, pero no era raro. Asumí que era por su trabajo.

¿De qué trabajaba?

Como entrenador de artes marciales mixtas...

¿Boxeaba?

No lo sé, solo sé que entrenaban...

¿Y su hermano? ¿Sabe en dónde podemos encontrarlo?

Mia, niega con la cabeza lentamente, en un conjunto de vergüenza y decepción.

La última vez que supe de él estaba de viaje —cuenta—, no sé para donde, pero sé que en su casa no.

¿Por qué lo dice?

Porque hoy fui hasta ahí para buscarlo y no estaba.

Raro. Le pides la dirección de la casa de su otro hermano con la intención de ir a ver con tus propios ojos que no está ahí; está cerca de donde una vez hiciste patrulla como oficial de policía. Tal vez no es nada, pero, mientras más sospechosos tengas, mejor; por otro lado, también es posible que sepa algo más que su hermana.

Sin embargo, es un tanto extraño encontrarse con un entrenador viviendo en las colinas. No sabes cuánto pueden ganar, pero para vivir cerca de personas como la señora Miller supones que debe ser mucho. Algo raro está sucediendo.

Crees que lo único que te queda es hacerle una visita a los Miller.

Al día siguiente, estás en el porche de su casa acomodándote la corbata, con la intención de parecer lo más profesional posible, mientras que ves tu reflejo en la puerta negra más reluciente que has visto jamás, que, en sí, es evidencia suficiente para deducir que es la casa de alguien con mucho dinero. Es ahí en donde te preguntas si era necesario usar una de esas en ese día tan caluroso. Sin apartar la mirada de lo que se refleja en el vidrio, ves cómo Carl se coloca la mano en frente de la boca evaluando su aliento. Esperas no encontrarte con la ama de casa desesperada (a diferencia de lo que notas de tu compañero) y tener que verla de nuevo a los ojos... bien sea por cuestiones de integridad.

¿Estarán en casa? —pregunta Carl, tocando de nuevo el timbre.

De seguro ella sí. —Respondes odiosamente.

¡Eso crees! —pregunta Carl, ignorando tu apatía y emocionándose como un niño tonto.

Lo encuentras irritante. Quieres... no ¡Deseas! Que en cualquier momento comience a comportarse como un hombre adulto.

Pasado unos minutos, y para sorpresa de Carl, Kate abre la puerta exclamando de alegría sus nombres, e invitándolos a pasar. Procuras mantener la compostura mientras que la señora Miller los recibe, busca conversar con ustedes y les hace un tour por su casa hasta llevarlos al despacho de su esposo, irse, y dejarlos esperando sentados en frente de un escritorio junto con dos tazas de un muy buen café. No pasan ni cinco minutos antes de que el otro Miller aparezca.

Detectives —dice el señor Miller, obligándolos a levantarse— ¿En que los puedo ayudar?

Tomando en cuenta el hecho de que la señora Miller le estaba siendo infiel, creías que se trataba de un tipo cualquiera, tal vez con unos cuantos kilos de más, poco apuesto o algo por el estilo. Para tu sorpresa, resultó ser más atractivo que esperabas. De hecho, hasta parecía ser mejor partido que la víctima.

Señor Miller, nos gustaría hacerle unas preguntas con respecto a un caso de asesinato que sucedió cerca de su casa —dices.

Oh... eso... sí... —Miller se va acercando al escritorio—, horrible, muy horrible.

Lo sabemos señor...

Y... —se sienta— ¿Yo que tengo que ver con todo esto?

Bueno —Carl intenta ser cortés—, queríamos saber si usted conocía de alguna forma al señor Costa.

¿Yo? ¿Conocerlo? —parece haberlo encontrado gracioso—. No mucho. Solamente hablábamos una que otra vez cuando nos topábamos por el camino; y la verdad no soy un hombre que va mucho a pie por la calle, así que no fueron tantas las veces que nos vimos. No sé si me

explico.

¿Está seguro? —preguntas.

Sí, claro que lo estoy, detective ¿Por qué no habría de estarlo?

¿En dónde estuvo usted hace más o menos dos días?

Estuve en mi oficina —responde, un tanto ofendido— como siempre. Todos los días estoy en la oficina. De lo contrario, estoy aquí cogiéndome a mi esposa —agrega.

Carl se ahoga con el café, sorprendido por su perspicacia; aclara su garganta y baja la mirada. Se hace un poco incómodo estar en esa oficina los tres solos.

Solamente estoy preguntando lo que... —intentas explicarle para que no se ofenda.

Sé qué intenta decir, detective —dice— pero si le sirve de algo, en los últimos días he estado en mi oficina, y no he salido de ella bajo ninguna circunstancia. No hay nada que pueda ocupar más mi tiempo que eso.

Está bien —dice Carl, obviamente apenado. Supones que tiene que ver con que estuvo coqueteando con su esposa.

Disculpe la molestia, señor Miller, pero tenemos que hacer este tipo de preguntas —te justificas—. Intento poder unir los cabos con respecto a...

¿A que mi esposa se acostaba con ese hombre? —dice Miller, sacándote por completo de ti.

Tanto tu como Carl tosen, incómodos. Definitivamente no se esperaban eso.

Este... señor Miller...

No, detectives —los mira a ambos— no necesito que me culpen de asesinar al hombre con el que se acostaba mi esposa... ¿Se imaginan si hiciera eso? Tendría que estar matando a muchas personas al día.

Es un tipo extraño.

Mi esposa pasa una gran parte del día a solas, detective. Y a mí la verdad no me importa con quien se acueste mientras se proteja al hacerlo. Estoy consciente de que se ha cogido a la mitad del vecindario, al igual que yo mismo me he acostado con las esposas de alguno que otro vecino —dice el señor Miller.

Mucha información.

Así que, si le preocupa que lo haya asesinado por algún tipo de vendetta, la verdad creo que su investigación está yendo por el lado que no es.

Tanto tu como Carl intentan excusarse, no importa con qué, lo que los ayude a irse lo más rápido de ahí les servirá. No se esperaban que algo así fuera a suceder, en especial tú. La idea de que la única persona que pudo haber cometido aquel delito, se lavara las manos tan fácilmente, te hace sentir que algo no anda bien. Pero, para tu desgracia, al cabo de unas horas, ya en tu oficina, confirmas que no tienes nada en su contra. Su coartada es real, y ahora sientes que estás en el mismo lugar que antes.

Ahora, lo único que te queda como pista es su hermano.

* * *

Un hombre adulto, muerto por un golpe en la tráquea y ocultado por un corte limpio hecho con algún objeto muy afilado. Peleador, con dinero y con un hermano que nadie ha visto. Por la zona en la que vivía, no parecía el tipo de persona que se ganara la vida dando clases de boxeo, aunque sacar conclusiones al azar era un poco apresurado. Sin arma homicida porque fue un simple golpe el que lo mató; un asesino sin rostro, con las palabras de los Miller, de la hermana del difunto y

las escasas evidencias alrededor de este caso, no hay otro lugar a donde te lleve más que a sacar conclusiones al azar.

Así que, esta vez, la visita es para la casa del hermano, sabes cómo llegar, conoces el lugar. Pero hoy es muy tarde para eso.

La dirección que te dio Mia para encontrar a su otro hermano, es una posible pista más. Si le haces las preguntas a él, que, según ella, compartía más con el difunto, te hace suponer que puede que encuentres una nueva pista. Esto es lo único que te queda. Eso te lleva a imaginar un escenario hermoso en el que le haces una pregunta y él termina confesando su crimen porque, de alguna u otra forma, pudo haber tenido un motivo para matarlo.

Tal vez apostó por él y perdió; tal vez no eran tan amigos como suponía su hermana. Incluso la víctima pudo haberse acostado con su esposa y así ocasionar una increíble ira que lo obligó a cometer fratricidio.

Tu cerebro te dice que esa es la razón, que él es quien deberías estar buscando. ¿Y qué tiene que ver la cruz en el pecho y la cortada en el cuello? Eso no tiene sentido. Si ambos son peleadores, explicaría los golpes en el cuerpo y el cuello, tal vez intentó defenderse y él lo mató con un solo golpe. Todo era posible. Aunque, lo demás, ¿Qué con eso?

Vueltas y vueltas sobre tu cama, te hacen suponer locuras, pero, de entre todo eso, se te ocurrió: Y ¿Qué tal si era solo un señuelo? En tal caso, la cruz encerrada en un círculo puede no significar nada y lo que intentó fue hacerlo ver como una especie de ajuste de cuentas.

No.

Cierras los ojos y tratas de despejar tu mente. Tratas, porque, por desgracia, suena tu móvil.

Maldita sea —exclamas, sintiendo cómo el timbre de ese aparato perturba el perfecto silencio de tu casa— ¿Quién demonios llama a esta hora?

Das un respiro en seco, estiras el brazo y coges el móvil.

Carl —lees en voz alta, lleno de odio, para luego atender tragándote las ganas de gritarle—: ¿Qué pasó?

Tenemos un problema.

Carl te dio la dirección por teléfono, pero no te tomó mucho llegar hasta ahí. Es un vecindario cualquiera, incluso se te hace familiar; no es primera que estás aquí. Este es el tipo de lugar en donde si te esperas encontrar un cuerpo como si nada.

Ni siquiera te dio tiempo de darte un baño, preparar un café, elegir bien qué ibas a usar ni mucho menos cepillarte los dientes. Carl ya estaba en la escena observando cómo los forenses hacían lo suyo. De repente, te atrapa un Deja vu: Las cintas amarillas, personas alrededor del cuerpo tomando fotos, etiquetando las evidencias mientras que vestían trajes de plástico de pies a cabeza; las luces de las sirenas pintando el alrededor, los paramédicos esperando para llevarse el cuerpo... le atribuyes el fenómeno a una simple confusión de eventos.

Lo único que se diferencia de la última vez, es que hay más personas rodeando la escena del crimen. Tantos posibles testigos, sospechosos. Con tantos comercios alrededor de esta escena del crimen ¿Será que alguno de ellos lo hizo? Aunque, a pesar de que este lugar se nota vacío sin contar a los oficiales que están involucrados y a ustedes dos, hay cierta tensión que invade la zona.

Eso te lleva a evaluarla rápidamente. Una zapatería, una tienda de comestibles, un bar y un edificio ejecutivo. Nada ha cambiado. A pesar de la hora, las tiendas siguen abiertas, pero los dueños no están afuera de estas (tal vez no cierran porque quieren saber qué sucede, pese a que no están rodeando la escena). Encuentras eso muy extraño. Sin embargo, ellos están pendientes de lo

que acontece en torno al muerto; notas varias de sus miradas curiosas a través de una que otra puerta. Quieres hacer como que no los ves, pero no se quedan mucho tiempo a la vista.

Exactamente lo mismo —dice Carl, al notar que estás parado a su lado.

¿Cómo sabemos que es nuestro hombre?

El mismo corte en el cuello, la misma herida en el pecho, sin arma homicida y una escena prácticamente limpia. Eso es todo lo que sé.

¿Han identificado a la víctima? —preguntas.

Por lo menos una de ellas debería conocerlo. Pese a que el cadáver está entrando al callejón, se encuentra prácticamente en medio de la calle. ¡Alguien tuvo que haberlo visto antes de todo esto!

¿Le has hecho alguna pregunta a los de aquí? —dices.

Sí, a los dueños...

¿Alguno vio algo?

No... ni siquiera sabían que había un muerto en el callejón. Dicen que este es un lugar tranquilo.

Sí, claro.

¿Tampoco lo conocían? —preguntas.

Nadie quiere decir nada... ninguno de ellos siquiera ha preguntado qué está pasando...

Esa afirmación te parece tan absurda como ninguna. Pese a que la última muerte era similar, algo te dice que ésta escena no puede estar simplemente limpia, y mucho menos sin testigos.

Entonces ¿Cómo lo encontraron? —preguntas.

No lo hicieron —dice él, interrumpiendo tu evaluación.

¿Cómo así?

Llamaron al novecientos once dando la posición exacta del cuerpo...

Piensas de inmediato en la grabación de la llamada. Sabes que los operadores siempre están siendo monitoreados, así que, cuan epifanía, te iluminas e intentas comunicárselo a Carl, quien niega diciendo:

Hum, hum... —deja caer los hombros para agregar—: quien llamó fue la víctima.

Qué... ¿Cómo así?

Al parecer llamó antes de que lo asesinaran. Sus palabras exactas fueron —saca su libreta y lee—: he sido asesinado, me encontraron en el callejón al lado del bar Agostini Studio, entre la quinta y la sexta avenida de Los Sevos... —termina de leer—. Luego de eso se colgó la llamada y henos aquí.

Demonios —te quejas— Aunque siento que algo no anda bien.

Quieres respuestas... ¡Ya!

A mí tampoco me gusta mucho esto —ahora es él quien evalúa la zona— Estas personas se ven muy tranquilas para tener un cadáver cerca de sus tiendas.

A parte de las tiendas abiertas, casi nadie camina por las calles. Los pocos que notas haciéndolo, aceleran el paso en lo que vislumbran las patrullas. «Un lugar tranquilo», te mofas.

Por qué coño no pudo quedarse todo como estaba—te quejas entre dientes.

Sí —te apoya Carl—, justo cuando parecía que teníamos algo —te parece extraño que estén de acuerdo.

¿Averiguaste algo del peleador? —intentas crear conversación.

No... sus vecinos ni siquiera sabían que peleaba.

Joder.

Sí, eso mismo dije.

¿Nos habrá mentido? —dices, refiriéndote a la hermana de Costa.

No lo sé, pero ¿De qué otra forma se habrá hecho esos moretones en el cuerpo?

Carl parece estar tan irritado como tú; no bromea, no dice ni hace algo estúpido para llamar la atención. La cosa va mal.

Los dos deciden en silencio quedarse callados sin apartarla vista de los forenses que trabajan en documentar la escena. Sientes que no queda de otra ¿De qué se supone que deberían hablar? No hay más opción que acudir al silencio; el silencio es la mejor medicina en ese momento. Buscas a distraer tu mirada con algo, hasta que la entierras en el húmedo suelo que te da asco.

Repasas mentalmente todo lo que te han dicho hasta ahora, empezando por la llamada de Carl hace un rato. Ese lugar que se almacena en tu memoria no es muy conocido por ser tranquilo, lo que te irrita, tomando en cuenta que nadie quiere decir nada.

Pero... el lugar. Eso es lo que te llama la atención.

¿Qué tienes? —pregunta Carl, notándote pensativo.

Es que... algo no encaja en todo esto —dices.

¿Cómo qué?

No lo sé... está entre la llamada al novecientos once, el que nadie haya visto nada y que — buscas otra vez entre las tiendas para ver si hay algún curioso— pero algo no encaja —vuelves a repasar lo sucedido, hasta que das con ello: es el lugar—. ¿En dónde dijiste que estábamos?

En los Sevos...

Te suena, pero lo hace porque ya has estado aquí... aunque no es eso. Tienes dudas. Le sigues dando vuelta a esa idea; sientes que lo has escuchado antes, no... recientemente. Los Sevos no es lo que estás buscando... se siente, pero no es. Haces un recorrido mental: Avenida Los Sevos, Avenida Lincoln y...

¿Dónde es que vivía el otro hermano?

Bueno... —Carl saca su libreta, retrocede unas cuantas hojas y lee—: vive en la avenida Los Olivos, casa número quince cer...

Cerca de la biblioteca pública... —terminas.

Sí...

Eso te dibuja una sonrisa en el rostro porque, en efecto, tienes algo.

Carl... la biblioteca pública está a unas calles de aquí; Los Olivos es la siguiente avenida.

En un principio, el que apareciera una víctima tan apartada de la última escena del crimen te hizo suponer que no tenían relación alguna. Pero ahora que lo ves con claridad, te das cuenta que están más cerca de lo que crees. El lugar era la clave. Que casualmente la otra víctima apareciera cerca de donde vive el sospechoso número uno luego de haber descartado al señor Miller, te da la impresión de que, todo está mucho más relacionado de lo que parece.

El lugar, la relación... todo esto comienza a concluirse solo.

Una tras otras las hipótesis se generan en tu cabeza. Necesitas ver el cuerpo para saber qué tan parecido es al asesinato anterior (aunque Carl ya te dijo lo que piensa). Cualquiera pudo haberlo cometido, no importa quién. Ese lugar está lleno de sospechosos, de testigos oculares... lo que sea. Pero, el que esté cerca de la casa del otro hermano, te resulta aún más extraño.

En serio que necesitas saber quién es.

¡Ey! —gritan a tu izquierda— ¡Deténgase!

Lo que te faltaba, otro Deja vu. Te volteas para mirar y encuentras que se trata de Paula, acercándose demasiado a la escena del crimen.

¡Señora, aléjese de la cinta amarilla! —la detiene un oficial.

No te mueves de tu posición, no tienes ánimo de atender nada fuera del caso; además, estás seguro que aquel oficial se puede encargar de ella.

Señora. No puede estar aquí, le agradecería que se marche...

Sin embargo, Paula parece no darle el debido respeto a esa figura de autoridad, lo que te traslada de inmediato al día en que la viste en el hospital siendo sostenida por un guardia porque no dejaba de dar pelea.

Demonios —suspiras, atrayendo la atención de tu pareja.

¿Qué pasó?

Eso pasó —señalas a Paula.

¿No es esa tu amiguita? —dice él. Parece que está bromeando, pero sabes que no tiene ánimos de hacerlo.

No es mi amiga —respondes con el mismo ánimo que él.

Intentas acercarte, pero te detienes en seco porque piensas de nuevo que no es problema tuyo. «Solo está tomando fotos, eso no es tan importante». Aunque, viendo cómo discuten, se nota que, para ella, un uniforme no es suficiente. El oficial, sin tocarla, grita de nuevo que se aleje de la escena, ya que, técnicamente hablando, no está haciendo nada ilegal, aun no cruza la cinta.

¡Es solo una foto! —dice ella, parándose de puntillas para alcanzar el rostro del oficial.

De repente, ves cómo busca a distraerlo y sale corriendo en dirección a ustedes. La sigues con la mirada, deduciendo que, si alguien no la detiene, se meterá en muchos problemas.

Deberías detenerla —dice Carl, como si hubiera leído tu mente.

¿Por qué yo? —mascullas, sin apartar tu mirada de ella.

Porque fuiste tú quien le dijo que podía estar en la escena. —Tiene un punto.

Pero eso fue en la otra... no en esta —te excusas.

Las personas como ella no saben diferenciar —agrega Carl, mientras que la pequeña mujer sigue acercándose más y más a la escena, estando muy cerca de llegar a ti—. Será mejor que lo hagas.

El oficial se da cuenta de que no está y corre tras ella, gritando que la detengan. Ágilmente elude a los que lo intentan y logra cruzar la siguiente cinta amarilla; solamente le quedan dos, contando la que te separa a ti del cadáver.

Hum... —masculla Carl—. Parece un ratón esquivando trampas.

Deduces qué es lo que quiere, pero sabes que hay una línea que no debería cruzar. Supones que es una persona inteligente y que se detendrá cuando esté lo suficientemente cerca, que no será capaz de conseguirse a sí misma un gran problema.

No se va a parar —dice tu pareja, alentándote a que intervengas.

Te molesta que él no haga nada; si tanto le preocupa ¿Por qué no hace algo? Pese a ello, sabes que tiene un punto y que debes intervenir antes de que sea demasiado tarde y haga algo estúpido.

Demonios —profieres, preparándote para detenerla.

Cuando comienzas a moverte, notas que va disminuyendo su velocidad, lo que te hace pensar que se detendrá.

Ah bueno...

¡Señora! —grita otra vez el oficial.

Ella, cruza la siguiente cinta, quedando a penas a solo una de distancia, coge su cámara y se prepara para detenerse y tomar la foto.

¿Ves? Se va a parar —le dices a Carl, confiado de que todo saldrá bien.

De repente, tal cual como apareció, se tropieza, como si el suelo se hubiera movido, y, víctima del asqueroso su asquerosa humedad, se desplaza hasta la escena, como una caricatura, tan surreal como puede ser. No te esperabas que nada de eso pasara, ni siquiera te ha dado tiempo de reaccionar. Antes de que te des cuenta, su cámara está a los pies del difunto y su cuerpo a movido tres conos que los forenses han colocado.

La sangre te sube a la cabeza de golpe. Decides dejar la pasividad de lado.

¡Qué tan difícil puede ser detener a una mujer de cincuenta kilos! —preguntas, gritando lo más fuerte que puedes para que todos te escuchen.

A este punto, todos se han quedado boquiabiertos por lo ya sucedido; a diferencia de ti, nadie supo que hacer una vez que ella arruinó la escena. Tu grito consiguió que los involucrados voltearan a verte mientras que te acercabas evadiendo las cintas amarillas para llegar hasta Paula y levantarla con hosquedad por el brazo.

¿Qué carajos tenías en mente? —dices.

Disculpe, detective; yo...

Nada, no digas nada —e inventando una ley en el calor del momento, dices—: quedas arrestada por interferir y arruinar una escena del crimen.

Pero detective, fue un accidente...

Sacas tus esposas y se las colocas mientras que le vas leyendo los derechos Miranda. Nadie se te acerca, ni te cuestiona si lo que estás haciendo es correcto. Irritado e incapaz de evaluar mejor la situación, la empujas hasta la patrulla más cercana para dejarla adentro y que la lleven a la jefatura.

Antes de cerrar la puerta, agregas con autoridad:

Tu y yo tenemos que hablar.

Una vez que los forenses te indicaron que ya habían documentado esa pequeña parte que ella arruinó, suspiraste de alivio y procediste a ver la escena de cerca. En comparación con lo anterior, no tenía mucha diferencia, lo que confirmó más tu sospecha. Los golpes en el cuerpo, señal de una pelea previa y todo lo demás que lo relaciona con el cadáver anterior, el lugar, y el tiempo entre cada asesinato solo te indican una cosa.

Levantando la mirada, luego de evaluar al cuerpo, ves a Carl a los ojos y le dices:

Creo que sé quién es....

Capítulo 4: Una corazonada

El forense descubre el cadáver para empezar con su explicación. Quieres ver por ti mismo cada uno de los detalles que tiene este cuerpo... la relación que guarda con el otro asesinato es tan crucial que, si se te escapa algo, siente que perderás al asesino.

Kyle Watts; veintiocho años, uno sesenta y nueve. Diferentes heridas en el cuerpo, de las que destacan la cortada en el cuello y la marca en el pecho.

¿La causa de muerte? —te apresuras.

La laceración en el cuello —te dice.

Esperabas que la razón de muerte fuera la misma que la anterior. Te sientes tímido.

Del resto, todo está limpio. Sin golpes recientes, ni fracturas, ni nada. Más lo pudo haber matado el hecho de que fumara que el resto de los golpes que tiene.

¿Qué tan viejos son?

Diría que tan viejas como las del otro cuerpo, pero esa es una estimación nada más. Aunque, por los lugares en que se encuentran, diría que también fue peleando. Me pareció extraño porque, aparte del golpe en la tráquea, parecía que fuese el mismo tipo.

Sí... —afirmas, era de esperarse— los dos son peleadores.

Dave aclara su garganta.

Estas heridas en las costillas, aquí en la parte frontal de la pierna, los brazos y los nudillos; indican que se había defendido; como si fueran lesiones normales.

Hechas en una pelea...

Sí, pero no cualquier tipo de pelea... no son simples golpes que te haces en una pelea de un bar o entrenando; tiene diferentes lesiones que ya están curadas, como una fisura sobre este ojo —te muestra la ceja izquierda—, pequeñas fracturas en los dedos. El hombro dislocado y vuelto a poner en su lugar a lo Mel Gibson...

Te sonrío un poco esperando parecer gracioso, pero tú lo miras con seriedad sin motivar su comportamiento infantil.

Profesionalmente...

Bueno —vacila—, sí... se podría decir que sí. ¿Por qué? ¿Estás lidiando con un club de la pelea? ¿Me entiendes? —bromea de nuevo.

Hum... podría tratarse de un ajuste de cuentas —piensas en voz alta, y junto a eso, en la persona que puede saber algo al respecto.

Kyle vivía por ahí, lo más probable es que él lo conociera. No cabía duda.

¿Cómo carajos llegaste a esa conclusión? —pregunta Dave, extraño.

Olvídalo... gracias —te despidas levantando la mano mientras que sales de la morgue.

Por los pasillos del hospital, apresuras el paso sintiendo que con eso tienes una nueva pista. Algo sólido para variar. Yendo a tu coche, sacas tu móvil para llamar a Carl.

Sí es su hermano —dices, sin saludar.

¿Estás seguro? —te responde él.

No...

¿Entonces?

No del todo —sacas tus llaves para abrir el coche—; ¿Recuerdas que Antonio tenía varias heridas?

Sí... porque era peleador.

Sí, pero no.

¿Hum?

Kyle también tiene señales de pelea —dices antes de recordar que Carl no sabe cómo se llama el otro cuerpo—, Kyle es la otra víctima.

Okey —de repente, entiende lo que intentas decirle— Ya va... ¿Kyle no es?

¡Exacto! Ese es el nombre del otro hermano. Pero no hay forma de que podamos confirmarlo porque podría tratarse de cualquier Kyle Watts que viva cerca de ahí —es posible pero no te lo crees—. El asunto es que, ambos tienen diferentes heridas en el cuerpo, productos de peleas... además, para ser un simple instructor de boxeo; no hay forma de que pudiera vivir en donde vivía —agregas— en el caso de Antonio.

¿Entonces?

Que ambos tienen señales de ser peleadores profesionales.

Y ¿Eso que tiene que ver? —Carl hace la pregunta correcta.

Que a cualquier peleador profesional no lo matan en su casa y luego a su hermano, quien también es peleador, pero con quien no guarda más que un lazo emocional.

¿Qué intentas decir?

Creo que sé de qué se trata todo esto... pero tenemos que ir a un lugar primero. —dices, cerrando la puerta del coche a punto de encender el motor.

Aparte del hecho de que algo estaba relacionando las víctimas por fuera de la extraña marca en su pecho, el que tuvieran el mismo tipo de problemas, te trae una nueva conclusión. El ajuste de cuenta no era solo la única idea que tenías. Había una relación y un motivo. Luego de ir a buscar a Carl, le explicas mejor.

Pero cual —dice Carl, viendo tus anotaciones, mientras que conduces por la ciudad.

Es decir, piensa: —todo se ordena en tú cabeza por sí solo— estamos hablando de dos individuos completamente diferentes. ¿En qué sentido?, te preguntarás

Que nadie sabe que son hermanos, supongo.

Exacto... al principio creí que era un simple asesinato —dices— pero luego apareció Kyle...

El hermano.

Exacto. Aparte de que no tiene un golpe en el cuello —lo que te hace pensar que pudo haber sido una medida desesperada— y la llamada al novecientos once, se podría decir que es la misma escena: las mismas heridas, e incluso, la misma cortada en el cuello.

Pero esta vez sí fue lo que lo mató.

Sí, pero creo que eso no es lo que importa.

No estabas mirando a Carl, pero te daba la impresión de que hacía lo que podía para seguirte el paso. Tu solamente miras al frente, apretando de más la mano derecha al volante y manteniendo tu mente fresca. El callejón al que te diriges.

¿Qué viste entonces?

Que fuera del modo en que lo asesinaron, ambos tienen una relación muy cercana, uno de ellos consigue dinero mientras que el otro «hermano» se queda en el vecindario pobre en donde, misteriosamente, nadie sabe nada o ni siquiera les importa lo que sucede.

Sí... esa gente es muy extraña.

Y ahí desarrollas tu punto.

Y eso me hace pensar. ¿Quién tiene tanto dinero como para comprarse una casa siendo un simple peleador? —dices— de alguna forma tuvo que haberlo encontrado. ¿Qué tal si

aprovecharon el que fueran hermanos y nadie lo supiera?

Carl respira profundo en señal de interés, esperando a que continúes.

Entonces, me hace suponer que se metieron con el tipo equivocado.

¿Hacían dinero apostando?

Puede ser... —respondes, satisfecho de que entendiera tu razonamiento.

Será que uno perdió contra el otro y por eso lo asesinó.

Eso fue lo que pensé en un principio... pero luego lo mataron a él también —dices.

De repente, Carl mira por el parabrisas justo cuando tomas la salida de Los Sevos.

¿No estamos yendo para...? —pregunta.

Sí...

Ya te dije que les había preguntado a todos, y todos dicen que no saben qué pasó.

Eso es lo que dicen todos —le respondes, sintiendo que tu poca experiencia es tan pesada como la de cualquiera.

Al llegar a la tercera avenida, cerca del lugar de los hechos, se bajan del coche.

¿Para qué nos paramos tan lejos?

Guarda bien tu arma y tu placa —le dices a Carl cuando él cierra la puerta de tu coche.

¿Qué? ¿Por qué?

No quieres arruinarle la sorpresa a Carl; sabes que no está acostumbrado a esos lugares, él no es de aquí. Así que apresuras tu paso y lo dejas atrás; ya no te sientes como el novato.

¿Me vas a decir qué hacemos aquí? —dice, como si estuviera aterrado.

Vamos a hablar con alguien. ¿Por qué? ¿Te da miedo? —te burlas.

No responde a tu pregunta, pero sabes que algo le preocupa. Se mueve con cuidado, como un turista asustado de la gran ciudad. Te preocupa que pueda llamar mucho la atención y se den cuenta que son policía caminando fuera de su zona.

Actúa normal, pero no demasiado —le dices, tratando de calmarlo.

¿Cómo voy a actuar normal pero no demasiado? ¿Eso tiene sentido?

Dejas escapar una corta risa creída.

Eso no te lo enseñan en la escuela ¿Verdad? —le dices.

No...

Eso es lo que pasa cuando te dan el puesto así cómo así —dices.

Carl no deja de verte ni seguirte el paso; se nota que no sabe para dónde lo llevas. Aparte de eso, es muy obvio que tu comentario lo ofendió.

Eso no tiene nada que ver —se defiende—, ¿Es por eso que eres así conmigo? —pregunta Carl, como si hubiera tenido una epifanía.

Hum —no quieres discutir con él ahora.

Aun te molesta un poco que no haya trabajado lo mismo que tú para llegar hasta donde está, pero sabes que no es el momento de hablar de eso. La noche se está asomando por el horizonte oscureciendo la punta de los edificios y obligando a las personas a acelerar el paso. Das un suspiro ahogado por el frío y disminuyes el paso.

No puedes estar tenso por aquí, o comenzarán a verte raro —le dices a Carl, con naturalidad — pero tampoco muy despreocupado; mientras más tranquilo estés, más te evidenciarás.

Tu lección de vida no logra cruzar el duro caparazón de Carl, quien, a pesar de bajarle un poco a su tensión, sigue caminando a tu lado. La caminata termina cuando llegas hasta el bar que estaba más cerca de la escena del crimen.

Es aquí —dices, leyendo el letrero de mala muerte con luces de neón.

Este lugar se ve horrible —dice Carl.

Y eso que solamente lo estás viendo desde afuera.

Siguiendo tu propio consejo, te acercas a la puerta y la abres con cuidado, esperando encontrar lo que buscas aquí.

¿Cuándo me vas a decir qué estamos buscando? —murmura Carl.

Ignoras su pregunta, porque con la mirada estás buscando al hombre que suele saberlo todo por ahí. Es el típico individuo peligroso que da información por el precio adecuado; una que otra vez te lo cruzaste en el pasado así que, una de esas muchas veces le salvaste el trasero. Te debe una. Justo cuando creías que nada de eso te serviría.

El lugar está lleno de personas a pesar de la hora que es. Mujeres bailando, hombres bebiendo, personas discutiendo o hablando muy fuerte. No te importa. Carl no se aparta de tu lado; de reojo te das cuenta que intenta actuar normal. Sigues buscando hasta que das con el traje violeta adecuado y te apresuras a acercarte a él.

Siempre se viste de violeta oscuro.

Le encanta llamar la atención —dices, deduciendo que su traje no tiene ningún otro uso.

Señor Wolff, qué sorpresa —dice al verte.

Hola, Dan...

Dan, extiende su mano y les señala las sillas el asiento de su mesa privada.

Siéntense, por favor.

Te acercas y comienzas a hacer las preguntas adecuadas. Carl no te sigue la corriente de actuar como un hombre normal, no, él lo mira todo con curiosidad inocente y cuidado. Te hace creer que puede estar mal interpretando tu relación con aquel hombre, seguro le debes una explicación... pero será después.

Su forma de hablar, tan confiada y despreocupada, te hace notar que algo sabe, algo que no quiere decirte. Le sigues presionando, pero solo te da respuestas vagas y sin mucho qué ofrecer. No te rindes. Carl sigue callado, la mano comienza a dolerte. La confianza que creías tener se va desvaneciendo con cada palabra vacía de Dan.

Bueno, es que tampoco has hecho la pregunta adecuada; quieres tantear la zona, evaluar si en realidad está diciéndote la verdad, para que, de repente, le hagas la que realmente importa.

¿Qué sabes de peleas clandestinas? —preguntas.

No mucho —responde Dan, sin apartarte la mirada—, solo lo que se ve por la superficie. Apuestas, dinero, deudas.

Lo que te conviene ¿Verdad?

Dan sonrío con diablura; lo conoces muy bien.

Usted sabe, señor Wolff.

¿Has sabido algo sobre dos hermanos peleando?

De repente, se le borra la sonrisa del rostro y entiendes que no te va a decir nada; estás haciendo la pregunta correcta. Aclara su garganta, nervioso. Su postura confiada cambia por completo.

Me temo que no hay más nada que pueda decirle, señor Wolff.

Me dijiste que me debías un favor —sacas la única carta que tienes.

Pero estos son otros tipos de favores; hay cosas que... —vacila, te mira, mira a Carl y luego regresa a ti—, las personas con su, particular trabajo, no deberían saber.

No quieres parecer un inepto frente a Carl. Quieres que vea que eres capaz de crear resultados. Así que aclaras tu garganta.

Bueno, pero qué cosas sí puedo saber —preguntas, cambiando de enfoque.

Bueno... señor Wolff. Lo que ya sabes es más que suficiente.

Dan, necesito algo más que eso —insistes, desesperado— quiero saber por qué mataron a esos dos hombres ¿Quién crees que pudo haber querido ajustar cuentas con él?

De repente, Dan suelta una carcajada irritante. Parece que dijiste algo gracioso, pasa que no sabes qué fue.

Ay señor Wolff, creo que está metiendo sus narices en donde debe.

¿Por qué lo dices?

Solo... créame... esto es más grande de lo que usted cree —se acerca a ti, con cierto aire de confidencialidad— aquí no encontrarás las respuestas que buscas; ni siquiera yo sé quién los mató... pero algo sí puedo asegurarle, señor Wolff.

¿Qué?

Que no quiere saber qué está sucediendo aquí.

Supones que no te queda de otra.

Entonces no tienes nada —dices, fingiendo decepción

Nada que pueda servirle a usted —responde Dan—, ni a su amigo aquí —agrega, recordándote que no vienes solo.

Joder...

Pero —advierde repentinamente—, si de algo le sirve, creo que es mejor que deje esto así cómo está, señor Wolff... porque, por si no le ha quedado claro, es mejor que cierre este caso y lo deje tal cual lo encontró. El pez más gordo no es siempre el que más le conviene.

La amenaza de Dan te da nuevas pistas. Tal vez no te dio alguna otra respuesta más contundente, algo más puntual, una miga de pan que te lleve a una cosa más concreta: evidencias, nombres, lugares... pero sí te dejó una cosa realmente valiosa: la satisfacción de saber que estás en el camino correcto.

Y eso es lo que tienes, una pista sólida y valiosa. Pero, por la forma en que él te habló de lo sucedido, te hace suponer que no es un simple asesino.

Ya en el coche, te permites respirar un poco.

¿Qué carajos quiso decir con eso? —pregunta Carl, recordante que aún está contigo

¿Con qué? —respondes.

Con lo del pez —dice— no entiendo ese tipo de cosas.

Pues... que estamos en el camino correcto —dices, con una sonrisa en el rostro.

Te resulta cómico que Carl no entienda lo cerca que están, o, si es que lo hace, no está apreciando la ironía del asunto. Pero no te importa porque tu corazónada parece ser cierta por los momentos; así que, enciendes el motor preparándote para salir de aquel desagradable cuchitril, sabiendo que, la pista te traerá de regreso eventualmente. Es obvio que Dan sabe algo que ustedes dos no, lo que pasa es que es muy cobarde para decirlo.

Conduces, respetando el límite de velocidad, las calles, que están antes de aquel callejón en donde encontraron a Kyle unos días atrás, lo que te da un mal sabor de boca que no te deja concentrarte en el camino. Carl ya dejó de insistir en buscarte conversación, así que decide que es mejor idea ver a través de su ventanilla.

Ey —dice Carl de repente— ¿No es esa tu amiguita?

No puedes evitar irritarte de nuevo con esa palabra. Ya le has dicho varias veces que son amigos, que ella no es nada tuyo y que solamente hablaron.

¿No estaba presa? —pregunta extrañado.

No lo sé —dices, evadiendo el tema— no es mi amiga.

Pero sí es ella —insiste Carl— ¿Qué hará aquí?

En ese momento, la encuentras con la mirada. Está caminando con cuidado, con un bolso guindándole al hombro en el que introduce su mano para sacar algo. Es su cámara. Te detienes por una señal de stop y te permites seguir viéndola hacer lo suyo. Está un poco lejos, no es capaz de distinguir que ustedes dos están cerca. ¿Qué estará haciendo?

Lo más seguro es que la hayan dejado ir —dices— después de todo no hizo nada grave.

Arruinó la escena...

Sí, pero ya lo habían fotografiado... fue un accidente —explicas.

Ninguno de los dos, aparta su mirada de ella quien, siendo lo menos discreta posible, comienza a tomar fotos. De repente, Carl nota algo:

Creo que está siguiendo a ese tipo.

Los dos se quedan viendo cómo ella se detiene un poco cuando el hombre que Carl mencionó cruza a un callejón. Haces mover tu coche, pero sin quitarle la mirada a Paula. No lograste identificar al sujeto que vio Carl, ya que estabas muy atento a ella.

Es raro —dice Carl.

Es una periodista entrometida —señalas— algo debe estar buscando.

O solamente está tomándole fotos a un completo extraño—apunta Carl.

Cuando parece haberlo perdido de vista, acelera el paso y lo sigue hasta el callejón, ahí no sabes que está haciendo. Al cabo de unos segundos, haces mover tu coche, aún más lento de lo que ibas, para ver si alcanzas a observar qué intenta hacer Paula.

Y es ahí cuando, las cosas simplemente se salen de control. Justo cuando pasas con tu coche en frente al callejón que ambos acababan de cruzar, presenciaste algo que no esperabas ver nunca. Aquel hombre alto cuyo aspecto ahora era el de alguien amenazador, tomaba de los brazos a Paula, pero no de una manera amistosa. Carl y tú no tardaron en darse cuenta que algo raro estaba sucediendo.

¡Ey! ¡Déjala! —exclama Carl.

Tanto Paula como el alto extraño, giraron en dirección a ustedes. Tú frenas el coche en seco, quedando justo en frente de ellos. En cuestión de segundos, el hombre levanta el brazo y decide atinarle un golpe a la periodista en el rostro.

¡Mierda! —dices.

De inmediato, sales del coche y te deslizas sobre el capó. Carl te sigue. Corriendo, te acercas lo más rápido que puedes a Paula, quien está en el suelo con la mitad del rostro de color rojo e inconsciente. Verla así, simplemente te llena de ira. Todo tu cuerpo se calienta, tus ideas desaparecen; quieres hacerle pagar a ese idiota lo que le hizo a ella. ¿Quién demonios se cree que es?

Así que te levantas y comienzas la persecución. No te importa quién sea o qué estaba haciendo. Hasta ahora, ni siquiera sabes qué carajos sucedió; lo que sí te importa es que deberás hacerlo pagar. Tomándote la delantera, está a un paso desaparecer en el callejón, pero, por suerte, tú conoces ese lugar.

No te me vas a escapar, cabrón.

Todos los callejones de esa zona son (estúpidamente) de los que no tienen salida. Nunca te parecieron útiles, hasta ahora. Tratas de acelerar el paso sin apartar la mirada de aquel idiota, quien, a pesar de no verse de por ahí, también parece conocer el lugar.

Ya va... —recuerdas algo importante— ¿Qué carajos estoy haciendo? —dices, llevándote la

mano derecha a la cintura.

Coges tu arma y piensas de inmediato que lo puedes echar todo a perder. No tienes la fuerza para disparar con precisión por lo que, apretar aquel gatillo puede ser fatal para cualquiera; aunque, sin embargo, él no sabe eso.

¡Quieto! —exclamas— ¡O disparo!

El hombre, de repente disminuye la velocidad, pero no se detiene del todo. Eso te es suficiente para suponer que sabe que tienes un arma, pero no tanto como para que deje de correr.

¡Dije: quieto! —gritas de nuevo.

Debes hacer algo. Tratando de controlar los temblores de tu mano, la cual aún no sientes realmente tuya, te imaginas en lo que puede acontecer si fallas ese disparo. Si logras darle en la pierna, sería maravilloso, incluso si consigues solamente dispararle a la pared, te serviría de mucho, pero, al igual que esas dos posibilidades, muchas otras se te presentan. No sabes qué hacer, pero quieres hacerlo detenerse. Así que tú te detienes primero.

Necesitas concentración, control, precisión. Te colocas en posición y lo pones en la mira. Se supone que estás viendo tu blanco, que puedes darle, pero, también sabes que, por el más mínimo movimiento en falso, la bala podría cambiar por completo su trayectoria y arruinarlo todo. Además, no hay motivo suficiente para dispararle. ¿En qué estás pensando?

Así que, sin saber muy bien qué hacer, levantas el arma al cielo y aprietas el gatillo dos veces. El sonido ensordecedor del disparo te obliga a cerrar los ojos del susto a pesar de saber que iban a suceder. Por fortuna, hicieron lo mismo con el criminal. Asustado, se encoge de hombros y levanta las manos.

¡Dije que te detuvieras! —exclamas, obstinado.

Lentamente te vas acercando a él, sin bajar el arma.

Señor oficial, disculpe yo... —intenta decir, pero no quieres escucharlo.

Te guardas el arma en el estuche de tu cintura.

Cuando te digo que te detengas —le colocas la mano izquierda en el hombro, haciendo que se voltee— ¡Te detienes!

Y, sin darle tiempo para reaccionar, le atinas un golpe en el rostro con la derecha. El criminal se gira cayendo al suelo sin control. Parece aturdido. La adrenalina te sube al cuerpo y lo sabes porque la mano no te dolió; eso es suficiente para llenarte de ganas de dar el siguiente golpe. Así que levantas la izquierda y le das otro.

¿Quién... —con la derecha— demonios... —la izquierda— te crees... —la derecha otra vez — que eres?

Golpe tras golpe el hombre intenta levantarse mientras que le vas insultando tanto cómo puedes; parece soportarlo bien, por lo que continúas golpeándolo. Uno tras otro vas logrando contenerlo hasta que, por fin, consigues que se quede en el suelo.

Maldito bastardo —exclamas al final.

Sintiendo cómo la adrenalina se va diluyendo en tu cuerpo, las secuelas del dolor van apareciendo con repentinos temblores que se apoderan de tus extremidades. No es miedo, es otra cosa. Coges tu celular y llamas al novecientos once, dices quien eres y das el código correspondiente a sospechoso herido, con el fin de pedir una ambulancia. Lo levantas por el hombro.

El hombre se tambalea un poco, pero no te importa. Le colocas las esposas y lo llevas contigo hasta donde está Paula, para tenerlo cerca. Procedes a leerle los derechos Miranda, a pesar de saber que lo que acabas de hacer no se justifica.

Ofi... yo... —intenta hablar.

Cállate... idiota —pero no te importa.

Cuando por fin llegas a donde comenzó todo, te encuentras con Paula sentada en el suelo recostada a la pared y con una botella de agua que identificas que estaba en tu coche. Carl, está frente a ella, hablándole de algo, no sabes qué.

¿Estás bien? —le preguntas a Paula, sin soltar al idiota que la golpeo.

Lo que antes era una gran marca roja en su rostro, ahora se veía como un gran morado que incluso llego a romperle unos cuantos vasos de la mejilla. Te hace sentir fatal el verla así.

Me duele un poco —dice ella, intentando ser valiente.

Te debe de doler como un demonio —bromea Carl.

Ella intenta reírse, pero el dolor no la deja.

Ay...

Empujas contra la pared al criminal para que le duela y este se queja por el golpe. Se lo merece.

Lo dejaste mal —dice Carl, viendo su rostro ensangrentado.

No lo suficiente —dices, acercándote a Paula para verla mejor.

Detective, sé que me dijo que no siguiera entrometiéndome en el caso, pero es que —dice ella, recordando la conversación que tuvieron en la jefatura.

Descuida —le interrumpes— eso no importa ya. Nada de esto fue tu culpa...

Pero es que... —intenta decir, antes de que la interrumpas con otra pregunta.

¿Segura que estás bien? —preguntas, preocupado.

Sí —dice, levantando la mirada—, si ustedes no aparecen no sé qué me habría sucedido.

Deberías ir a un hospital...

No quiere —interrumpe Carl, quien está ahora viendo al criminal de cerca— ya le dije que podía llamar una ambulancia, pero no deja de decir que está bien.

Evidentemente no lo estás —dices.

No, detective... no es necesario yo...

Repentinamente, el criminal intenta hablar de nuevo.

Oficial... yo solo...

Esta vez, parece que logra terminar de decir las palabras, pero no lo suficientemente rápido antes de que los tres reaccionen. Aunque, el grito de Paula es el que más se escucha.

¡Cállate la boca, maldito desgraciado! ¡Mira cómo me dejaste! ¡Pendejo! ¿Qué carajos te sucede? ¡Enfermo!

Te sorprende que pueda gritar con el rostro cómo lo tiene, aunque, justo después de terminar de hablar, comienza a quejarse del dolor. Tanto tú como Carl comienzan a reírse un poco.

Sí que eres ruda —dice Carl—. Me gusta.

¿Por qué siempre tiene que estar intentando conquistar a una mujer? ¿Acaso no ve que no está en posición para hablarle?

Aunque no lo suficiente —dice ella, tomando un sorbo de agua.

Haciendo caso omiso a las ridiculeces de tu pareja, intentas resolver unos cuantos detalles que no has logrado entender. Tal vez tenga un trabajo muy complicado como reportera, pero, pese a esa suposición, encuentras extraño encontrarla en este lugar. De hecho, te resulta extraño habértela encontrado en las otras escenas. Sí, tal vez sea porque estuvo aquí varias noches atrás, aunque, hoy no ha pasado nada, bueno, por lo menos no antes de que le golpearan en el rostro.

Por cierto ¿Qué intentabas hacer siguiendo a este tipo? —le preguntas.

Ella, levanta la mirada mientras que encoge los hombros. Sabes que ha reconocido que fue algo estúpido.

Estaba intentando tomarle unas fotos.

Oh sí, de esos nos dimos cuenta —dices con sarcasmo.

Ella deja caer su cabeza, decepcionada de sí misma. Tal vez estaba buscando pistas del mismo caso que tú. Todo es posible. Además, hasta podría tener información que te podría servir.

Pero para qué intentabas hacerlo —pregunta Carl.

Es que es un acosador —cuenta, cambiando por completo tu hipótesis— y bueno, estaba intentando tomarle unas fotos para hacerlas viral.

Entonces, decidiste seguir a un acosador de mujeres sin ayuda de alguien más y, de paso, ¿Se te ocurrió la brillante idea de seguirlo hasta un callejón? —señala Carl, siendo increíblemente puntual.

Este... sí.

Te preocupa que tome decisiones de manera arbitraria, aunque, dejando de lado que podría haber estado siguiendo alguna pista, y que, si bien lo que dice es un tanto raro, es difícil ponerla en un manto de duda. La imprudencia de Paula no tiene límites. Ahora supones que sí debería sentirse culpable por no hacerle caso a lo que le dijiste en la jefatura la noche en que arruinó la escena del crimen, de la que, hasta ahora ella piensa que echó a perder por completo.

¿Ves a qué me refería con que tuvieras cuidado? —dices, evocando aquella conversación.

Sí... sí... —responde sin ganas.

Ahora mírate, estás toda golpeada. No puedes simplemente suponer que las cosas no van a salir mal —dices, repitiendo las palabras de tu padre—, debes estar siempre alerta.

¿Es que lo estaba! —exclama—, pero algo se movió en ese maldito basurero —señala el gran recipiente de basura que tienen al lado— y volteó, y me vio y luego comenzó a amenazarme. Después ustedes aparecieron y me golpeó —dice con desprecio—. Ojalá hubiera podido golpearlo yo misma.

Carl y tú intercambian miradas. Eso se puede resolver.

¿Llamaste a una ambulancia? —pregunta Carl, viéndote con complicidad.

Deben llegar en cualquier momento —respondes, leyendo sus intenciones.

Creo que no van a saber cuántos golpes le diste... ¿Verdad?

Paula lentamente se va colocando en sintonía con ustedes dos, mientras que planean con la mirada una forma para que ella pueda cumplir su deseo de golpear al bastardo que la dejó inconsciente.

¿Están seguros? —les pregunta.

Creo que sí.

Emocionada, la ayudas a levantarse para que se coloque en posición. Con cuidado, le explicas cómo debería darle para que no sea tan peligroso, pero más que todo, para que le duela. Siguiendo tus instrucciones, hace exactamente lo que le dijiste, lo que le saca el aire al criminal y lo deja prácticamente débil.

Carl, Paula y tú comparten una carcajada de complicidad, sabiendo que eso que acaban de hacer debería quedarse entre ustedes. Al poco tiempo, la ambulancia llega para socorrer al herido quien, al parecer, tenía la clavícula fracturada. Te sorprendes un poco.

Sosteniendo su deseo de no irse, la periodista es atendida rápidamente por uno de los paramédicos quienes le limpian la herida y le recomiendan ir al hospital. A ti te revisan la mano, dado que te tiembla y tienes los nudillos llenos de sangre.

Luego de que la ambulancia se fue, y que los curiosos dejaron de mirar, te das cuenta de algo interesante. La calle se veía como si nada hubiera pasado. Nadie salió, ni habló, ni se asomaron. Ese lugar era otro mundo y, ni siquiera con todo eso que hiciste, pudiste levantar, aunque sea, un poco el polvo.

Capítulo 5: Paula

Luego de que la ambulancia los dejó a los tres para que siguieran con su camino, tú y Carl acordaron que alguien debería quedarse cuidando a Paula por unos días. Todo sucedió tan rápido, que, sin darte cuenta, terminaste siendo tú quien la acompañaría. ¿Cómo carajo llegaste hasta aquí?

No te has movido de ese sofá desde la primera vez que viniste; te pone incomodo estar tan cerca de ella. Justo ahora, estás esperando a que salga del baño. No has estado en la casa de una mujer en mucho tiempo y el que, justo ahora te encuentres en la de ella, te hace sentir realmente incómodo. Las cosas que te han estado atormentando hasta ahora se han disipado un poco. El caso no ha desaparecido por completo de tu cabeza, pero el calor de ese departamento te da cierto sentimiento extraño que no logras comprender.

Tal vez sea por el hecho de que sabes que hay una hermosa mujer desnuda en la habitación de al lado, o que, sin razón justificable del todo, estás ahí, esperando a que salga para... ¿Exactamente qué estás esperando? Levantas el brazo derecho por reflejo para ver la hora antes de recordar que no estás usando tu reloj porque el vendaje que te pusieron en la mano no dejaba que te cerrara bien.

Como puedes, sacas el móvil del bolsillo y ves la hora. Adolorido, te das cuenta que hoy has dormido unas miserables tres horas en todo el día y que, por lo que ves, no crees que vayas a acostarte pronto.

¿Estás despierto? —Pregunta Paula, quien aparece en pijamas y una botella de vino.

Aclaras tu garganta y te levantas, tratando de actuar de forma genial ante el hecho de que lo poco que tiene es demasiado pequeño.

Disculpa que salga así —dice, notando lo obvio— pero es que no tenía más nada qué ponerme. No suelo recibir visita.

Descuida... siéntete como en tu casa —tratas de bromear para aligerar el ambiente.

Mantienes la mirada abajo intentando no ser grosero, si la ves demasiado podría ser inapropiado, por lo que, la evasión es tu mejor arma. Aclaras de nuevo tu garganta.

¿Y esa botella? —preguntas, creando un nuevo punto de enfoque.

Ah... ¿Esto?... bueno, solamente creí que podríamos tomar un poco, ya que... no sé... —comienza a vacilar.

¿No deberías evitar tomar eso? Estas tomando pastillas.

Oh, no, vale... descuida. No te preocupes. No me duele tanto —afirma—, además, ya dejé de tomarlas hace días.

¿Segura? —dices, sin levantar la mirada.

Paula te invita a sentarte de nuevo, colocando la botella y las dos copas en la mesa de centro.

¿Estás bien? —pregunta— ¿Por qué ves tanto al suelo?

Es que... —aclaras de nuevo tu garganta, comenzando a parecer un loco—, como estás vestida así no quería que...

No vale; descuida. No tienes por qué preocuparte; de hecho, quien debería estar apenada por eso debería ser yo —dice.

Pero creo que no lo estás —bromeas, un poco nervioso.

Ella se ríe un poco...

Auch —se queja por el dolor.

¿Segura que no quieres tomarte las pastillas? Deberías tomarlas.

¿Qué? ¿Y no beber vino esta noche? —dice— Ni loca —se acerca a la mesa y coge la botella para abrirla—, además, si me embriago el dolor se me quitará.

Lentamente vas subiendo la mirada, tratando de hacer contacto visual para que no parezca que estás evadiéndola del todo, a pesar de que eso es lo que intentas.

¿Estás segura?

Sí... claro que lo estoy.

En poco tiempo, ya tienes una copa de vino en la mano y comienzas a beberla. Antes de que te des cuenta, es sensación que te cohibía al momento de verla salir en pijamas, fue desapareciendo y la conversación haciéndose cada vez más interesante. La mujer que habías visto siendo controlada por los guardias de seguridad de un hospital, correr de unos policías y meterse en problemas en un callejón, no parecía ser la misma mientras que estaba sentada con su pequeña ropa para dormir.

Ah, y su copa de vino.

¿Sueles hacer esto muy seguido? —preguntas.

¿Qué? ¿Beber? —vacila, viendo el fondo de la copa y acercándose a la botella para servirse otra— creo que todos los fines de semana bebo —dice.

Estamos a miércoles... —aclaras.

Eso la hace quebrar en risas, como si hubieras dicho algo realmente gracioso, sin embargo, entiendes sus motivos. Su forma de reírse te resulta contagiosa, lo que te lleva a hacer lo mismo que ella. Ambos comienzan a dejar que sus cuerpos hagan lo que quieran ya que, con una simple botella, ya se sienten un poco más libres.

Sí... al parecer es miércoles —dice, aun riéndose un poco.

Entonces siempre bebes de noche —aclaras, en tono de broma.

No diría que siempre —agrega—, creo que solamente cuando tengo un día realmente estresante.

¿Pasan mucho?

Más de lo que te lo imaginas.

Repentinamente, los invade un silencio seco. Te sientes extrañamente relacionado con ella. Sí, tú también sueles tener días estresantes más a menudo de lo que querrías.

Y usted, detective. ¿Suele tener días estresantes? —pregunta ella.

Bueno, creo que sí —divagas.

¿Cree que sí? Entonces solamente los tiene cuando cree muy fuerte en ellos —se burla— ¿cómo el universo conspirador?

No... no es eso a lo que me refiero.

Ella sonríe, sin intención real de esperar una respuesta.

Descuida, yo lo entiendo.

La conversación con Paula va cambiando mediante las copas de vino se hacen cada vez más presentes. Te parece que estás tomando demasiado cuando de repente te levantas a servirte un poco más y la mesa se te mueve. Sin embargo, no puedes negar que estás disfrutando estar con ella. Lo que te resulta extraño dado que, hasta no más de unos días, pensabas que era una completa degenerada. Luego de la charla que tuvieron en la jefatura, aun seguías pensando en ella como una persona fuera de sí, hasta que, viéndola un poco borroso, sientes que te habías equivocado.

Disculpa —le dices, alargando el sonido de las dos últimas sílabas.

Paula suelta una sonrisa nerviosa, producto del licor en su cuerpo. Tal vez ni siquiera es algo gracioso, estás muy ebrio para notarlo.

¿Por qué? —pregunta— ¿Qué te disculpo? —ríe de nuevo.

Quieres disculparte por haberla juzgado mal. No llevas ni dos horas hablado con ella; no debería ser suficiente, pero sientes que, gracias al alcohol, la estás juzgando mejor. Levantas la mirada y notas que hay otra botella. ¿Cuándo comenzaron con la segunda?

No, vale... no tiene por qué disculparse. Soy yo quien te debe una disculpa —dice ella, anticipándose a tu confesión.

No sabes a qué se refiere.

¿Y yo por qué debería de disculparte?

Porque he sido una mala persona, detective...

Al parecer están hablando de lo mismo.

Oh no... yo no diría que has sido mala.

Claro que sí detective, he estado arruinándolo todo y...

No, no, no —te acercas a ella y le colocas el dedo en la boca.

Estando sobrio no harías algo como eso. Te parece el gesto más ridículo y fuera de lugar que jamás has visto en tu vida. ¿Para qué tocar los labios de otra persona? ¿Para qué? Estás invadiendo su espacio personal, estás abusando de una limitada confianza. Y lo peor, no estás tan ebrio como para actuar así, por lo que te pesa la conciencia.

No... —sin embargo, mantienes tu postura y no apartas tu dedo de la boca—, no digas eso. No eres una mala persona. Solo intentas hacer tu trabajo —le dices.

Le miras a los ojos, y sientes que estás conectándote con ella.

Yo te he estado juzgando mal y lo hice antes de concerté como tal —le confiesas— aun no te conozco, claro... pero sé que seguro eres alguien genial y no alguien molesto como pensaba. Tal vez, puede que estemos hablando de lo mismo y no quiero que digas que es tu culpa. Creo que es mi culpa ¿Sabes? Porque estamos hablando de que estás...

Durante un aproximado de treinta segundos más, estuviste intercambiando palabras contigo mismo de por qué Paula era una persona interesante a pesar de haber actuado como una loca las últimas veces que la viste. En tu cabeza, y hablo de este momento, piensas que estás diciendo algo completamente coherente, incluso, dentro de las cosas que has estado diciendo, hay un poco de lógica. Sin embargo, no es así como lo ve el resto del mundo.

Tus extrañas palabras van de la mano con tu postura de no apartarle el dedo de la boca. Para tu sorpresa, ella se queda callada recibiendo tu extraño gesto sin queja, escuchando todo lo que quieres decirle. En poco tiempo, le quitas la mano de en frente y te sientas lleno de satisfacción en el sofá, como si hubieras hecho la mejor plática de toda tu vida.

Detective —dice Paula al cabo de un rato— ¿Usted me odia?

Este —piensas si lo que sientes, en realidad, es odio—... no... —dudas.

El sentimiento de satisfacción se va despegando de ti, al igual que ese pequeño arranque de confianza que te regaló el alcohol. Comienzas a sentirte tan despreciable como el resto de los días, tal vez porque Paula se dio cuenta que no te cae muy bien. A eso se le llama culpa. Haces una mueca con la boca para auto estimularte, esperando poder llenarte de nuevo de energías.

Siento que me odia, detective... —dice— y creo que es por la forma en que nos conocimos.

¿Eso crees? —tratas de no sonar como si fuera sarcasmo, a pesar de que lo dijiste muy sarcásticamente.

Sí, eso creo, detective. No hemos tenido un encuentro normal desde que nos conocimos.

Puede ser.

Y creo que lo que falta es conocernos mejor ¿Sabe?

A pesar de que ella ha tomado más que tú, no parece tan afectada por el alcohol como supones estarlo. Aunque, todo eso puede ser también efecto de tu propia ebriedad.

¿Y qué propones?

Bueno, detective. Siento que deberíamos charlar...

¿No es eso lo que estamos haciendo?

Paula se acerca a ti, dando un adorable saltico sobre el sofá; tal vez se acercó demasiado. No puedes evitar notarlo y ser muy obvio al hacerlo. Ella parece haber ignorado tu observación.

Estamos hablando como si nada de lo que ha pasado, pasó.

¿Te refieres a lo de la escena del callejón? —tratas de aclarar tus ideas— ¿O a lo que te dije en la jefatura?

No, detective. Hablo de nosotros. Siento que podríamos ser amigos si nos tomamos el tiempo para hacerlo.

Hum... —mascullas.

Paula se ve comprometida con esa idea. De hecho, te parece que todo lo que ha hecho desde que salió del baño ha sido en pro a ello: las copas de vino, el sentarte a tu lado a pesar de que hay un sillón en frente de este sofá. Hum... ahora todo es obvio.

¿Eso es lo que intentas? —preguntas, tal vez bajo los mismos efectos del alcohol.

Sin embargo, ella solamente se acerca más a ti, sin decir más nada.

¿Qué cree que intento, detective? —te pregunta, con un tono de voz completamente diferente al que tenía hace rato.

Aclaras tu garganta, te apartas un poco sin mucho éxito... no sabes qué hacer. Ella está comportándose de manera rara... sin embargo... uy... no tardas mucho en observar lo que tienes al frente.

Su cuerpo, prácticamente al descubierto porque ese pequeño pedazo de tela que llama pijama no cumple su cometido ¿O tal vez sí?, se va acercando a ti lentamente. Te parece atractiva, de hecho, demasiado atractiva, incluso puede rivalizar con el cuerpo escultural de la señora Miller, a quien obviamente deseaste en secreto.

Te coloca una de sus manos sobre la pierna derecha. No sabes cual porque no dejas de verla a los ojos, solo sientes que se apoya con una de ellas. Este es el momento en que necesitas algo que te distraiga, que te haga reaccionar. Un llamado de atención es todo lo que te hace falta para decirle: «No, (¿Cómo le dirás? No sabes qué nivel de confianza tienen ahora), no podemos estar haciendo esto», a pesar de que la verdad no hay ningún problema con que intimes un poco con ella.

O, mejor dicho, intimar con alguien diferente a ti, para variar.

¿No le parezco linda, detective? —pregunta ella, con un tono de voz suave, tierno, seductor. Su rostro está cada vez más cerca del tuyo.

Este... —intentas decir algo. ¿Por qué estás tan tenso?

De alguna forma, ella parece que está interesada en ti. No sabes cuál. Tratas de apartar la mirada, enfocarte en otra cosa que no sea eso. Ves el techo, pero regresas a sus ojos, el suelo, su hombro... nada es lo suficientemente poderoso como para obligarte a apartarte por completo de ella. Nada compite con su belleza.

Hasta que, en un último y desesperado intento, miras algo que has estado ignorando por completo durante toda la noche. La mitad de su rostro. Aquel enorme golpe que se extiende desde

la parte media de su frente, faltándole poco para llegar hasta su labio, cubriendo casi por completo la totalidad de su lado derecho, es lo suficientemente agresivo como para hacer que te alejes.

Ya va... —la tomas por los hombros y la apartas al extender los brazos.

¿Qué pasó? —pregunta, decepcionada.

Este...

Te apartas más, llegando al otro extremo del sofá, pensando muy bien qué es lo que estás haciendo. No encuentras ninguna explicación.

¿Detective?

No... no deberíamos estar haciendo esto —te excusas, aunque más que todo te lo dices a ti.

¿Por qué? —pregunta Paula.

Sí, no sabes qué responder, ni el motivo de todo eso, inclusive, sientes cómo te aprieta el pantalón.

¿No le gusto?

Pese a que estás siendo lo más distante que puedes, ella no deja de mirarte con esos ojos tiernos que tratan de seducirte. Su voz no cambia, su postura sensual tampoco. Rayos, es tan hermosa.

¿No quiere esto? —agrega Paula.

Haces como que no la estás viendo, pero en realidad no paras de estudiarla de reojo. La verdad ¿Qué es lo que te detiene?

Yo... no sé... —dices, apartando la mirada y llevándote las manos al rostro.

Detective... —dice ella, buscando a llamar tu atención.

Lo siento, de verdad... no sé qué me sucede. Yo...

Detective —dice de nuevo, con un cantadito travieso—, voltee.

Respondiendo a su llamado, te das la vuelta para ver qué quiere. Ahí, te encuentras con lo más hermoso que jamás hayas visto. Paula, consiguió deshacerse de la parte superior de su pijama, descubriendo así un par perfecto de pechos. Sus pezones color chocolate, erectos junto con esos redondos senos que parecen que caben a la perfección en tu mano y puede incluso sobrarle, combinan muy bien con la curva de su cintura y su abdomen plano.

Te quita el aliento, el habla, las ganas de irte e incluso el mareo que te causó el licor. El cuerpo se te calienta de repente, alertándote hasta despertarte. Comienzas a pensar en muchas cosas: en ella, en su cuerpo, en el tuyo que no se compara en nada al suyo, en el alcohol, en la hora, en sus ojos, en sus pechos, en su cabello y su hermoso rostro oculto debajo de una gran herida.

Ay... —logras decir, de entre todo lo que estás pensando.

Eso le causa risa.

¿Ay? —ríe de nuevo— usted es encantador, detective.

¿Lo soy? —preguntas, inocentemente, mientras que ella se va acercando lentamente a ti de forma muy seductora.

Claro que sí, detective.

Antes de que te des cuenta, su mano está de nuevo sobre tu pierna, pero parece que ya no te importa de cual se trata o qué intenta hacer. Estás abierto a las posibilidades. Sientes su respiración luchando con la tuya, mientras que miras fijamente sus labios rosados, notando que están cada vez más cerca de los tuyos. Casi sientes el sabor.

Te los imaginas dulces, suaves, húmedos. Te comienzas a hacer idea de lo espectacular que

son, sin darte cuenta que, solo te hace falta dar el restante diez por ciento para probarlos de una vez.

¿No me va a besar, detective? —dice ella, leyendo tus pensamientos.

Eso te es motivación suficiente para que termines de acercarte todo eso que te falta para sellar el trato con ella. Terminas comprobando que, en efecto, sus labios son dulce, suave y húmedos. Pero no se queda ahí. Ella continúa moviéndose hasta que se coloca en tu regazo, apretándote la entre pierna con la suya. Sientes cómo te ahoga el pantalón.

Ella te toma del rostro, y tú te privas de hacer lo mismo dado que podría dolerle.

¿Estás bien? —preguntas a raíz de eso.

No se preocupe —dice, dándote cortos besos entre cada palabra—, no pare.

Tus manos libres, no encuentran otra cosa más que tomar así que, dado que ya está sobre ti ¿Por qué no le aprietas el culo? Con eso logras que ella sonría.

Sus nalgas, firmes y redondas; te parece que hace ejercicio. Agradeces al cielo por eso. Están perfectos, y se sienten increíbles en tus manos. Pasas a sus piernas y, de igual forma, se sienten maravillosas.

Sus besos te van llevando a otro lado. Su lengua se introduce en tu boca repitiendo aquel saber del tinto que acaban de beber. Sus manos se van apoderando de tu rostro, de tu cabello, de todo lo que puedan tocar mientras que te vas perdiendo en el dulce néctar de sus labios.

No quieres dejar pasar ni un segundo, pero no puedes tampoco abrir los ojos, así que, con tus manos vas estudiando cada centímetro de su cuerpo sano. Sus pechos, los cuales va acercando más a ti para que toquen tu cuello, su espalda curvada para acercar su rostro al tuyo, su trasero firme y abierto para ti mientras que le das sutiles apretones porque no sabes qué hacer con ellos.

La mano no te duele, no para eso, no mientras que aquello que aprietas está sobre ti, apretándote la entrepierna, besándote en los labios, acariciándote con sus pechos desnudos. Quieres más de ella, de lo que pueda ofrecerte.

De repente, se aparta de ti.

¿Le gusta esto, detective? —te pregunta, sin contexto, ni algún preámbulo.

Te confunde prácticamente de inmediato.

¡Claro que me gusta! —Le dices, entrando en el papel de macho conquistador. Tratando de sonar lo más seductor posible, aunque no tienes ni la más mínima idea de cómo sonar así.

No es tu primera vez actuando como uno, de hecho, ni siquiera es la primera vez que tienes sexo ¿Por qué se siente como tal? Lo que sí es cierto es que es la primera vez en mucho tiempo. Puede ser eso.

Tus palabras fueron prácticamente ahogadas por otro beso de Paula, quien reaccionó alegre a tu respuesta, y, apretando su rostro contra el tuyo, te da la impresión de que eso pudo haberle dolido, pero no se detiene. El choque entre sus labios no cesa. Si ella no dice nada ¿Por qué habrías de hacerlo tú? Así que no te detienes tampoco.

De nuevo, se detiene sin avisar, pero esta vez no es para dar una opinión ni hacerte una pregunta. No. Simplemente se levanta y se da la vuelta, inclinando hacia el frente su torso y dejando su trasero elevado con ambas piernas estiradas.

Como veo que te gusta mi culo —dice, llevándose las manos a la cintura y viéndote por encima del hombro con su lado bueno— supongo que esto te puede gustar.

Y, seductoramente comienza a bajarse lo que queda de sus pijamas, dejándose nada más una pequeña tanga que se pierde entre sus nalgas. Supones que se ve mejor así, aunque, la verdad, todo lo que ese cuerpo use, se va a ver bien.

Antes de que te des cuenta, se sienta de golpe en tu regazo, demostrando que energías le sobran y fuerzas también. Supones que es una mujer atlética, y de las buenas. Sin embargo, no procede a besarte, sino a colocarte sus hermosos pechos en el rostro dejando, estratégicamente, uno de sus pezones a la altura de tus labios.

Cométe-lo —te dice, con la voz más sexy que has escuchado en tu vida.

Obedientemente, abres tu boca y lo introduces. Vas saboreando cada centímetro de ese pezón, luego de ese pecho, mientras que ella aprieta tu rostro contra su pecho, gimiendo de placer. Lo succionas, le rodeas con la lengua, lo aprietas con los labios y no sabes qué más hacer.

Una de tus manos sigue en su nalga, mientras que con la otra estás jugando con el seno marginado por tus labios. Ella gime agitada, moviendo su cintura adelante y hacia atrás, apretándose contra ti, jugando con tus sentimientos. Tu subes tus caderas para que tu sexo choque con el suyo; está en posición y eso la hace gemir aún más fuerte.

Sí —exclama con placer.

Te das cuenta que le ha gustado y lo vuelves a hacer. De nuevo gime y exclama con un «Sí» arrastrado, suave, un mantra de placer que la hace flotar. Te gusta que le guste, pero, un pantalón está entre tú y ella, y eso no es suficiente para ti.

Así que le sueltas la nalga y comienzas a soltártelo, preparándote para liberar a la bestia. En lo que ella se da cuenta lo que intentas hacer, se aparta un poco y ayuda. En poco tiempo, logran deshacerse de ese maldito pedazo de tela y tu pene queda al descubierto entre tu abdomen y tus pantaloncillos.

Vaya —dice ella, llevándose un dedo a la boca... de nuevo, tan sensualmente que literalmente sientes como tu pene pide que la vuelvas a poner sobre ti.

La coges por las nalgas y la levantas para sentarla de nuevo en tu regazo. Esta vez hay menos entre ambos sexos, y puedes sentir como su vulva se aprieta contra tu miembro. Ella gime de nuevo, pero esta vez como si estuviera agradecida de que lo hayas hecho.

Está tan duro —te dice, encantada— se siente increíble.

Y sin decir más nada, comienza a moverse, rozándose contra ti y gimiendo en el proceso. Poco a poco sus movimientos van aumentando al mismo tiempo en que lo hace el ritmo de su respiración y la intensidad de sus gemidos. Te encanta escucharla.

Ella, coge tu cabeza y la aprieta contra sus senos, obligándote a seguir lo que estabas haciendo segundos atrás. Suavemente muerdes sus pezones mientras que los succionas, mientras que con las manos le abres las nalgas y vas buscando sus puntos débiles con el dedo.

Empiezas por el ano porque es lo que tienes más cerca. Sutiles círculos para ver si es el tipo de mujer que le gusta eso. Toma una gran bocanada de aire, pero no se niega...es una buena señal. Luego pasas a empujarlo suavemente y ella solamente masculla una risita traviesa. No sabes si le da cosquillas o le gusta. Sigue siendo una buena señal.

Y, sin avisarle, simplemente te detienes y regresas a apretarle las nalgas, masajeándolas con intensidad.

Ay... —dice, con cierto tono de tristeza— ¿Por qué te detienes?

De inmediato te saca una sonrisa y no pierdes el tiempo en volver a masajearle la comisura del ano, ahora se lo abres sin miedo, apartándole las nalgas para sentirlo mejor. Lentamente vas viendo como se hace cada vez más suave, llevándote a apretar más y más; haciendo que sus risas pasen a ser otros gemidos.

Tu pene se ha deshecho de lo único que lo separaba de aquella hermosa vagina. Ahora, con tu rostro enterrado en ella, lo sabes muy bien.

Su sabor, único e inigualable, se va apoderando de tu boca.

¡Sí! —exclaman ella, mientras que aprieta sus pechos y retrocede su cabeza para respirar mejor.

Los fluidos de Paula van saliendo de su vagina al paso de tu lengua. Rodeas su clítoris con la punta mientras que dos de tus dedos van apretando sus labios uno contra otro. Ahora, dejas de dibujarle círculos con la punta y procedes a lamerle más abajo. La introduces y sientes cada uno de los delicados puntos de su interior.

Ella aprieta tu espalda con sus piernas, mientras que tú entierras más tu lengua en su cuerpo. Le sacas y metes con fuerza para que la sienta. Es pequeña, debe hacerse notar. Ella no para de gemir, de gritar que no te detengas, que le encanta y que quiere que sigas. Tu lengua le fascina y te lo hace saber.

Maldición ¡Eres increíble!

Eso te llena de orgullo, e incluso se podría decir que te excita aún más. El pene te palpita, quieres penetrarla cuanto antes, pero, primero debes hacer que te desee. Prepararla para que lo disfrute aún más.

Abres tu boca e intentas meterte toda su vulva, succionándola, restregando tu rostro contra ella, mientras que con los fluidos que se van escapando, le lubricas el ano con el meñique, luego con el índice y, cuando ya parece que no te aprieta ninguno de los dos, con el pulgar.

La levantas como puedes y te dejas caer sobre el sofá viendo al techo, para luego hacerla que se sienta en tu rostro.

Qué sucio eres —dice entre risas traviesas—, me encanta...

Ahí te permites jugar con su ano, con su vagina y hacerla que vea tu pene erecto desde atrás. La deseas cada vez más, la necesitas sobre ti.

Joder... tu lengua es lo máximo —dice ella, con dificultad para respirar— Demonios. ¡La amo! —agrega, y, antes de quedar muda, saborea una idea— Hum... ¡Uy! Me pregunto qué tan bueno será tu pene entonces.

Y, aprovechando que dijo eso, apartas tu rostro de su vulva, tomas aire y respondes:

¿Por qué no vas a probarlo tú misma?

Y a raíz de tu respuesta, se levantó de tu rostro y se dio la vuelta.

Sí así lo quieres, campeón...

Y sin avisarte, sienta su trasero en tu cara, al instante en que sientes como coge tu pene con la mano y comienza a besarlo. Crees que se tomará su tiempo y que tratará de acostumbrarse a él. Pero te sorprende escupiéndole y llevandoselo de una vez a la boca.

Sientes de inmediato como se va perdiendo en tu falo, succionándolo, apretándolo con los labios y la mandíbula. Apartas la mirada y ves su culo levantado y seductor con la vulva completamente húmeda. Lo que sientes, lo que ves... todo se acomoda en tu cerebro como la mejor escena de la vida.

Le das una nalgada porque te nace y ella gime con tu pene aun en la boca.

¿Te gusta? —le preguntas, antes de darle otra sin que te responda.

Vuelve a gemir, pero esta vez diferente a como cuando le lamías la vagina. Esta vez era un gemido corto, seco, de placer morboso. Se saca el pene de la boca y comienza a masturbarte con su mano, toma aire y responde:

¡Sí! Me encanta.

Paula no pierde el tiempo, va directo al grano y no se cohíbe por nada. Así que vuelves a darle otra, y luego otra, y otra... ella las recibe como una campeona, al igual que tu dedo en su

ano, que tu lengua en su vagina y tu pene en su garganta. Ella está disfrutándote tanto cómo tú lo estás haciendo con ella.

¡Este es el mejor pene que he probado! —te dice, después de sacárselo, mientras que lo estimula con la mano incesantemente y antes de volvérselo a meter en la boca como si se le fuera a escapar.

No sabes si es real o no, pero te encanta que lo diga.

Joder... —agrega, cogiendo una gran bocanada de aire— es perfecto.

Tu lengua no sale de su entre pierna. La pierdes y encuentras en su vagina, su clítoris o su culo. Tus dedos se encierran en sus nalgas, en sus sucias aperturas y su embriagante sexo. Te fascina sentirla de esa forma. De vez en cuando te apartas para enamorarte más de esa postura suya. Su vagina te moja el rostro, las manos, el cuello. Ella mueve sus caderas para que la penetres más, para aumentar el placer que le estás ocasionando mientras que gime desesperadamente con tu pene en la boca. Sientes como te vibra y hace que te guste aún más.

De repente, ella hace lo mismo que tú. Con la mano que libre, comienza a estimularte el perineo. No le dices nada porque se siente bien. Pero no se detiene ahí. Con tu pene en la boca sientes como saliva que se escurre del mismo va a parar a la puerta de tu ano. Ella, con el dedo, continua ese camino hasta estimularlo del mismo modo en que tú lo hiciste con ella.

Vaya movimiento.

Lo va apretando mientras que tú te concentras lo más que puedes en su vagina, en su ano y su boca en tu pene. De repente sientes que el sesenta y nueve es la mejor posición después de cualquiera que involucre tu pene en su vagina. A pesar de ser la primera vez que te hacen eso, reconoces que se siente bien.

¿Te gusta? —pregunta ella, sacándose el pene de la boca— Si no te gusta yo...

Pero decides no responderle con palabras. Tomas dos de tus dedos y se lo introduces sin contemplaciones en la vagina, obligándola a respirar de placer. Ella gime en un grito mientras que tu comienzas a darle vueltas en el interior tratando de lubricarlos los más que puedes.

Ay... sí... no pares.

Pero se lo sacas.

¿Qué pasó?

Y, con uno de los dos dedos, se lo vas empujando en el ano que ya has estado dilatando desde hace rato y comienzas a moverlo.

¿Eso responde tu pregunta?

Paula, tarda en responder, porque está muy ocupada contrayéndose de placer. Al cabo de unos segundos temblando dice:

Me hiciste acabar —confiesa, para luego seguir jugando con todo lo que se encuentra.

Pero, ustedes no se sienten satisfechos con eso. Luego de volverla hacer que acabase, Paula toma la iniciativa y gatea hasta tus piernas, sentándose sobre tu pene.

Lo quiero ya —dice, mientras que se lleva la mano a la vagina— mira como me tienes mojada...

Y se masturba introduce varios dedos para luego mojarle el pene con ellos.

Lo quiero adentro —te dice.

Y sin más preámbulos, se sienta sobre él, dejando que entre en su vagina casi por completo.

De inmediato comienza a saltar sobre él sin pedirte permiso, notándose embriagada por el placer. Ves su trasero rebotándose en el abdomen mientras que gime y gime. Sientes su vagina completamente suave alrededor de tu pene, moviéndolo de adelante hacia atrás, terminando lo que

había empezado una vez con su boca.

De repente, se levanta un poco para darse la vuelta y quedar de frente a ti y comienza a moverse más y más rápido.

Sí, sí, sí... ahí viene...

Voy a acabar —le adviertes, pero ella hace caso omiso.

Hazlo adentro —responde, demostrando que sí te escuchó.

Y con un sonido ensordecedor, da un último grito de placer que te lleva al clímax en cuestión de segundos. Más tardaste en metérselo que en acabar dentro de ella. Parece que ambos no tienen más energías, pero, para tu fortuna, no termina ahí. El encuentro sexual continúa con sus gemidos de placer enterrándose penetrando tus tímpanos mientras que la vas embistiendo una y otra vez, hasta que, con ella acostada sobre el sofá y tu adentro, sientes que estás a punto de entregar tu segunda carga del día.

Esta vez decides acabar sobre su vientre, ya que, habiéndolo hecho una vez adentro, consideraste que ese era el mejor lugar para que fuese el siguiente. Ella se te queda mirando satisfecha. Respirando agitada.

No puedes evitar notar su rostro golpeado, y, luego de sentir como el éxtasis se va escapando de tu cuerpo, comienzas a creer que le duele un poco, pero, tomando en cuenta lo mucho que pareció disfrutar estar contigo, decides dejarlo pasar por un rato. Total, ya han pasado varios días desde que la golpearon. No debería ser para tanto.

Tu relación con Paula va cambiando de manera drástica. Día tras día dejas que ella se quede en tu casa para verla, utilizando como excusa el tener que cuidarla. Eso, te ayuda a tener tu mente despejada de lo obvio, obligándote a ver de lejos el asunto de los últimos dos asesinatos y la sensación de satisfacción de que estás cada vez más cerca.

La idea de que el asesino haya eliminado a los dos hermanos por cuestiones de dinero, te hace pensar que puede tratarse de algo simple, pero, pese a ello, la forma en que fue ejecutada ese ajuste de cuentas, junto con las palabras de Dan acerca de que es algo más grande que tú, te hace suponer que no es tan simple como parece ser.

Eso te lleva a las marcas.

O sea, la marca en el pecho... —le dices a Paula— ¿Qué significa? Los dos lo tienen, pero esta tan perfectamente hecha, que no cabe duda de que tiene un motivo; de qué significan algo —das un grito al techo— Pero ¡Qué!

Paula está en tu cocina, preparando una bebida para la noche, justificando que fue un día muy estresante... efectivamente lo fue. No dejas de cambiar los canales del televisor, buscando algo interesante para ver.

¿Qué crees que signifique? —Le preguntas, cuando aparece en la sala con dos vasos largos llenos de coctel.

Este... la verdad... no lo sé —dice, entregándote tu vaso.

O sea, si lo ves bien, parece que quiere decirnos algo... sabemos que son dos hermanos. El primero, tenía suficiente dinero como para comprarse una casa en las colinas, eso es bueno saberlo porque, quiere decir que tiene tiempo haciendo esto.

¿Haciendo qué?

Eso de conseguir dinero con peleas...

¿Cómo lo sabes?

Pues, porque la forma en que estaba golpeado, la casa en sí —haces una pausa para acotar— era realmente grande y, de paso, estaba remodelándola.

Teniendo cuidado con los detalles, le vas contando lo que encontraron al llegar a la casa del hermanastro muerto: suficiente dinero como para cambiarse de vida. Lo que te hace pensar que no eran enemigos, eran cómplices.

¿Y por qué el otro estaba viviendo en donde vivía si tenía tanto dinero?

Seguro era más inteligente...

No tanto, porque lo mataron —acota ella.

Tenía razón. Lo que no entiendes es por qué alguien que consigue esa cantidad de dinero, no piensa en que eso le puede causar problemas. El otro por lo menos se mudó de donde vivía, el problema había sido que no fue muy discreto.

Pero como te seguía diciendo —continuas— lo que más me preocupa es las marcas en el pecho y la cortada en el cuello... algo me dicen.

¿Qué crees que te dicen?

No lo sé...

Paula se sienta a tu lado, tomando pequeños sorbos de su coctel sin apartar la mirada de ti. Te fijas en su rostro y vuelves a detallar que está un poco mejor, y que, a pesar de eso, no deja de parecerse hermosa.

¿Cómo te sientes? —le preguntas.

Estoy bien —te responde con ternura, mientras que se acomoda en tu pecho para ver lo mismo que tú.

Tratas de calmarte, no llevarte el trabajo a la casa porque haces aburridas las noches con Paula, sin embargo, y a pesar de que en los periódicos ni las noticias se sabe mucho de lo que está pasando con ese asesino (porque no es muy importante como para llamar la atención), el internet está lleno de información falsa, especulaciones y reportajes inflados que te preocupa leer.

Otro problema más.

Y lo que dicen en las páginas de noticia... uy no, eso me tiene irritado.

¿Por qué? —te pregunta ella.

Porque andan asustando a las personas de las colinas y, como ahí hay muchos niñitos necios que solo mal informan, entonces las personas se asustan ¿Sabes?

Bueno sí..., pero, no les prestes atención a ellos, esos son puros niños dando su opinión. Estás preocupándote por cosas que no tienen nada que ver con tu trabajo.

No, no me parece —te niegas.

¿Por qué no mejor piensas en otra cosa? —dice, colocándote una de sus manos sobre la pierna, acercándola lentamente a tu ingle.

Te encanta que haga eso.

No quiero... tengo que resolver eso... siento que debo hacerlo.

Pero no puedes hacer nada.

Con un punto, le das un sorbo a tu bebida, derrotado y triste.

Y Carl ¿No ha averiguado nada?

No... es un poco lento.

Ella te da un sutil golpecito en el hombro, interrumpiendo esa vibra seductora que tenía, reprendiéndote por ser tan duro con él.

¿Por qué eres así con él? —pregunta ella.

Es que él salió de la academia como detective y... bueno, así la vida es muy sencilla.

Aja ¿Y eso qué tiene que ver?

Que no lo trabajó... solamente se lo ganó y aún le faltan muchas cosas por aprender y... a él

no le dicen novato.

¿Qué sabes tú?

Porque me lo dicen a mí...

Hum.

Sigo diciendo que no deberías tratarlo mal; es un buen tipo...

Aja... lo que tú digas —respondes odiosamente.

Ella hace silencio por un rato, hasta que saca de nuevo otro tema.

¿Pero sabes si habló con tu jefe?

No... creo que no lo hizo. No nos quiere ver.

Hum —dice ella—; entonces no sé.

Coges tu móvil y lo levantas de nuevo, impaciente por recibir la llamada de Carl que estás esperando. Revisas si está en silencio, si tienes cobertura, si la batería está al máximo y si tienes guardado el número de tu pareja. Quieres estar cien por ciento seguro de que va a comunicarse.

¿Y qué más te dijo tu jefe?

Bueno, básicamente nos dijo que resolviéramos el caso cuanto antes.

¿Le dijiste que podría ser?

Sí —exclamas— se lo dije... pero me dice que busque más, que no me quede con lo primero que se me ocurra. ¡Pero coño! ¡Si esas son las pruebas! ¿Qué quiere que haga? Y, de paso, quiere que lo resuelva cuanto antes.

Piensas: «Lo que me faltaba». Tiempo, tiempo ¿Qué tiene que ver el tiempo? Sabes la respuesta a esa pregunta, más no deseas aceptarla.

Los dos deciden quedarse en silencio. Se pusieron de acuerdo en contarse todo lo que han hecho durante el día; no importa qué, te da una excusa para mantener una conversación sana. Pese a ello, te cuesta hablar de otra cosa que no sea sobre el caso.

Quieres hacerlo, contarle todo lo que sabes (lo cual no es mucho), e intercambiar información con ella sobre lo que sucede, pero comprendes que no es prudente. Estás increíblemente frustrado, no te ayuda en mucho seguir dando vueltas detrás de tu propia cola.

Y, no has sabido nada de... —no termina de decir de quién está hablando, pero te es suficiente para entenderlo.

Sigue hospitalizado —dices— no hemos podido hablar con él.

Hum... —murmura— ya veo.

¿Aun te preocupa ese hombre? —le preguntas.

Un poco —vacila— ¿Por qué no puedes ir a verlo?

Mi padre teme que vaya a demandarnos por brutalidad policiaca —cuentas—. Lo que me faltaba.

Paula se levanta, para mirarte a los ojos.

No te preocupes... todo va a salir bien —te dice, para que te calmes.

Eso espero. Sería otro problema que no sabré cómo resolver.

¿Y tu mano? ¿Cómo sigue?

Bueno... —La levantas para verla y moverla un poco—, ahí va. He estado haciendo los ejercicios que me dijiste —sacas el huevo de goma que te regaló para que apretaras— y me ha estado doliendo un poco menos.

Ella sonrío, te encanta que sonrío.

¿Ves? Te dije que te iba a ayudar.

De nuevo otro silencio, que se ve interrumpido al rato por otra pregunta de Paula.

¿Crees que debo presentar cargos contra él?

Supongo que sí, aunque no creo que puedas, dado cómo está.

¿No crees que pueda ir a verlo?

¿Para qué querrías ir a verlo?

Porque, me gustaría tomarle unas fotos de cómo quedó...

¿Todavía con eso?

Sí, es que... no me dio tiempo de hacerlo aquel día y... bueno, no quiero que se salga con la suya.

Su forma de ver aquel problema te resulta tan rara y adorable, que decides dejarlo pasar.

No vamos a poder de todos modos —le cuentas—, según me dijo Carl, tiene a un oficial en guardia cuidando a que nada le suceda.

¿Se lo pidió a su abogado?

Sueltas una carcajada.

¿Qué? —ríes de nuevo— No... nada que ver. Solamente lo tienen ahí para que no se vaya a escapar. Golpeado o no, tiene que ser procesado por haberte atacado y por huir de la policía.

Ah... ya veo...

Así que, si quieres algo de él, tendrás que esperar a que se recupere.

Hum...

Y, justo cuanto sentías que ya no ibas a recibir una llamada, el móvil enciende su pantalla.

Oh —dice ella.

Lo levantas lo más rápido que puedes y lees para asegurarte que es Carl.

Es él —dices, entusiasmado.

¡Respóndele, pues! —exclama ella, pero tú ya estás deslizando el dedo para atender la llamada.

Carl... ¿Qué pasó? —le preguntas sin preámbulos.

Tenemos un problema...

¡Joder! ¿Podrá llamarte para otra cosa que no sean problemas?

¿Qué pasó?

Apareció otro cadáver —dice Carl.

Tu intención era que fuese a averiguar si iban a presentar cargos, pero, ahora, las cosas se volvieron a voltear.

Demonios —dices, haciendo una pausa dramática para preguntarle lo que en realidad te interesa— Y, por lo menos, ¿Pudiste hablar con el acosador?

Carl, de repente hace un sonido seco, no logras identificar qué es, pero, te da la impresión de que la conversación dio un giro drástico.

¿Qué pasó? —le preguntas.

Ese es el problema —dice— el muerto es él.

Capítulo 6: Sucesos

De inmediato, sientes que algo no anda para nada bien. Pero no es solo el hecho de que cuando pensabas que estabas a punto de resolverlo, otra cosa se te vuelve a presentar de la peor forma; o que justo al hombre que golpeaste hasta dejarlo mal, ahora está muerto; o que lo hayan asesinado en un hospital mientras que un policía lo custodiaba; o que fuese el mismo asesino que estás buscando.

¡Justo cuando creías que tenías todo resuelto! Que aparezca otro cadáver (indiferente de lo que ya te preocupa como tal), hace que lo que creías que era el motivo de los asesinatos, perdiera peso. Y, para variar, ahora, con Paula a tu lado, lo que más te preocupa, es ella. Y no solo lo hace de manera personal.

Asesinaron al bastardo que te golpeó —le dices a Paula, quien deja caer el vaso de mojito al suelo, y de inmediato entra en shock.

Ella ya estaba detrás de la pista de ese hombre, supuestamente porque era un acosador, pero, ¿Ahora por qué lo estaba haciendo? Podría tratarse de un justiciero, pero, con todo y eso, te parece más razonable pensar que ella tiene que ver algo con los asesinatos.

Y esa remota probabilidad, aunque lejana y difícil de creer, tiene más sentido que cualquier otra. La colocas de manera estratégica en cada una de las escenas del crimen y piensas que puede tener sentido. Tal vez, y solo tal vez, podría ser la asesina que buscas. Aunque ¿Para qué arriesgarse a matar a un hombre con el que está tan íntimamente relacionada? Un golpe en el rostro es algo que crea dudas. Muchas, de hecho.

Pero, ante los ojos de la ley, todos son inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

Ahora la información que necesitas manejar es un poco más delicada. Preocupado, le exiges a Paula que te cuente cada detalle de lo que sabía de ese tipo, quien, al principio, no era más que un don nadie. Este hombre está relacionado con tu caso. ¡Vaya coincidencia!

No mucho —dijo ella, tratando de procesar lo que ha pasado.

¿Qué relación tenía con los últimos dos asesinatos? —insistes, preocupado.

Solamente lo había seguido por unos días... ya te dije, quería tomarle unas fotos nada más.

¿Nada más eso? —te cuesta creerlo, ahora, todo te parece una conspiración.

Paula parece tensa, incapaz de reaccionar de la manera adecuada. Quieres respuestas, y a ella se le ahogan las palabras.

¿Qué sabes de él? —preguntas de nuevo.

Mientras más tarda en responder, más te preocupa la situación. ¿Qué hacía ella ahí en realidad? ¿Acaso es coincidencia que estuviera allí aquel día? ¿Qué está pasando? Comienzas a saltar de un punto a otro; todo se confunde e incluso te cuesta sospechar de ella porque no la concibes como una sospechosa pese a todo lo que puede inculparla, sin embargo, las pruebas pueden hablar por sí solas.

Paula —levantas la voz, haciendo que se tense aún más— ¿Qué estabas haciendo ese día en el callejón?

Sin respuestas... evade tu mirada, ve al suelo y controla sus palabras. Algo está ocultando.

¿Paula?

Estaba siguiéndolos a ustedes —confiesa.

Ahora todo tiene sentido.

¿Es por eso que estabas ahí?

Sí...

Aunque algo no te cuadra.

¿Y qué tiene que ver este tipo en todo esto? ¿Acaso es en realidad un acosador?

Ella levanta la mirada y te ve de reojo hacia arriba.

No —responde—, no lo era.

Te está estresando que no sea concluyente.

¿Entonces?

Paula, traga saliva, deja caer más sus hombros, y comienza a explicarte.

Ese día te vi saliendo del hospital muy agitado y supuse que estaban detrás de una pista, así que comencé a seguirte. Cuando llegaron a ese lugar, los seguí a pie hasta que entraron a aquel bar de mala muerte —cuenta— pero no quise entrar porque seguro me verían, así que seguí caminando.

Lentamente vas desprendiéndote de esa suposición inicial. Aprietas el huevo de goma con la mano derecha para tratar de calmarte.

Entonces, como no sabía qué más hacer, comencé a hacer preguntas a los dueños de las tiendas hasta que di con el de una ferretería cerca de donde me encontraron —continúa—. Él me dijo que había una persona con la que siempre se la pasaba hablando de vez en cuando.

Pero si nadie lo conoce...

Dijo que «Aquí nadie se conoce, pero todos saben quién es quién» —menciona ella, citando al dueño de la tienda—. No iban delatar a nadie por muy peligroso que fuera, mucho menos decírselo a un policía.

Entonces, ¿Qué hacía él con el muerto?

Bueno... al parecer él lo conocía y sabía en qué negocios turbios estaba metido. Así que seguí preguntando hasta que di con él y comencé a seguirlo.

¿Para qué?

En ese momento, ella se encoge, baja la mirada y su tono de voz.

Porque quería tener la premisa de la historia...

Suspiras decepcionado, te da la impresión de que tiene sentido; es lógico, claro está. ¿Tiene ciertos detalles? Claro que sí, se siente a un kilómetro de distancia. Ahora no sabes qué pensar de ella luego de que te mintió. Le miras a los ojos y ves que está diciendo la verdad, tratas de ser lo más imparcial que puedes, pero te cuesta tolerar sus lágrimas de vergüenza.

Tal vez no esté mintiendo, pero tampoco te esté diciendo todo lo que sabe. Es inteligente, tu tampoco has hecho lo mismo.

La confesión de Paula revela cosas que no te esperabas. En ese momento sientes que tenías razón, que tu razonada no era falsa. Algo está sucediendo y las respuestas están en la calle. Dejándola ahí, advirtiéndole que tendrán que hablar mejor al respecto, sales de tu departamento a toda prisa hasta el hospital en donde se supone que estaba el idiota; ya en el lugar, te encuentras con Carl.

Las mismas heridas y... —dice tu pareja. Al parecer, no tan frustrado como tú.

¿Todo igual?

Sí, pero... —intenta decir antes de que lo interrumpas.

¿Nadie vio nada?

No... nadie... —habla como si quisiera decir otra cosa.

Tratas de evaluar el cuerpo, buscando indicios de algo; ya te acostumbraste a que lo único que

importa en todas esas escenas es el cadáver. Solo que esta vez estás diferente, nada tiene sentido, no logras entender cómo sucedieron las cosas. Antes todo parecía completamente razonable: sin testigos por la hora o el lugar. Estaba solo; sin arma homicida porque pudo habérsela llevado; sin más evidencias porque le pudo dar tiempo de recogerlo todo. Pero, ¿Aquí qué?

¿Y a él no le estaban cuidando? ¿Dónde está ese idiota? —no logras controlar tu ira. Nada te importa, nadie es útil en este lugar.

Lo están interrogando afuera. Santiago, el latino ¿Sabes?

Qué me importa a mí quién es... ¿Ya hablaste con él? —preguntas a Carl, antes de que vayas a hacerle las mismas preguntas.

Sí... pero no sabe nada. Dice que no se dio cuenta sino hasta ahora, que iban a hacer el cambio de turno. Estaban a punto de darlo de alta.

O sea, que ha estado muerto todo el día y nadie se dio cuenta...

Todo te parece absurdo. Justo ahora, cualquiera puede ser el sospechoso número uno: una enfermera o enfermero, doctor o doctora, quien limpie el suelo, quien venda el café; incluso el puto latino que supuestamente lo cuidó todo este tiempo. No es posible que alguien haya entrado y salido de ese lugar sin que el oficial se haya dado cuenta, mucho menos, con tanta naturalidad como para que nadie se hubiera percatado de que ha estado muerto por tanto tiempo.

Dice que él no dejó que nadie entrara aparte de las enfermeras.

¿Hablaste con ellas?

Sí... la última que entró lo hizo ayer en la tarde y cuando salió, todo estaba bien. Pero... —sigue queriendo decir algo, solo que no lo dejas.

Los forenses ya han recogido todos los datos necesarios, nada en ese cuarto parece fuera de lugar ni encaja en todo lo que has estado viendo hasta ahora. Sin embargo, es más que suficiente para que te sientas frustrado. Necesitas golpear algo, darle con todas tus fuerzas, pero antes de que siquiera encuentres tu objetivo, la mano ya te duele. Maldición.

Carl se aparta para darte tu espacio.

¿Cómo demonios pueden estar pasando esto? —exclamas— ¿No hay una maldita cámara en este lugar que lo haya grabado? ¿Cómo es posible que nadie lo haya visto? ¿Qué carajos está pasando?

Lo oficiales quienes tratan entrar en el cuarto, pero Carl los detiene dado que en cualquier momento puedes estallar. Intentas no ser muy obvio, aprietas con intensidad y sin cesar el hueco de goma que te dio Paula. Es la primera vez que dejas que tus emociones te controlen. Pero, esta vez no es solo por el asesino.

La relación que guarda con Paula, el que haya sido ella quien lo encontró y que estuvo a punto de interrogarlo antes de que la atacara, te hace suponer que, incluso más allá de lo que te dijo Dan y de lo que sospechabas: esto no era más grande que tú, era inmenso.

Peor aún: eso significa que ella puede estar en peligro.

No saber cuáles son las motivaciones de tu asesino, te hace suponer que: ¡En cualquier momento podría atacarla sin razón alguna! Hasta ahora, parece que estás tratando con un desquiciado. Atacarla es lo más sensato, eso es lo que harías tu si te sintieras asechado. No piensas bien, solo especulas, razones a medias. Quieres respuestas y las respuestas se están escondiendo de tu vista.

Cuando parece que te estás calmando, Carl habla. Pasan los minutos y es cuando por fin decides calmarte.

¿Mejor? —pregunta Carl, como si te conociera de toda la vida...

Lo ignoras, aun puedes comenzar a gritar de nuevo; que no te tiente.

Respiras profundo.

Consciente de lo que sucede, te acercas más para estudiar el cadáver ignorando por completo tu entorno. El que haya muerto de esa forma, en este lugar y luego de que todo parecía estar resolviéndose, te hace sentir incómodo.

Tenemos algo... —dice, jugando innecesariamente a las adivinanzas.

Te apartas extrañado del cadáver y lo miras para que te de la respuesta.

¿Qué?

¿Viste en aquella mesa? —pregunta Carl, señalando hacia una mesa que está en la otra esquina de la habitación.

Levantas la mirada y buscas aquello que te señala.

¿Qué hay?

El bisturí...

Por fin, el arma homicida. De inmediato, se te ilumina la mirada. Todo esto mejora en segundos, prácticamente.

¿Confirmado? —preguntas.

Tiene rastros de sangre...

Te acercas para verlo mejor.

¿Alguien lo vio? —preguntas, esperando otra buena noticia.

Las cámaras no tienen nada. Desde las seis de la tarde están fallando todas.

Y así como sentiste que las cosas iban para bien, comenzaste a perder terreno de nuevo.

¿Y nadie pensó que podría ser un problema? —dices, incapaz de encontrarle relación.

Supuestamente las estaban arreglando durante todo ese tiempo. Dicen que tienen tiempo presentando fallas.

¡Demonios! —exclamas.

Revisé y tienen razón. Hace más o menos unas semanas que están dañando. De hecho, no funcionaban cuando vinimos la primera vez.

Con el arma homicida y este asesinato en particular, es como que todo estuviera saliéndose de control. No tienes idea de qué carajos está pasando.

¿Qué significa todo esto? —preguntas al aire, recordando lo que te dijo Paula y uniendo los cabos

¿Qué cosa? —pregunta Carl, queriéndose integrar en tu pesquisa.

Lo ignoras de nuevo.

Tenían que conocerse... no... los tres están relacionados.

¿Cómo lo sabes? —Lo sigues ignorando.

Los dos primeros estaban haciendo cosas indebidas, tienen un cómplice, los cazan a los tres y los asesinan... —divagas.

El caso se está resolviendo solo, sin embargo, sientes que hay una pieza que parece encajar, que tiene los bordes que necesitas y si la empujas entra sin problema, pero, la imagen no es la misma.

Al día siguiente, luego de procesar todo lo necesario para continuar el caso, recibes la desagradable noticia de que, de nuevo, la causa de muerte no fue el corte en el cuello.

Según lo que dice el análisis de sangre, le inyectaron una dosis letal de diazepam, lo que le causó una depresión del centro respiratorio —explica Dave—, al principio pudo simplemente haberse quedado dormido hasta que fue dejando de respirar. Eso fue lo que lo mató.

Entonces el corte en el cuello —insiste Carl.

No... no tiene nada que ver con el asesinato. Tal vez igual que el primero, pero fuera de lo obvio, no tiene nada que ver. Creo que está loco este tipo.

No... eso no es lo que importa —dices— ¿Cuánto tiempo tardas en dejar de respirar?

Suficiente como para darse cuenta que algo está saliendo mal.

Lo que eso quiere decir, te alarma.

Entonces... esperó hasta que muriera para hacerle el corte en el cuello —indicas.

Sí... más o menos eso fue lo que pasó. Lo que explicaría por qué no hubo ninguna alerta. Pero es raro —dice Dave, de repente.

¿Qué cosa es rara? —pregunta Carl.

Que sí yo fuera a matar al paciente, le hubiera inyectado cloruro de potasio.

¿Por qué?

Porque, primero, no se detecta. No es como que quiera que sepan que lo envenené si le voy a hacer un corte en el cuello ¿Me entienden? —de nuevo con su maldita pregunta—. Además, si es por quedarme en la habitación con él, lo habría visto morir, pero se vería como un paro cardíaco normal, sí sería raro, pero habría que estudiar muchas posibilidades antes de dar con esa.

¿Te para el corazón? —pregunta Carl.

Sí, lo que pasa es que el cuerpo tiene cantidades de potasio suficientes como para que una alteración como esa no se note en los exámenes ¿Me entiendes?

Sí —responde Carl.

Así que... es raro. —Dave se da cuenta de tu mirada penetrante.

No estás intentando juzgarlo, pero lo que te dice tiene demasiado sentido. Nervioso, aclara su garganta.

Este... es eso, pues. Es raro.

Tal vez no lo sabía —asume Carl.

Puede ser, pero, si se tomó la molestia de ir hasta el hospital para matarlo, entonces, por lo menos se hubiera informado un poco ¿Verdad? —pregunta, sonriendo con emoción, esperando que alguno de ustedes dos le dijeran que estaban pensando exactamente lo mismo que él.

Pero ¿Y el cuello? —pregunta Carl—, es mucho trabajo si lo vas a marcar de todos modos así.

Piensas detenidamente lo que te dijo Dave con respecto al asesinato. Su plan de acción era la mejor forma de hacer las cosas para no ser detectado, pero, tomando en cuenta la forma en que el asesino marca a sus víctimas, te hace suponer que es eso lo que quiere, que sepan que es un asesinato. Aunque ¿Por qué simplemente no cortarle el cuello y ya? A pesar de que no encontraste ningún arma homicida, saber que tienes a la mano el instrumento con el que hizo una de las laceraciones en el cuerpo, en tu libro, se ve como una buena noticia. O por lo menos lo es hasta que piensas bien lo que sucede.

En ninguna de las otras muertes ha habido un arma homicida o alguna cosa con la que le haya infringido daño a la víctima, sin embargo, esta vez sí; justo en el asesinato más inoportuno que te has encontrado y no sabes qué pueda significar.

Así que decides dejar todo eso de lado, seguir pensando en lo que sí tienes mientras que pides un escolta para Paula quien puede estar bajo peligro luego de todo lo que sucedió. Te convences de que es la única forma en que podrás apártate de ella para que logres trabajar. Con miedo a que lo que le sucedió se repita, ella acepta sin ningún problema, lo que te tranquiliza un poco.

No estás seguro si en realidad se encuentra en peligro, pero no te vas a arriesgar.

Esa misma tarde se hace larga mientras que intentas asimilar lo que acaba de suceder. El

trabajo de investigar un crimen así se torna más difícil cada vez que avanza el tiempo. Por fortuna, entiendes que es mucho más grande. Ver cómo todo se relaciona, te hace sentir bien, aunque, según lo que te dijo el forense, ésta víctima murió de una sobredosis... ¿Entonces por qué cortarle el cuello? Al igual que al principio, el cuello es más una ornamenta que una necesidad. Podría ser un enemigo en común...

«Un enemigo en común» ... piensas y piensas mientras que Carl conduce por la ciudad para llegar hasta el callejón en donde se encontraron a Paula con la última víctima. Si alguien puede saber al respecto, debe estar por ahí.

Te cuesta creer que ella te esté diciendo todo, más aún porque te lo ocultó durante este tiempo. Es una cuestión de principios: si te mienten, pueden hacerlo de nuevo.

Piensas un poco en eso hasta que sientes que es un poco ridículo y es ahí cuando sacudes tu cabeza para aclarar tus ideas. Por ahora, eso no importa, total, ya la perdonaste. Ahora el asunto es otro. Tienes que hacer las preguntas adecuadas, buscar a quien sea que pueda conocer algo. Dan no te ayudará, él no es una opción.

Un enemigo en común —dices al fin en voz alta.

¿Hum? —pregunta Carl.

Que: ¿Qué enemigo en común pueden tener estos tres? —Repites para que te escuche.

No lo sé...

Un enemigo en común que sea capaz de hacer temblar a Dan ¿Quién puede ser?

Habría que averiguar algo sobre este hombre.

Mientras que Carl gira en la siguiente calle y que tú evalúas tu entorno, suponiendo que puedas encontrar la respuesta a todas tus interrogantes al hacerlo, le cuentas todo lo que Paula te contó a ti junto con el refuerzo de las suposiciones que tenías en un principio. Él lo sabe, pero no pierdes nada repitiéndolo.

De todos modos ¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunta Carl, aparcando el coche.

Ya te dije...

Sí, pero, la última vez que vinimos no encontramos nada...

Porque no seguimos buscando.

Está bien —supone él— digamos que encontremos a alguien que nos quiera responder.

Sí...

¿Cómo podemos saber que está diciendo la verdad?

Preguntamos más fuerte...

Aja, pero... la última vez no nos sirvió de mucho —dice— y cómo me acabas de decir, nadie va a delatar a nadie.

Pero no tenemos nada que perder... —Lo miras fijamente a los ojos, esperando que entienda tu punto— no cabe duda de que algo está sucediendo por aquí... eso es lo que tenemos que averiguar.

Pero tú mismo lo dijiste: puede ser un ajuste de cuentas. Pero si el dinero fue el problema ¿Por qué no llevárselo de nuevo?

Carl... ¿Quién tiene tanto dinero como para molestarse por perderlo?

Al bajarse del coche, continúan su conversación.

Cualquiera se molesta por perder dinero, sea mucho o poco —dice, con razón.

Sí —vacilas. De repente sientes que puedes estar perdiendo tu punto, así que decides repetir para mantenerte al margen—: pero lo que digo es que ¿Quién se molestaría por perder dinero?

Ya te dije —insiste él.

Comienzas a frustrarte con su forma de resolver las cosas. Respiras profundo y te detienes.

Carl —le dices, apelando a su cerebro o lo que usa para pensar— ¿Por qué molestarte en asesinar a alguien, dejar unas marcas extrañas en su cuerpo, pero no reclamar tu dinero?

Sí... pero estás deduciendo que es por eso nada más... ¿Por qué no pensar que puede ser un crimen de odio? Puede que hayan tenido éxito y alguien los quisiera asesinar por celos.

Te estresa que no acepte tu punto. ¿Por qué se cierra tanto?

¿Es lo mismo! ¿Por qué no reclamarías el dinero? Si le tienen celos, ¿Por qué no llevárselo también? En tal caso, sabrían que debe haber efectivo por algún lado.

No lo sé, tal vez no lo necesita...

¡Exacto! —por fin hace algo bien.

Retomas tu paso, para acercarte a la zona de los hechos.

Para que no necesites el dinero debes: o ser muy rico o muy estúpido —te giras para mirarlo con firmeza y reforzar tu punto—, y por lo que vemos, nuestro tipo no es ningún estúpido. Nadie comete tres asesinatos de esa forma tan arriesgada y sigue en el anonimato.

Puede que las personas lo conozcan, pero nadie lo quiere delatar.

Carl comienza a pensar con más sentido. No está solamente dando ideas descabelladas para desacreditar lo que dices. Eso te lleva sentir que definitivamente estás en lo cierto.

Todo está relacionado —dices—; la muerte de Antonio, luego la desaparición de Kyle, su muerte; Dan diciéndonos que no deberíamos meter nuestras narices, las personas manteniendo el margen con las confesiones, el asesinato del tipo del callejón y su supuesta relación con los hermanos...

Es como si el asesino fuera una figura que impone respeto —dice él.

O miedo.

Por un rato evalúas la zona a pie con la esperanza de que puedas encontrar algo. Buscas en las diferentes tiendas personas que parezcan sensatas, que, desde lejos, se vea que pueden colaborar con un buen samaritano. A pesar de que ese no es tu territorio, zona o siquiera has estado ahí el tiempo suficiente como para ganarte la confianza de las personas, sientes que la mejor forma de resolverlo es intentando a ciegas. No importa qué hagas con tal de que consiga resultados.

A los pocos que logras preguntarle, mantienen la compostura y muchos te juran saber nada a pesar de estar a pocas calles de una escena del crimen y de donde viste a una de las víctimas. Es obvio que están ocultando algo. Así que piensas en otra forma de sacar información.

De regreso al coche deciden que es mejor patrullar como dos policías amenazadores. Imponer respeto o miedo, lo que salga primero. Así que, lentamente, van conduciendo por las calles desde la avenida antes de Los Sevos hasta después de la biblioteca pública. No saben a quién están buscando, pero, dada las circunstancias, cualquiera que se sienta amenazado puede ser una buena pista.

Cansado del método pasivo, comienzas a buscar de manera más agresiva. Cualquier persona que esté mal parada, que te vea feo, que parezca que huya de ti, te es útil: identificar y atacar. Si siendo un amable oficial no consigues algo, siendo uno despiadado puede que sí.

De repente, te encuentras con un grupo de hombres sentados cerca de una cancha. Parece un cliché ¿Por qué las personas no se reúnen en sus casas? Pero lo dejas de lado ya que estás desesperado por alguna prueba. Notas que están bebiendo y fumando, y piensas que puedes usarlo a tu favor.

Buenos días caballeros —dices, imponiendo tu presencia.

Carl se queda al margen, demostrando que tiene poder, pero tú sabes que está más asustado

que nunca. Todos comienzan a evadir tu mirada, actuando como si no tuvieran nada que ocultar; señal número uno que están ocultando algo.

¿Ustedes están muy a menudo por aquí? —preguntas, viendo a tu alrededor para parecer natural.

Ninguno te responde. El silencio incomodo entre ellos te genera un poco de gracia; saben que no te tienen miedo, pero tampoco se pueden dar el lujo de desafiarte. ¿Por qué será? Necesitas averiguarlo.

No sabemos nada, oficial —dice uno de ellos, parece que no quiere problemas.

Detective —corrige Carl, forzando una voz gruesa que sabes que no tiene.

Disculpe...detective.

Descuida —responde con soberbia.

El grupo, que primero pensaste que era de hombres cualquiera, ahora parece de chicos una vez que comienzas a detallarles el rostro a todos. Ninguno parece pasar de los diecisiete años o dieciocho.

¿Sus padres no están cerca? —preguntas, actuando como un adulto cuando a ya tres de ellos te superaron en estatura.

La conversación avanza lentamente.

¿No están muy jóvenes para estar fumando? —preguntas, al ver que uno levanta la mano para introducirse un cigarrillo a la boca.

Somos mayores de edad —dice otro, comenzando a desafiarte— detective.

Hum... ya veo. Todos somos adultos entonces...

Evalúas sus bolsillos, lo que tienen en las manos, las botellas. Todo lo que te parezca una excusa para amenazarlos puede ser suficiente. Tratas de ser lo más obvio que puedes para ver si alguno de ellos intenta ocultar algo.

Tu plan suerte efecto.

El más pequeño del grupo, se va ocultando lentamente detrás de dos de sus amigos más grandes. Es tu señal.

Ey... ¿Qué tienes ahí? —preguntas, esperando que sirva de algo.

Y, ni siquiera hizo falta que dijeras otra cosa cuando todos miraron directo al chico que se estaba escondiendo. El momento de tensión cambió por completo a uno de adrenalina. En cuestión de segundos, todos ellos se vieron al rostro y, como si hubieran pensado lo mismo, rompieron formación y cada uno comenzó a correr a un lado diferente.

Carl y tú se comunicaron lo más rápido que pudieron para ver quien detendría a quien. No hay tiempo para lamentarse, pero ya sientes como tu cuerpo te va a odiar más tarde. ¿Desde cuándo no corres?

Ellos, utilizan su ventaja para desplazarse ágilmente por las calles sin control, empujando y saltando cada obstáculo (humano o no) que se les acerque. No dejas de gritar: «¡Alto!» mientras que tratas de alcanzarlos con tus años de desventaja. Nadie interviene; quien logra avistarlos antes de que se acerquen, los evitan y siguen con sus vidas. «Ese es un lugar tranquilo» ... claro, porque a todos le da igual.

Paso a paso sientes que partes de tu cuerpo, desde las que usas para respirar hasta los músculos, que no sabías que tenías.

Agotado y casi sin energías, consigues alcanzar a tres de ellos y arrestarlos por posesión. Ya en la jefatura, tienes la oportunidad de hablarles, conversar al respecto y tratar de exprimirles un poco de información, sin embargo, sabes que eso sería precoz de tu parte. Tienes que dejarlos

macerar.

Entonces los dejaremos aquí toda la noche a ver si desean contarnos algo —les dices a los idiotas que lograste arrestar.

No estás seguro si alguno de ellos sepa o te vaya a decir algo, aunque, esperas que la noche en la cárcel te ayude a obtener un poco de información. Así que, más o menos satisfecho con los resultados del día de hoy, partes hacia tu casa, en donde esperas descansar un poco.

A la mañana siguiente, llegas igual de cansado, pero lleno de preguntas.

¿Tienes algo para mí? —preguntas a uno de los tres detenidos.

Ya le dije a tu novio que no tengo nada —responde, desafiante, altanero e infantil.

Sí, bueno... no creo que un «No sé», sea suficiente para mí.

El chico levanta la mirada, lleno de rencor.

¡¡Ah sí?! Entonces vete al carajo... porque no sé nada.

Lo encuentras muy inestable para hablar, así que, sin más que decir, pasas al siguiente detenido.

Hijo, dime que tienes algo para mí...

Este chico, parece más amable, sin embargo, lo encuentras un poco nervioso.

No sé nada —responde, con la voz temblorosa—, esas drogas no eran mías, yo solamente estaba ahí pasando el rato con mis amigos —él se hizo las preguntas y las respondió por sí solo— ¿Qué estaba haciendo ahí? Nada, la verdad no estaba fumando nada, ellos son los que fuman yo...

Ey, ey... tranquilo, no importa. Olvídalo ¿Sí?

No te es suficiente. Solo queda uno. Mientras lo ves entrando a la sala de interrogatorios, temes que no te sea de utilidad, que resulte como los últimos dos y termine dejándote justo en donde empezaste, así que esperas ser más directo con él, evitar que confunda la razón por la cual está aquí.

Okey... —le dices, lanzando su expediente en la mesa. No es necesario, pero quieres que parezca lo más teatral posible—, sabemos qué has hecho, sabes lo que has hecho. La verdad no me importa si lo aceptas o no... —agregas, antes de que comience a defenderse—, pero no es eso por lo que estás aquí.

¿Entonces por qué? ¿Me puedo ir?

Este está más fresco, se nota que no es su primera vez. De los tres, es el más alto, más adulto, sin embargo, apenas tiene dieciocho años.

No... primero deberás ayudarme un poco.

No tengo nada para ti, viejo. Olvídalo.

Aclaras tu garganta.

Tengo entendido que te han arrestado antes por posesión de armas, que has ido a la correccional ¿cierto?

Sí... —responde, malhumorado.

Y supongo que no quieres regresar por la misma maldita razón ¿Cierto?

No responde. Lo tomas como un sí.

Entonces... me gustaría que tuvieras un poco de sensatez y me ayudes con lo que te voy a pedir. ¿Puedes?

El chico baja los hombros, dándote permiso para que le hagas la pregunta.

¿Qué sabes del crimen en tu vecindario?

No mucho... —responde entre dientes.

No me estás ayudando, amigo.

Te die que no mucho... es en serio —levanta la voz.

Vale... te creo. Pero de seguro sabes algo de un asesinato cerca de Los Sevos ¿Cierto?

El chico vacila.

Puede ser.

¿Qué sabes? —preguntas, sintiendo que puede tener algo.

No mucho, pero sí he escuchado cosas.

¿Cosas como cuáles?

Como que eso pasa por querer dárselas de vivo y eso.

¡Estás consiguiendo algo!

¿Cómo así? ¿De quién lo escuchaste? ¿En dónde?

En la calle, viejo —exclama, tratando de que bajes tu intensidad— la gente habla. Siempre están hablando de eso, murmurando para que no los escuchen; pero yo hago como que no les prestó atención; quiero saber qué sucede. Siempre hay un muerto así, siempre pasa por la zona.

¿Cómo que siempre sucede? ¿Con la misma marca en el pecho? —preguntas confundido. Hasta donde sabes, solo ha habido tres asesinatos.

Sí hombre. Siempre. Cada vez que alguien se cree más inteligente que ellos, siempre terminan mordiendo el polvo.

Ellos.

¿Quiénes ellos?

Los dueños de todos, viejo. Ellos controlan todo allá abajo. Si te pasas de listo, te hacen pagar. Tú, tu madre, tus hijos... todos pagan por tus errores.

¿Y por qué nadie le ha dicho a la policía?

No sé, hombre... no sé. Siempre ha sido así, siempre lo han hecho. No me preguntes a mí. Solo sé lo que escucho y, por ahí abajo, no dicen mucho de eso.

¿Por qué?

¿Acaso quieres que manden a todos sus perros a matarnos? ¿Ah?

Las cosas se han complicado.

Capítulo 7: Inquietudes

Sin ánimos, llegas hasta tu departamento para derrotarte sobre la cama sin ganas de hacer más nada que dormir durante toda la noche.

¿Puedo entrar? —te pregunta Paula.

No la habías visto cuando llegaste, así que supones que acaba de entrar al departamento. No te gusta la idea de saber que había salido, más porque ahora sabes que está detrás del asesino como tú. No importa si era escoltada por un oficial o no, peligro es peligro.

Sí —dices, con el rostro enterrado en las almohadas.

¿No quieres hablar? —pregunta, avergonzada; se le nota en la voz.

La verdad es que no —dices, sin muchos ánimos.

Paula suena sus dientes y continua con su interrogatorio.

Y... ¿Cómo te fue hoy? —pregunta ella.

Suspiras cansado, sin ganas de revivir los sucesos del día, aunque, no te queda de otra más que contarle. ¿Qué pierdes al hacerlo? Tienes que reconocer que ella está haciendo todo lo que puede para enmendar lo sucedido.

Bien... —dices, sin levantar el rostro— creo.

De repente, sientes cómo Paula se recuesta sobre tu espalda. Su peso completo te saca el aire, pero rápidamente te acostumbras a la agradable sensación de sentir su cuerpo sobre el tuyo.

¿Y a ti cómo te fue? —preguntas, sintiendo que junto con el aire que acabas de escupir, también lo hicieron tus problemas.

Tal vez no mejor que a ti —dijo.

¿Y eso?

No sé, problemas en el trabajo; fracasar en no pensar en el caso —confiesa.

¿Todavía sigues detrás de eso? —levantas como puedes el rostro para preguntar con severidad.

Ella, se acomoda sobre ti y coloca sus manos en tus hombros.

Es que no es fácil despegarse de él —te dice— quiero poder ocuparme en otras cosas, pero todo me recuerda a los asesinatos, te quiero ayudar, pero...

¿Pero qué? —preguntas.

No nada —le quita importancia, y comienza a hacerte un masaje.

Ay... sí —dices casi de inmediato, dejando que se despejen tus ideas—, me hacía falta uno de esos.

Te sientes en la gloria.

Lo sé, te ves tenso —afirma.

Tuve un día rudo... —le cuentas, guardándote ciertos detalles en el proceso— y bueno, no es tan fácil atender este tipo de cosas...

Te entiendo.

Ojalá lo hicieras en verdad... no soy fanático de la presión ni los problemas... me gustaría estar en paz. Pero... —te gusta lo que está haciendo con sus manos— sí... —dices relajándote.

Sientes cómo el peso de Paula se acomoda sobre tu espalda al mismo tiempo en que su respiración te roza el cuello. Acto seguido, la escuchas susurrarte al oído.

No pienses más en eso. Relájate y olvídalos todo.

Cierras los ojos y te vas a tu lugar feliz, sintiendo las angelicales manos de Paula apretando, estirando y estimulando tu cuerpo. Se siente grandioso, es lo mejor que te puede estar pasando ahora. ¿Qué estarías haciendo de no estar con ella? En esa posición, relajando tu cuerpo, agradeces habértele acercado ese día en las colinas. De no ser por ella, no estarías aquí.

Lentamente, tu cuerpo se va calentando. Ella, de alguna forma, logra quitarte la camisa y masajear el resto de tu espalda con delicadeza, mientras que tu cuerpo comparte una armoniosa sensación de calma. Quieres que siga, que no se detenga.

¿Te gusta? —dice

Sí...

¿Quieres sentirte mejor? —te pregunta seductoramente.

No sabes qué responder ¿Acaso estás en posición para algo de eso ahora? Evalúas rápidamente la situación y, tras un corto análisis, entiendes que, la verdad, no hay mejor momento para algo así.

Puede ser —le dices— ¿Qué tienes en mente?

Sin responderte, por lo menos no verbalmente, sientes cómo su lengua se posa de repente en tu espalda. El que te lama, genera un escalofrío que te eriza la piel, sacudiendo tu cerebro de un punto a otro.

Sin detenerse, continúa lamiéndote y masajeándote los hombros. La mejor sensación de la vida. Ella es fascinante en eso y te sorprende que cada vez que quiere tener sexo contigo siempre comienza haciéndote un masaje

No solamente te relaja, sino que te excita; sus manos, su lengua, sus labios y su respiración en tu cuello, tu espalda y todo tu cuerpo húmedo por su salvia, es sencillamente perfecto. De repente, sientes algo suave que se presiona contra ti.

Ay, que rico se siente eso —dices, presumiendo saber de qué se trata.

¿Te gusta? —pregunta, con una voz muy seductora.

Me encanta.

Y ella continúa apretándote los pechos en la espalda, rozando sus pezones sobre tu piel y haciéndote sentir cada vez mejor. Y de tu espalda pasa a tu cuello, y de tu cuello a tu mejilla. Luego desdices darte la vuelta y sentirla en tu pecho, en tu rostro, tus brazos. Ella continúa masajeándote mientras que te deleitas con las pronunciadas curvas de su cuerpo. Paula se ve muy bien estando desnuda, y mejor que eso, estándolo sobre ti.

Deseas que se quede así para siempre, que no deje de mirarte, tocarte, besarte. Sus labios te mojan, sus pezones te rozan, sus manos te acarician y su presencia te excita. Ahora, de repente deja de hacer eso.

Sus labios no son los mismos, porque no hacen lo que estaban haciendo. Sus manos ni sus pezones tampoco.

Sus dedos ahora están apretando tu pene, con un poco de fuerza, llevándolo a sentir que está por estallar. Ahora su boca se une a la fiesta. Introduce primero la punta. Su lengua también comienza a participar, lamiéndolo de arriba abajo, apretándose contra ella y lubricándolo con tu saliva. Se siente demasiado bien, pero se ve aún mejor.

Ella está mirándote a los ojos mientras que te demuestra que sabe cómo manipular tu sexo. A su manera, comienza a jugar, tocarlo, probarlo. Te agrada pensar que le gusta tanto como a ti.

Te ves hermosa —le dices.

Ella, te sonrío, aun con tu pene en la bosa, para luego sacárselo y subir lentamente por tu abdomen, deslizándose hasta tu rostro y tocar tus labios con los suyos.

Pero no todo es suave, ni dulce. Paula aún tiene el control de lo que está haciendo. Todavía sujeta tu pene. De repente, y sin avisarte, lo aprieta. Sus besos dejan de ser suaves para estallar apasionadamente sobre los tuyos. El calor aumenta, y tu cuerpo se empieza a elevar.

Lentamente suben de intensidad de todo.

Me encantas... —dice ella.

Tú me encantas —respondes.

Paula empieza a besar el resto de tu cuerpo como si quisiera comérselo, estrujándolos contra tu piel junto con su rostro, sus pechos y el resto de su existencia. De repente, se da la vuelta quedando con su cara a la altura de tu pene.

De nuevo, tienes su vagina al rostro, toda húmeda y preparada para ti. Aunque, a penas la vez, no puedes evitar notar algo relevante. En su ano, hay algo que parece un diamante. Un botón que se asemeja a la tapa de un frasco. No tienes idea de qué es...

¿Sofi? —preguntas, extrañado.

Y sacándose tu pene de la boca, responde:

Es una sorpresa, no lo vayas a tocar todavía —le da un beso a tu pene y agrega—: cállate y cómeme —dice, antes de meterse tu pene de nuevo a la boca.

De inmediato, empieza a succionarlo con fuerza, intensidad; forzando el estímulo para que sea más excitante. Sientes que está desesperada.

Así que no puedes quedarte atrás.

Legítimamente emocionado, llevas tus manos a sus nalgas y las aprietas; juegas con ellas, las das nalgadas, las besas. Te quieres perder en ellas porque son perfectamente encantadoras. Paula empieza a gemir, a sacudir sus caderas mientras que mueve su vaina sobre tu boca, tu nariz. Humedeció todo tu rostro con los fluidos que de esta salen.

Te encanta que se siente sobre tu cara.

Su lengua evaluaba las dimensiones de tu pene con destreza. Nada se escapaba de su deseo de comerte más, incluso se metió tus testículos a la boca. Sin dejar nada por fuera.

¡Carajo! Amo este pene... —dijo— me encanta tanto.

Mientras tú lames su clitoris haciendo sutiles círculos alrededor, entierras tu lengua en el interior de su vagina; besas su vulva, la succionas, la soplas. Te llenas de ella y ella de ti.

Y, de repente, cambia de parecer con respecto a la «sorpresa»:

Sácame eso del culo... —dice.

Rodeas tus dedos alrededor de ese pequeño círculo e intentas sacarlo. Sospechas qué puede ser. Lo jalas y notas que te cuesta un poco sacarlo. Parece que a Paula le gusta lo que haces.

Vamos, sácalo, mi amor.

Aplicas más fuerza para hacerlo, pero sigue mostrando resistencia, hasta que, tras un pequeño esfuerzo, lo logras sacar. El dildo anal sale como corcho y Paula gime de placer.

Ahora, bésame el culo —te pide de repente— está listo para ti.

Eso suena como una orden, una petición y una propuesta al mismo tiempo. Así que no pierdes el tiempo y lo tomas en cuenta. Pasas a su ano y lo comienzas a lamer, besar y soplar. Ella aprieta los glúteos y deja escapar un gemido suave.

Ay... sí... cómeme el culo también —dice gimiendo— ¡Mátame la lengua!

Es una petición rara, pero no estás en posición de negarte. Queriendo complacerla, procedes a cumplir su demanda. Con la mano en su vagina y tu lengua en su ano el cual se siente suave y un tanto abierto; está muy bien dilatado. Ahí, comenzaste a explorar su sexualidad como nunca lo habías hecho con alguien más.

Ella no deja de besar ni jugar con tu pene, lo estimula de diferentes maneras como puede mientras que su cuerpo se retuerce de placer y le pide que gima todo su ser. Te encanta hacerle eso y que te haga lo que hace.

Ella frota su trasero y su vagina en tu rostro, queriéndote llenar de todo eso que la posee.

Sí que sabes mover esa lengua —exclama—. Me fascina.

Los gemidos de Paula parecían poder escucharse en todo el edificio, sin embargo, no se veía como que le importase. Tú continuabas probando su sexualidad, impregnándote del sabor de su cuerpo mientras que ella se retorció de placer. Su boca masajeaba tu pene de tales formas que de vez en cuando llegaste a sentir que estabas a punto de acabar.

Sí, sigue así. No pares —le decías.

Pero ella no te hizo caso ninguna de las veces. Se detenía, apretaba tu glándula y le daba unos golpes a tu pene. Al principio le preguntaste por qué, a lo que te respondía: «Acabaras cuando diga que lo hagas». En ningún momento dejó de tener el control de tu cuerpo, de tu cama, de lo que se hacían mutuamente.

Aunque el sexo oral no era suficiente para ella.

En menos tiempo del que esperabas, se levantó sin decir una palabra, y se dio la vuelta para sentarse sobre tu pene. Querías levantarte, cambiar de posición, aunque no dependía de ti hacerlo.

¡Amo este pene!

El sexo con Paula nunca deja de encantarte, su forma de apoderarse de tu cuerpo es sencillamente asombrosa. Quiere todo de ti y tú prefieres dárselo sin queja alguna. Mueve sus caderas y de inmediato sientes como tu pene se va perdiendo en el interior de su vagina.

Su cuerpo se mueve a su propio ritmo, tu mente viaja a lugares emocionantes mientras que observas la forma en que sus pechos rebotan, en que sus nalgas te tocan la pierna y escuchas la forma en que ella gime.

Gime como una diosa, sin lugar a duda, te encanta la forma en que ejecuta cada una de sus mejores hazañas: amarte, cogerte y gemirte.

De estar sobre ti, pasa a estar en frente. La penetras una y otra vez, cambiando cada una de esas de intensidad. Rápido y lento, delicado y rudo. La colocas en todas las posiciones en las que puedas apreciar su cuerpo siendo tomado.

Sí, papi. Dame más duro. Sí... sigue, sigue, sigue...

Mientras más cerca está de llegar, más exclama. Sus piernas tiemblan, su cuerpo se ablanda y entra en un estado de relajación que la deja en silencio. Pero tú no has acabado. Así que continuas penetrándola y ella de inmediato empieza de nuevo a gemir de placer. Hasta que, casi sin fuerzas, te pide algo un tanto diferente.

Quiero que me lo metas por el culo —te dice, lasciva, sensual y sucia.

Te encanta ese vocabulario, y la forma en que te lo pidió, te inspiró darle una nalgada. A lo que ella respondió con:

Dame otra —la recibió como una campeona— pero métemelo en el culo.

Primera vez que te proponen tener sexo anal, aunque, desde que viste ese pequeño botón en su ano, supusiste que podía suceder.

Hay un lubricante en mi cartera —te dice.

Casualmente, la tienes en la mesa de noche a tu derecha, así que la alcanzas y lo sacas.

¿Qué estás esperando? —pregunta Paula, desesperada.

Entiendes a la perfección lo que debes hacer, por lo que aplicas el lubricante y te preparas. Te emociona saber que será la primera vez que harás eso, y más aún porque la forma en que Paula te

dice que lo hagas (moviendo su trasero de un lado al otro y seduciéndote con su voz), te excita mucho más.

Introduciéndolo lentamente pese a que ya está lubricado, vas logrando que Paula aumente el timbre de su voz.

¿Te duele? —te preocupa estar haciéndolo mal.

No... sigue metiéndolo, mi amor.

Lentamente, tu pene se va perdiendo en el interior de su ano. Un poco más apretado, vas sintiendo como se ajusta a tu falo queriendo asimilarlo. Se estrecha suavemente; succiona y libera. Te sienes realmente bien.

Al cabo de un rato, el ritmo aumenta. No sabías que a Paula le gustaban ese tipo de cosas, ni que pudiera llegar a gemir de placer al hacerlo por ahí. Empiezas a embestirla con más fuerza. Se siente increíble estar dentro de ella.

Sí, sí... sí... —dice reiteradamente cada vez que empujas tu pene dentro de ella.

Le das más rápido y más duro mientras que ella te pide a gritos que aumente. Los nervios de tu rostro se mueven solos, señal de que te encanta lo que hace. Es un deleite estar con ella; no para de decir que le gusta, que te ama y que no quiere que esto se acabe; tú la apoyas.

Ahora, quiere que le des otra nalgada, que le beses, que la toques. Paula quiere sentirte y tú te encargas de complacerla.

Más rudo, más rápido, más intenso.

Sí, papi. Así. No pares —te motiva ella, con un tono de vos muy seductor—. ¡No pares!

Paula se toca la vagina mientras que le vas penetrando el ano. Cada vez se siente más suave y dilatado, pero no deja de ser espectacular. Sentada, acostada de pie y frente al espejo; la coges por el culo exactamente como a ella le gusta.

¡Sí! Podría hacer esto todos los días —exclama, siendo presa del placer.

Te encanta cómo se escucha eso.

Es el mejor pene con el que he estado —sigue diciendo ella.

Cada una de sus palabras te van emocionando más y más, llevándote a embestirla con mayor rapidez. Juegas con su vagina, con sus pechos; le jalas el cabello. Todo lo que te pide que lo hagas lo haces; ¿Para qué quejarte si lo estás disfrutando también?

Sus besos saben mejor cuando está al borde del orgasmo, sin control, sin inhibiciones. Sus labios te desean, su cuerpo tiembla por ti. Te encanta hacerla sentir bien porque eso te hace sentir bien. Pero no eres de acero. Sus nalgas rebotándose en el abdomen, las piernas... el simple hecho que se muevan cada vez que le empujas tu sexo completo, te estimula, te endurece aún más y te acerca al clímax.

Voy acabar —le dices como puedes, entre los gritos de placer y tus ganas de no decir nada.

Acábame adentro —exclama entre gemidos, sin ser capaz de hablar normal. La forma en que te la estás cogiendo no la deja ni respirar bien—, hazlo... lléname toda.

Y, aumentando el ritmo para mayor placer, le estacas tu pene hasta que sientes que no puedes más.

Ahí voy... —le adviertes, ya tocando tu límite.

¡Sí, papi, sí! —exclama— ¡Dame, dame, dame, dame, dame!

Y, en el calor del momento, sueltas una descarga espesa y caliente en el interior de su culo.

Incapaz de moverte más, con el corazón en la garganta y la mente en blanco, te dejas caer. Tu cuerpo descansa sobre el suyo con completa calma. El masaje, el sexo, la sensación de tenerla cerca. Todo eso ha sido suficiente para borrar todos los pensamientos negativos de tu mente. El

tenerla a tu lado ha sido lo mejor que te ha pasado. Miras al techo de tu habitación imaginando estar bajo toda esa presión a la que te enfrentas ahora sin tenerla junto a ti: una pesadilla.

Me encantas demasiado —le susurras mientras que acaricias su pelo.

Ella parece que está dormida, reaccionando únicamente al amable contacto de tu mano sobre su cabeza. Por algún motivo, sientes que estás feliz.

* * *

Con la soga al cuello, sientes que las cosas no están para más rodeos. Pero, no es eso lo que te saca de tu desastrosa zona de confort. Esta vez el problema no llega en una repentina llamada de Carl, no, hoy las cosas simplemente se salen de control.

«El día de hoy, a las tres de la mañana, se presenció una masacre en la jefatura del centro de la ciudad. Aún se desconoce la razón del atentado, pero se especula que pudo ser el resultado de un simple cruce entre bandas enemigas de la zona. El ataque, cobró la vida de tres oficiales de policía y cinco detenidos, entre los que destacan el jefe del departamento: Christopher Wolff»

Las noticias están por todos lados, la prensa no deja de perseguirlos a todos de aquí para allá. No son siquiera capaces de apartarlos de las puertas del departamento de policía. Pero, de todos los afectados, tú eres quien recibe la mayor atención. ¿Qué fue lo que acaba de suceder?

Lo siento demasiado —dice Carl, viéndote llegar.

Descuida —dices, ya cansado de responderle eso a todas las personas que sabían que el jefe era tu padre.

Todo se salió de control —agrega Carl.

Sí... lo sé —respondes, cabizbajo, consciente de que lo peor no ha pasado todavía— ¿Estás listo? —le dices, luego de un suspiro ahogado de dolor.

Cuando tú lo estés.

Te desliza la carpeta que está en su escritorio para que la abras y leas. No quieres ver lo que hay adentro a pesar de saber qué es lo que verás.

Christopher Wolff —lees en voz alta.

Seguido, te saltas la parte en que te describe lo que ya sabes, junto con la razón de muerte. Todos saben que murió alcanzado por una bala, por lo menos, eso es lo que se dijo a la prensa. Procedes a las imágenes del cuerpo y te encuentras con los detalles del forense.

Una circunferencia con una cruz hecha en el pecho junto con una laceración apresurada en el cuello —lees, lo suficientemente alto como para que Carl te escuche.

Demonios —dice él—. ¿Qué demonios está pasando?

Y, en ese instante, te invade la peor sensación que te puedes imaginar: saber que, aquel peligro inminente que estás buscando, está más cerca de lo que esperabas.

Esto no fue un enfrentamiento entre bandas —dice Carl, promoviendo las ideas en tu cabeza.

Creo que el chico tenía razón —dices...

¿Y cuándo piensas decirle al departamento? —aconseja Carl.

¿Y dejar que los de crimen organizado metan sus narices? No... se nos iría el asesino de las manos.

Carl te mira confundido, como si no fuera capaz de comprender tu motivación.

Pero... ¿De qué hablas? ¿No se supone que tenemos que acabar con los malos?

Sí... pero esto me parece muy raro. Puede que sea una especie de matón, no quiere decir que...

¿Te estás escuchando? —pregunta Carl— estás obsesionado con ese tipo.

No es eso, es que...

¿Qué? ¿No ves que esto es más importante que atrapar a un simple matón? Las cosas subieron de nivel; no estamos persiguiendo a un asesino serial, —mira a su alrededor, paranoico, y agrega, bajando la voz—: estamos persiguiendo a un grupo de matones que trabajan para la mafia. ¿Entiendes?

Lo sé... pero...

Tienes que calmarte —dices—; esto no puede ser una simple guerra entre bandas. Es obvio que nos están enviando un mensaje.

No, definitivamente no lo fue —afirmas.

Carl, se reclina de su silla, respirando profundo con los ojos cerrados. Se está controlando.

¿Qué más dice el informe?

Dice que las heridas son más rudimentarias que las anteriores —le cuentas—, del resto, más nada.

¿Qué consiguen con esto?

No lo sé... es por eso que te digo que lo del asesino no es así de simple...

No, hombre... ya no podemos estar pensando en ese asesino. Él no significa nada —afirma.

No... tiene más que ver... no es un simple asesino.

Yo digo que lo olvides...

No puedo, no quiero hacerlo... más ahora que la ejecución cambió—dices.

¿Cómo así?

Es que, hay algo que se siente fuera de lugar.

¿Qué? ¿Aparte del hecho de que convirtieron la entrada del departamento en un colador? —dice con un sarcasmo agresivo.

No... no solo eso.

¿Entonces?

¿No ves que dice que las cortadas son más rudimentarias? —explicas.

¿Y? seguro fue otro de los asesinos de la mafia, o no tenían mucho tiempo...

Pero no es solo el corte, es el motivo. ¿Para qué matar a mi padre? ¿Por qué tomarse toda esta molestia?

Pero seguro es eso...

Te preocupa que tu compañero no sepa evaluar bien las situaciones. ¿Acaso eso no se lo enseñan en la academia antes de ser detective? Tratas de no verlo con tanta hosquedad, pero se te hace difícil, dado que te parece un poco lento para el puesto que tiene.

No... eso no es un problema para él —dices—. ¿Cuánto tiempo tarda una llamada al novecientos once en responder a la emergencia?

Como unos tres minutos más o menos.

Exacto... —exclamas.

Aja... Pero ¿Qué tiene que ver eso?

¿En serio es tan lento, o es que lo hace a propósito?

Que tuvo más o menos tres minutos para matar y decorar casi a la perfección, el pecho de una de sus víctimas luego de obligarlo a llamar al novecientos once. ¿Entiendes?

Oh... verdad.

¡Sí!

Y en el hospital... —dice Carl, comenzando a usar el cerebro.

¡Exacto! En el hospital tuvo mucho menos tiempo... alguien pudo haber entrado en cualquier momento.

La evidencia habla por sí sola.

Entonces... estás diciendo que...

Que esta vez algo no es igual.

Bueno, ya sabemos que no es el mismo tipo —resalta Carl.

Aja...

Y que no es uno solo... si esta gente quiere a alguien muerto, simplemente manda a uno de sus matones.

Sí...

Entonces. ¿Qué nos dice eso de esto? ¿Cómo entraron? ¿Qué tiene que ver? Si apuntaron directamente al jefe, es por una razón. ¿Cómo lograron acercarse a él?

De alguna forma, tal vez lo engañaron... cualquiera pudo haber sido...

Ya va... ¿Qué intentas decir?

Esa idea te ha estado rondando desde la muerte en el hospital. Sin embargo, no ha sido algo que hayas querido hacer público. Ni siquiera se lo has dicho a Paula, y ya eso es decir demasiado.

Que puede haber un topo...

Estas diciendo que...

Sí...

Esa es una acusación muy grave, Alan —dice Carl, llamándote por tu nombre por primera vez. Escucharlo viniendo de él te resulta extraño.

Lo sé... ¿Por qué crees que no la he hecho antes? Pero piénsalo... si es una mafia tan imponente como para hacer que tanta gente niegue su existencia, entonces deben tener recursos... —especulas.

No... no deberías estar diciendo eso —exclama, levantándose ofendido—. Que digas que hay policías... no, compañeros nuestros que son corruptos, es muy descabellado.

No, Carl... no parece serlo porque, si lo piensas bien, hace que muchas cosas cobren sentido...

Carl se nota cada vez más histérico. Su voz se eleva, su rostro se torna rojo y el ambiente tenso.

¿Cómo cuáles, Alan! ¿Cómo cuáles?

Como lo que acaba de pasar —abres tus brazos, enfatizando el ataque que acaban de sufrir—, como el que lo hayan asesinado en el hospital mientras lo estaba cuidando la policía...

Estas intentando decir que Santiago... —no lo puede creer— ¡Por el amor de Dios, Alan! Lo acaban de asesinar junto a tu padre.

¡Eso es lo que trato de decir! —te estresas y no tienes tu huevo de goma a la mano— ¡Todo este ataque fue una pantalla!

No es hasta ahora que te percatas de que no están solos. Eso era algo que ya se sabía, se supone que ustedes no están ahí trabajando sin compañía alguna, que no están solos en el mundo. Sin embargo, la conversación logró hacerlos sentir alejados de todo eso. Las miradas absurdas de los demás comienzan a penetrarte. En definitiva, sí que era una acusación muy precipitada. No te queda de otra más que mantener tu postura.

Aclaras tu garganta y bajas un poco tu tono de voz, pero no lo suficiente como para demostrar debilidad, así que te apoyas de la mesa con firmeza.

Tal vez están intentando limpiar los cabos sueltos con Santiago y lo demás fue una simple

distracción.

¿Y tu papá qué? ¿También es corrupto? ¿Ah? ¿Eso es lo que intentas decir? —exclama Carl, sin miedo a que los demás lo escuchen. Si es por eso, yo también puedo ser un topo... ¿Eso es lo que estás diciendo?

Este... no lo sé... puede que sí —dices, refiriéndote a tu padre sin pudor alguno, e ignorando la otra pregunta.

Esa misma forma de ver la situación, consigue que Carl te mire con asco.

Por el amor de Dios... ¿En serio crees que tu padre pudo haber sido un policía corrupto? ¿Qué te sucede?

Ni siquiera tú sabes la respuesta a esa pregunta. Te dejas caer sobre tu silla sin poder responderle, sin las fuerzas necesarias para defender tu punto porque, pese a que no escatimas para buscar un culpable... tu padre acaba de morir.

Yo... no lo sé... —respondes.

De repente, Carl parece que se calma un poco. No sabes a qué se debe, pero, al igual que tú... se deja caer sobre su silla. Las miradas ajenas de los demás detectives y oficiales de aquel departamento que intentan seguir con sus trabajos y atender lo que acaban de sufrir, lentamente van regresando a lo suyo.

Entiendo qué estás sintiendo —dice Carl, con un tono de voz más tolerante.

No sé qué demonios hacer ahora —confiesas—, primero mi padre, ahora esto —señalas las fotos de su pecho—. ¿Qué significa todo esto? ¿Acaso es algo personal? ¿Intentan enviarme un mensaje?

Esa posibilidad, parece ser más sensata que las otras que has estado pensando y, Carl, no tarda en hacerlo notar...

Eso tiene sentido —dice—. Puede que se sientan acorralados por lo que estás haciendo y por eso trataron matarte, tal vez solo se confundieron de persona.

Vaya deducción la de tu pareja. De hecho, muy específica para tu gusto.

O tal vez solamente estás paranoico —dice, como punto y aparte.

Cualquier posibilidad es válida. Acto seguido, te convences de disculparte con Carl por tu desagradable actitud. No sabes lo que eso puede llevarte a hacer, pero, el estrés se está apoderando de ti. La situación se va complicando poco a poco.

La muerte de tu padre por manos de un supuesto asesino parecido al que estás siguiendo, implica muchas cosas que no eres capaz de procesar. Los días pasan y continúas sufriendo la ausencia de la única figura paterna que has tenido en toda tu vida. Pero se te hace imposible no notarlo.

Hacía mucho tiempo que no habías tenido una conversación decente con él, que ni siquiera habías pensado en tu padre como tal. El vacío que dejó en aquel departamento de policías no se compara en nada con el que te ha dejado a ti, y eso que solamente te refieres al que llenaba como tu jefe. Durante años te dedicaste a separar tu vida personal de la profesional para no interferir en el avance de tu carrera ¿Cuánto te ha costado eso?

Querías que él te reconociera, a pesar de que lo negaras día tras día, incluso en su cara. Ahora, sin él, no queda espacio para que alguien importante te diga que está orgulloso de ti. El dolor te calienta el pecho, junto con la culpa de que todo eso sucedió por tu ineptitud.

Tienes que dejar de pensar en eso —dice Paula, luego de que le explicas tus penas.

Pero es que...

¡No, Alan! No... tú no jalaste el gatillo. Tú no fuiste quien mandó a matar a tu padre —dice

ella.

¿Entonces quién? —quieres que te ayude—, porque si no fui yo, ni el maldito asesino ese ¿Quién? ¿Quién odiaba a mi padre? ¿Quién lo quería muerto?

No lo sé...

¡Yo tampoco!

La mirada húmeda de Paula, te hace sentir que estás liberando demasiada tensión sobre ella, algo que no se merece, que no debería estar haciéndole daño.

La verdad lamento todo esto, mi amor —dice Paula—. Detesto verte de esa forma.

Pero es que... no sé... —no quieres seguir sintiéndote así.

Ni yo... no sé por qué tuvo que suceder todo esto, no sé por qué de entre todas las personas tuvieron que hacerte daño a ti... la verdad que no lo sé; y lo juro por mi vida, que haré lo que pueda para hacerte sentir mejor...

Quiero vengarme...

Y yo quiero ser quien te cumpla eso —fantasea Paula, con una sonrisa en los labios y las lágrimas cayéndole de las mejillas—. La verdad que quiero cumplir todos tus sueños, pero ahora no puedo y no sabes lo mucho que me odio por eso.

Sus palabras te resultan muy fuertes tomando en cuenta que la principal víctima ahí eres tú. No quieres que ella sea quien se sienta así, mucho menos que intente consolarte al hacerse tanto daño.

No digas eso —le pides.

Pero es que —responde, llena de frustración—. Estoy siendo todo lo que puedo ser para ti, pero no es suficiente... no puedo llenar todos los espacios vacíos que necesitas, no consigo ayudarte con este maldito caso que te atormenta, no puedo siquiera salir de la casa por mí misma sin que parezca que no puedo defenderme. No quiero ser un obstáculo en tu vida y eso es lo que consigo ser.

Sofí...

Ahora que perdiste a tu padre, tampoco puedo ser el pilar en tu vida que necesitas porque no soy capaz de mantenerme de pie como tú lo requieres —el llanto que sale de sus ojos te hace sentir mal; peor de lo que estabas ya.

Sin embargo, su gesto es lo que vale. Intenta ser fuerte para ti cuando, en realidad, eres tu quien debería demostrar fortaleza. Sí, perdiste a tu padre, no consigues nada en este caso, pero, eso no debería ser capaz de detenerte, no a ti, quien ha llegado tan lejos. Paula se está entregando a ti porque quiere y, el que alguien como ella lo haga, debería ser evidencia suficiente para que sepas que tú sí vales la pena.

Te acercas a ella y la abrazas. Justo cuando lo haces, Paula deja escapar una risa sarcástica entre su llanto.

¿Qué pasó? —le preguntas.

Que intentaba reconfortarte y mira como terminé... —ríe de nuevo, de un modo muy adorable.

Sí... —respondes con una sutil risa—, eres pésima para subir el ánimo.

Ambos se dejan perder a sí mismos en los brazos del otro. Aquella perdida será solo en vano si no eres capaz de resolver ese caso.

Pero, a pesar de que estás con ella, lo obvio no se separa de tu cabeza... el que tu padre haya sido una víctima de toda esa locura que te persigue, significa que ese malnacido te pisa los talones, demasiado cerca, y lo sabes.

El huevo de silicón ortopédico que te dio Paula comienza a parecerse cada vez más suave, lo que se traduce a que la rehabilitación está surtiendo efecto. Eso es bueno... supones. ¿Acaso una

buena noticia dentro de muchas que no lo son? No... eso no es de lo que se trata todo esto. El dolor no desapareció, lo estás canalizando en otra cosa.

A los días de haber hecha más o menos pública tu sospecha del departamento, te das cuenta que tuviste suerte de ser el hijo de tu padre y que, todo lo que había pasado hasta ese momento, resultó ser un tanto traumático. Que hayan atribuido esa sospecha a un simple episodio de depresión, te ayudó un poco, aunque, no quiere decir que hayas dejado de pensar en eso.

La posibilidad de que uno que otro policía haya sido comprado, es muy razonable. Por lo menos explicaría el repentino ataque a la jefatura si no ¿Cómo habrían sabido que estás tan cerca? Es necesario que tengan un informante adentro. Alguien cercano que pueda obtener ese tipo de información sin que nadie se dé cuenta... eso, te lleva a sospechar de todos.

Y es que eso es la cosa con el crimen organizado, que es un poco más complicado. Una vez que expanden su imperio de terror, todo es posible. Cualquiera persona puede estar adentro, ser amenazada, comprada; lo que sea. No dudas en sospechar de cualquiera porque el único en el que confiabas, murió por manos de esos que amenazan la seguridad de las calles. Vivir con miedo no es vivir.

Tu sed de venganza va aumentando cada vez que imaginas a una cara conocida del otro lado del tablero. Odiabas la idea de que estuvieran tan cerca de ti, que pudieran saber cuáles eran tus debilidades y utilizarlas en tu contra. ¡Quieres hacerlos pagar! Tu mente, cuerpo y alma están tan adentro de este problema que no encuentras una forma de despegarte de todo eso.

Quieres venganza, respuestas, resultados y no más problemas.

Sin embargo, eso no es todo lo que te preocupa.

Tal vez Carl tenga razón, tal vez estás obsesionado con el asesino, pero ¿Cómo no estarlo? Fue lo primero que conociste de este caso, el que ahora no tenga ningún papel protagónico en todo esto, te resulta difícil de tragar.

Él es quien ha estado ejecutando los asesinatos, arreglándoselas para matar a sus objetivos. No hay motivación, pero estás seguro que, matar no es algo tan simple para él. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar seguro de eso? Pues por la manera en que ejecutó a los primeros tres muertos. Esa forma de hacer las cosas, tan perfecta, tan sencilla a la vista. Es el trabajo de alguien que sabe lo que hace y que hasta puede que le guste.

Te encanta la idea de detener a los malditos bastardos que mandaron a matar a tu padre, pero, el hacerlo no sería suficiente. Dejaría a este asesino libre, no resolvería nada y nunca te lo perdonarías. Él podría regresar y continuar matando. Aunque, si lo atrapas, puede que consigas una forma de acabar con esta organización, lograrías vengarte. Se lo debes a tu padre. Sí... eso lo puedes hacer.

Pero todo eso no dejan de ser más que simples suposiciones vagas que no te dejan dormir. Ni siquiera con Paula acompañándote todas las noches, eres capaz de sostener esos pensamientos con cuidado; lubricarlos, atenderlos, darles la atención necesaria para que puedan convertirse en una inferencia que te ayude a avanzar.

Necesitas limpiar tus pensamientos, dejar de lado todo eso. Pasa un mes sin asesinatos, o por lo menos, no que hayan sido revelados. Eso es un misterio.

¿Has encontrado algo? —pregunta Paula, acercándose por detrás de ti para montarse de nuevo en tu espalda.

El gesto te saca el aire casi de inmediato, lo que te hace pensar que seguro está intentando hacer algo contigo.

No tengo fuerzas hoy —dices, anticipándote a lo que ella intenta.

¿Qué? —se ríe con travesura— no estoy haciendo nada.

¿No? ¿Crees que no sé qué intentas hacer?...

Anda... no seas malo —insiste ella.

Estoy débil —dices.

Últimamente has estado llegando a la casa sin ganas de existir, queriendo ser un tatuaje de tu cama y quedarte ahí hasta la eternidad.

Odio mi vida —agregas, quejándote con el rostro enterrado entre las almohadas.

Pero Paula no se rinde.

¿No quieres un masaje? —te pregunta, con su característica voz seductora.

No respondes a eso porque sabes lo que estás a punto de recibir, de todos modos, ella lo hace sin tu consentimiento. Sus manos te van trasladando, como siempre, a un lugar mágico en donde los problemas no existen, en donde todo es paz y tranquilidad, que te da tiempo para pensar mejor las cosas y reconsiderar todos los problemas. Eso te hace feliz, de cierta forma.

Al darte la vuelta, te sorprende su cuerpo desnudo, parece que te estaba esperando. En poco tiempo ya la tienes sobre ti y su boca alrededor de tu pene. Crees que no hay mejor forma para olvidarte de los problemas que no sea esa.

Paula finge estar gimiendo de placer mientras que se mete y saca tu pene de la boca. No sabes si realmente le gusta, pero tú lo estás disfrutando. Pasa poco tiempo antes de que la levantes por el brazo con sensualidad, dominante y fuerte. Ella no se deja someter por eso y se suelta, te toma por los hombros y sienta de un golpe.

Usted está cansado —dice. No debería estar moviéndose.

Se pasa la mano por la lengua, mojándose la de vagina para luego pasarse eso a la vagina. Se la lubrica, preparándola completamente para ti.

¿No quieres esperar? —le dices, viendo que no le has hecho nada a ella para que se excite.

Tengo esperándote todo el día —confiesa—, estoy más mojada que una piscina.

Mientras hablaba, iba colocando su vagina en posición sobre la cabeza de tu pene, preparándose para enterárselo sin preguntar. Deja escapar un gemido, acompañado de un suspiro y un:

¡Hum! ¡Cómo lo deseaba!

Y de inmediato comienza a moverse de arriba abajo, de un lado a otro. Su vagina se aprieta alrededor de tu pene, mientras que tú te deleitas con la forma en que sus pechos van rebotando al compás de sus saltos. Te encanta sentirla sobre ti, moviendo su trasero.

De repente recuerdas que tienes un hermoso y gran culo que puedes estar tocando justo ahora, así que lo agarras con las dos manos y comienzas a darles unas nalgadas.

Sí, dame más duro, papi. ¡Sí!

Te fascina que te hable sucio, así que le sigues dando una y otra vez.

Dale, papi. Sí... ¡Más fuerte! —exclama ella mientras que se aprieta los pechos y continúa moviéndose cada vez más rápido— ¡Es tan grande!

Mientras más rápido se mueve, sabes que se está acercando al siguiente orgasmo. Ella lo está controlando todo mientras que mueve su trasero para emocionarte más. Parece que las nalgadas le excitan, tanto como lo hacen contigo, aunque sientes que entretenerte con tan pocas partes de su cuerpo es un pecado. Por lo que decides acercar tu rostro a sus pechos y comenzar a besarlos, lamiéndole y metiéndote sus pezones en la boca. Ella no se detiene. Disfruta cada una de las cosas que le haces como si nunca se aburriera de ellas.

Te encanta que sea tan sexy, hermosa... perfecta. El sonido que hace su vagina al escurrirse

sobre tu pene, te encanta tanto que decides tomarla por la cintura y moverla tú mismo. Aumentas el ritmo de tus embestidas mientras que ella va gritando más y más.

Sí... me encanta... dale, dale, dale... —exclama entre gemidos, acabando otra vez.

Pero esa posición no es suficiente. Sí, te encanta ver como mueve su cintura sobre ti, pero deseas verla desde otra perspectiva, así que la levantas, la dejas caer boca arriba sobre el sofá y le coges por los tobillos.

De esa forma logras ver su vagina húmeda y abierta al mismo tiempo que sus nalgas redondas y hermosas. En su rostro, logras ver que no está satisfecha, que desea más. Con la mirada te pide a gritos que se la vuelvas a meter, pero tú no quieres quitarte de la cabeza esa imagen tan perfecta.

¡Ay! Métemelo otra vez, anda... no seas tan malo —te pide al fin, mordiéndose los labios, seduciéndote salvajemente.

Así que no pierdes el tiempo en hacerlo. Con una de tus manos coges tu pene y lo colocas en posición, para dejarlo entrar lentamente en su vagina mientras que su respiración se agita lentamente.

Primero, te empiezas a mover lentamente; centímetro por centímetro le vas diciendo a su cuerpo que tú tienes el control esta vez.

Suave, entra y sales, relajando la respiración de Paula, quien parece disfrutar cada centímetro de tu pene como si no hubiera mañana. Te fascina verla de esa forma, acostada, con las piernas abiertas, desnuda, recibéndote tan alegremente.

La mera imagen te emociona aún más. Tus embestidas van aumentando de intensidad, logrando que ella logrando que ella se sacuda al ritmo de tus estocadas. Gime, y gime mientras más duro y más rápido le des. Exclama cada vez que te acercas demasiado o que sacas tu pene un poco y lo vuelves a empujar.

Ay, no tan fuerte —dice, aun así, gimiendo de placer— así me llega muy adentro.

¿Te duele? —rompes el personaje, deteniéndote y sacando un poco tu pene.

De repente, ella reacciona, libera sus piernas y las envuelve en tu cintura.

No me lo sabes, mi amor.

Y con un solo movimiento, te vuelve a meter sin preguntarte. Al sentirte adentro, deja escapar otro gemido, y una expresión de plenitud en su rostro.

Muévete... —te suplica, al notar que no haces más nada.

Como puedes, comienzas a moverte lentamente, pero a ella no parece gustarle eso.

Más rápido. Métemelo más rápido.

No te queda de otra más que obedecerla, por lo que, sin poder salirte, empiezas a mover tus caderas con mayor velocidad. Desde tu punto de vista, ver cómo sus pechos se mueven por tus embestidas, sentir sus piernas alrededor de tu cintura y ver su cara lasciva y llena de placer, son lo que constituyen la mejor parte del sexo después de sentir como su vagina es asimilada por tu pene.

Pero esa posición no te muestra lo que quieres ver hoy. Así que lo sacas. Ella se rehúsa, apretando sus piernas incluso para que no lo hagas, pero como puedes logras salirte y escapar de sus ataduras.

Date la vuelta —le dices, levantándola de nuevo por la cintura y dándole la vuelta tu misma antes de que haga algo.

Ella hace el resto. Se pone de rodillas y, entendiendo lo que quieres, levanta el culo para que se lo vuelvas a meter.

¿Así? —te pregunta con una voz muy seductora.

Te estanca lo que ves.

Sus nalgas abiertas, su ano al aire, su vagina goteando por ti. Bajas la mirada y te encuentras en el pene los fluidos de las veces que ha acabado. Te encanta saber que la haces llegar más de una vez.

¿Me lo vas a meter o no? —te dice ella, sacudiendo sutilmente el trasero de un lado a otro, invitándote a que la penetres.

Te encanta lo insaciable que puede llegar a ser algunas veces.

Ahí voy —le dices, cogiéndole las nalgas con ambas manos y empujándola hacia tu pene.

Ella grita de placer, en un sonido largo y alto que te demuestra que le encanta.

Sí... es tan grande... lo amo —dice.

Lo mueves lentamente porque sabes que de esa forma también le duele que se lo metas muy duro, pero, sentir como te aprieta, como sus nalgas se mueven y la forma en que arquea la espalda tan seductora y sensualmente sientes que por lo menos debes aumentar un poco el ritmo.

¿Te gusta así? —preguntas, moviéndote lento.

Me encanta —responde, lasciva.

¿Y así? —dices, aumentándolo.

Sí —dice más fuerte.

¿Y así? —vas más rápido, más profundo y más fuerte.

¡Sí!

¿Te encanta? —preguntas, aumentándolo aún más.

¡Sí! ¡Dame! ¡Dame más! —grita, comenzándose a mover por su sola para que sea aún mejor.

Como ves que le encanta, la dejas tomar el control, y solamente te concentras en darle nalgadas, jugar con sus nalgas y verla moverse tan sensualmente.

Ella gime cada una de las palabras que conoce que pueden ser dichas durante el sexo, sacudiendo su ser alrededor de tu pene y aferrándose a él como si no hubiera mañana. Tú la tomas por el cabello, sintiéndote cada vez mejor. Sabes que estás a punto de acabar, siempre lo haces cuando ella es quien se mueve.

Te encanta que se mueva sola porque se siente mejor. Tu pene pide a gritos que dejes escapar todo lo que tienes. El hormigueo te sube desde el vientre hasta el cerebro; estás a punto de acabar.

Y, con la mano sobre su cintura y el corazón palpítandote a millón, descargas todo tu semen sobre su espalda hasta que no te queda más y caes a su lado. La mente en blanco, el cuerpo débil. Le habías advertido que no tenías fuerzas para eso y ahora hete aquí, tendido como un trapo desgastado sin manera de poder levantarte.

¿Te gustó? —pregunta Paula, quien se acomoda suavemente cerca de tu pecho.

Me encantó —respondes jadeando.

Pareces cansado —bromea.

¡Te dije que estaba débil! —tratas de gritar, pero solo te salen unas palabras medianamente audibles.

Cierras los ojos y te dejas perder en el inconfundible mundo del sueño. Tu cuerpo sin energías, se suspende a sí mismo permitiéndote flotar sobre una nube. Los masajes de Paula suelen llevarte a este lugar imperturbable en donde nada importa, pero, esta vez, parece sentirlo mejor.

Inconsciente, tus ideas se van ordenando una tras otra; esas que has repetido más en las últimas horas. Recreándose una tras otra sin cesar en un ciclo incesante. Curiosamente tiene que ver con el caso. Logras verlo con otros ojos, aspirando a diferentes metas, con diferentes propósitos, lo que te invita a entenderlo de otra manera.

Lo bueno es que recuperaste energía. Por un momento sentiste que estabas en un lugar pacífico en donde nada te molestaba, en donde estos crímenes, mafias, personas aterrorizadas y asesino suelto no existen. Desgraciadamente, en lo que abres los ojos, sin Paula a tu lado, regresas a la realidad.

Dejas escapar un suspiro decepcionado porque estás consciente de que debes levantarte para ir a trabajar. La vida sigue, y tienes un caso que resolver.

Capítulo 8: El sumario de las sospechas

La idea de que un asesino preparado para matar de cualquier manera sin importar la razón, esté bajo el mando de una poco fiable organización criminal, es una que no te termina de cerrar. Y es que su trabajo es solamente enviar un mensaje ¿Para qué molestarse en hacer todo lo demás que no tiene que ver con un corte en el cuello y una marca en el pecho? Pensándolo bien, el adorno termina siendo todo lo demás menos esas dos específicas marcas.

Con todo y eso, esta vez te lo estás guardando; no quieres que nadie sepa lo que tú sabes. ¿Por qué? Por si lo has olvidado, asuntos internos no puede saber que sospechas de alguien adentro de la jefatura; ya tienes suficiente con tenerlos sobre el cuello desde el ataque y, con respecto al departamento de crimen organizado, sabes muy bien que ellos no pueden saber que hay un caso que debería competirles.

Compañero, amigo, personal de limpieza, el pasante que siempre ves, especialista o asistente... cualquiera podría ser el culpable. Si otra persona aparte de ti se entera de eso (ya has logrado convencer a Carl de que lo que le dijiste fue un episodio depresivo y que no crees en verdad en esa hipótesis), podría no solo espantar al topo, sino que conseguiría que más personas se entrometan en este caso. Pero eso lo sabes muy bien ¿Verdad?

Hasta ahora, lo que todos conocen (prensa, compañeros de trabajo... todos menos Carl) no es más que eso. Lo del crimen organizado está guardado en tu escritorio bajo llave. Ni siquiera Paula sabe lo que piensas.

Eso es lo que te trae hasta acá. Frente a un escrúpulo cuidadoso que se eleva y decrece mientras más piensas en ella, en él, en ellos. Todo ser humano es un sospechoso potencial; todos menos tú, porque es lo único que te consta.

Carl, sabe mucho del caso; podría haberse tomado la molestia de asesinar a tu padre para crear una distracción, hacer las marcas lo mejor que pudo y deshacerse de Santiago para que creas que él estaba mintiendo con respecto a no saber nada de lo que pasó en el hospital. Aunque, incluso si es un policía corrupto ¿Para qué molestarse en hacer todo eso?

Incluso Dan podría ser parte de este acertijo. Su misterio ante la situación de las muertes, la forma en que te dijo lo que querías saber pensando que no te serviría, porque, de una forma u otra, estaba confiado de que nadie delataría lo que estaba sucediendo ahí, te hace pensar en él. Aunque, también es un comportamiento infantil que rivaliza con una manera casi perfecta de matar. Eso es lo único que te hace dudar de esa teoría.

¿Y la muerte de tu padre? ¿Eso lo convierte en un sospechoso? Como dijo Carl en el calor del momento «¿No sería esa una razón para que lo mataran?», pero, de ser así ¿Por qué habría de serlo? Era obvio que tu padre no podía ser el asesino, pero sí, uno de sus informantes. Su poder sobre la jefatura le daba control completo sobre los casos relacionados con asesinatos. Tal vez, y solo tal vez, pudo haber estado ocultando casi a la perfección todo lo que habían estado haciendo en el bajo mundo, permitiéndoles expandir su dominio. Hasta que murió Antonio.

Desde él, es que las muertes han sido «obvias».

¿En quién más puedes desconfiar?

Santiago ya está muerto, el tercer cómplice murió envenenado sin ningún motivo en el hospital así que no puedes sospechar de él, aparte que ya confirmaste que tiene conexiones de dinero con los otros dos hermanos, y que si no hubiera fallecido hubieras sospechado casi de inmediato de

él.

La investigación se estanca. Y, pensando en el asesinato del hospital, te traslada inconscientemente hasta el callejón. En ese punto, recuerdas que antes de que comenzaras a golpearlo (e incluso después), intentó hablarte. ¿Qué habrá querido decirte? Puede que no haya querido excusarse, sino otra cosa. Es curioso que hasta después de golpearlo y demostrarle que no tienes razón para hablar, intentara razonar. Seguro conocía a su asesino.

Si tan solo le hubieras escuchado, si tan solo... Paula no hubiese gritado.

De improvisto, tal cual un golpe inesperado, regresa a ti una sospecha que creías enterrada en lo más profundo de tu memoria. ¿Qué tal si Paula...? Te quedas viendo fijamente la pizarra, sin apartar la mirada.

No pasa mucho tiempo antes de que descartes de nuevo aquella idea ya que: «¿Qué va a estar haciendo ella con unos mafiosos?» Sí, eso explicaría qué hacía en el callejón, pero, nada más eso. Sacudes tu cabeza y sigues con tus otras dudas.

¿Ahora qué? —te preguntas, una vez que has acabado de colocar los detalles en la pizarra de corcho que has colgado en la pared de tu estudio.

Intentas ser lo más tradicional posible. Cuando consigues materializar tus ideas en objetos a los que puedas acceder de forma sencilla, sientes que estás logrando algo; eso te enorgullece; enaltece tu alma y te procura bien. Casi no tienes problemas. Aunque, hay ciertos dolores que arrastras todavía contigo.

No olvidas del todo a Tris, que, aunque has logrado apartarla un poco al reasignar ese mismo dolor en el ímpetu que requiere sostener este caso, aun te pesa su muerte. Una estrategia que te cuesta cada día la cordura. Cierras el puño derecho para luego levantar el brazo y contemplar uno de tus otros problemas. Justo ahora piensas que cada vez está mejor; eso es bueno, no sabes en qué momento tendrás que usarla. Sí, aún te cuesta mantener el cañón en la mira, pero por lo menos no vas a disparar tres metros en dirección contraria.

La seguridad es lo primero.

Te apartas un poco, aprovechando que tienes la casa para ti solo y no quitas la mirada de esa sutil pizarra. Tienes una en la oficina, pero recelas cierta información que justo ahora necesitas ver en el tablero. Antonio, Kyle, el tercer cómplice y tu padre. Todos asesinados bajo el mismo concepto.

Debajo de todo eso (aunque piensas que deberías colocarla arriba), tienes la fotografía del chico que te advirtió lo que sucedía en el vecindario. Información crucial para el caso. ¿Ya sabes qué vas a hacer? No, así que decides dejarlo ahí; después de todo, solamente lo acompaña un pie de foto que dice: organización criminal.

Diferentes fotografías de las heridas hechas en el cuello y el pecho de cada víctima, junto con un signo de interrogación. Sabes que es un mensaje; es obvio, no cabe duda. Incluso podrías decir que sabes para quienes van dirigidos.

Siempre sucede —recuerdas vagamente la voz del chico que te contó de ello.

Sí, siempre sucede, así que es un mensaje repetido. Todos saben qué significa y por esa misma razón evitan todo lo relacionado con ello. ¡Se lavan las manos! Sin embargo, es eso lo que te preocupa más: ¿Por qué a penas ahora se están viendo las muertes, si supuestamente son cosas que «siempre pasan»? Fijas tu mirada en las heridas de los cuatro cadáveres esperando encontrar la respuesta al enterrarle las pupilas.

«¿Qué tienen estos asesinatos que no tengan el resto de ellos?», piensas. Todos han sido un mensaje de terror, una advertencia: «Pásense de listo con nosotros y lo lamentaras», más claro,

imposible; bueno, por lo menos los tres primeros. El asesinato en la jefatura y lo que intentaron hacer con tu padre, te parece que no sirve mucho ya que el mensaje no es muy claro.

Tal vez te tienen miedo e intentan enviarte un mensaje a ti —flota en tu cabeza la voz de Carl queriendo dar su opinión.

El problema con esa idea es que, para que quieran enviarte un mensaje, primero tienes que presentar una amenaza y, con lo poco que sabes y lejos que estás, no tiene para nada sentido.

¿Entonces qué? —preguntas, enfocándote en la marca del pecho de tu padre.

Qué nada más esa es diferente a las otras tres, sea porque las hicieron de manera apresurada o no; es un trabajo descuidado, poco profesional y no sirve como mensaje. ¿Por qué tomarse la molestia de asesinar a tu padre si tú eres el problema? (Si es que es ese el caso). ¿Por qué simplemente no asesinarte a ti? ¿Para qué tomarse la molestia de fingir un ataque como distracción?

Es un método ridículo para un asesino que logró matar en un hospital concurrido sin que se dieran cuenta. Incluso si se tratara de otro matón de la mafia, ese escándalo que hicieron resulta, incluso, muy extraño para personas que no quieren que se sepa de su existencia.

Y ahí piensas: el golpe en el cuello y la cortada que lo oculta, la llamada a los novecientos once antes del asesinato, y el envenenamiento innecesario junto con el bisturí en la mesa. Si lo piensas bien, son errores llamativos.

Tomando de nuevo en cuenta lo que dijo el chico de que «siempre sucede» ... y, si siempre sucede y la policía no se ha dado cuenta o ha dado con los criminales, es por algo.

Sí, puede que el topo y todo eso, aunque esa idea no te termina de cerrar tampoco. Aparte del asesinato de tu padre, todos los demás han tenido detalles que intencionalmente te han hecho hacerte una pregunta.

Ninguna útil, pero sí una pregunta.

Sin embargo, está el otro punto: ¿Por qué la necesidad de hacerlo obvio tan de repente? A pesar de ser un trabajo muy cuidado, parece que son más un error que una forma de hacerlo. Pero ¿Qué tal si el error en sí es que se note?

Te duele la cabeza, la noche se acerca y tu cita con Paula está a punto de comenzar. Es la primera vez que sales desde la muerte de tu padre, sientes que estás listo, y aun te cuesta dejar de pensar en el asesino. Pero es que... sencillamente no puedes olvidarlo cuando eres capaz de sentir su respiración en tu cuello, alertándote de su presencia, diciéndote a gritos que voltees para que lo mires, lo juzgues y lo detengas.

Y piensas: «¿Serán errores en verdad?»

Antes de que puedas responder a esa pregunta, tu móvil suena. Desconecta por completo todos tus pensamientos, llevándote incluso a sentir fuera de lugar tras estar parado por más de una hora en frente de una tonta pizarra. Tenías que vestirte para salir, ¿Qué demonios estabas haciendo?

Respondes a tu llamada y le dices a Paula que ya estás saliendo; aun te falta terminar de vestirte. Y, olvidando casi de inmediato qué estabas haciendo segundos atrás, comienzas a hacer lo que debiste empezar hace rato.

Capítulo 9: En el nombre del asesino

Estás frente a su casa, esperando a que los refuerzos lleguen. Te preguntas cómo pudo haber sucedido todo esto, y, de entre todas las personas, a ti. Sientes todavía su respiración rozándote el cuello como un recuerdo vivido del que no te puedes despegar porque eres muy idiota como para haberlo visto antes.

¡Cómo carajo pasó todo!

¿Habrá sido por eso que te pidió que le visitaras hoy? Aunque, de entre todos los días ¿Por qué tuvo que ser hoy? Si tan solo hubieras dicho que no; estarías en tu casa con Paula. Eso es lo que debió haber pasado hoy, eso fue lo que tuviste que haber hecho. La confianza da asco.

Además ¿Para qué están los teléfonos celulares? Es decir, no es la primera vez que te llama para decirte las cosas ¿Era necesario que te avisara? Una noticia mala pudo haber esperado. Pero, ¿Qué te sucede? ¿Acaso no es eso lo que querías: saber quién era el topo y quién el asesino? Ahora lo sabes, ¿Y no puedes tolerar la verdad?

Vaya detective de policía que resultaste ser. Lo peor es que tú mismo lo habías sospechado. En fin... de todos modos ¿A dónde se habrá ido? No tardaste mucho en salir corriendo por ayuda como un estúpido antes de recordar que tu maldito trabajo es procesar a los criminales, no huir de ellos; y regresar. ¿Tanto tiempo le diste para escapar?

Detective —dice el oficial al que le encargaste la tarea de investigar si ya podías pasar a la escena del crimen.

¿Qué? —respondes grosero, incapaz de tolerar que te hayan interrumpido.

Ya está todo listo para que pase.

Pero ¿Acaso tú lo estás?

* * *

Sin compañero, sin caso, sin nada.

Estás atrapado en un círculo vicioso cuya moraleja es: no confíes en nada ni nadie. ¿Qué carajos fue lo que paso entonces? La imagen de Paula con Carl te parece la cosa más increíble e improbable. El dinero bajo el colchón de tu compañero, el desastre en su departamento evidencia de una pelea, ella rompiéndole el cuello a él, justo cuando apareces en frente de la puerta. Por otro lado, dentro de las tantas evidencias, recolectaron un molde de metal que se asemeja a los cortadores de donas con el que hacía las marcas en el pecho de sus víctimas y un cuchillo lo suficientemente afilado como para lacerar el cuello sin mucho esfuerzo; todo eso encontrado en la casa de Paula... aquella mafia, empezaba a acorralarte, meterse cada vez más en tu vida y destruirla pedazo por pedazo.

Primero tu cordura, tu padre y ahora el único amigo que tenías y la única persona que sientes que realmente has amado. La necesidad de venganza que una vez sentiste, aumentó considerablemente.

El topo y la asesina en el mismo lugar. Su nombre ya no te parecía tan tierno.

Cierran el caso de los asesinatos y abren el del crimen organizado. Te ves obligado a ceder lo poco que tienes sin espacio a quejas y te suspende por no haber revelado información competente al respecto, una cosa que simplemente pudieron evitar sacándote de la investigación. Por desgracia, tuviste que tomar las decisiones que tomaste.

Y pese a que no puedes opinar ni hacer nada; nunca te has sentido tan inútil como ahora. La casa de Paula está siendo custodiada por la policía, evitando que regrese, aunque no crees que lo haga de todos modos; no la has visto desde que desapareció aquel día.

Incapaz de hacerle preguntas, te hayas perdido.

Y, lo que más te molesta, es que nada de lo que pasó tiene sentido para ti. Intentas decírselo a los que ahora manejan el caso; explicarles que los asesinatos no son tan simples como parecen, que deberían estar buscando más a fondo, no quedarse con lo primero que vean. Pero, te responden con soberbia:

Son mafiosos, ellos no piensan en detalles. Solamente quieren saldar sus cuentas y ya.

En poco tiempo, más oficiales y agencias relacionadas con el lavado de dinero, mafias y demás, se involucran en el caso. Ellos no son los que deberían estar atendiendo eso. Sin embargo, sabes que eso era lo correcto; una vez que se salió de tu jurisdicción, debiste haberlo entregado. Aunque, en conjunto, se las arreglaron para frustrar tu deseo de venganza; mientras más lejos estés de todo eso, más difícil se te hará hacerlos pagar a todos.

La idea de que Paula sea la persona que estabas buscando, te desconcierta aún más. Le fracturó el brazo y asesinó de un golpe al cuello a un hombre medio metro más alto, que sabía pelear. Luego, sometió a otro, casi con las mismas características, con sus propias manos y acabó con él sin ningún problema; acto seguido, se infiltra en un hospital sin que la vean y, envenenando deliberadamente a un hombre que la redujo con un solo golpe (aunque, supones que eso pudo ser una simple pantalla para engañarte) y, termina con su vida.

Lo que intentas decir es que no es una persona cualquiera y de eso no te cabe duda. Ahora, su cuerpo definido no parece la de una atleta sino el de un arma letal.

A pesar de todo, sigues sin encontrar ese detalle que se te ha escapado durante tanto tiempo; las muertes repentinamente obvias de la noche a la mañana, el estar contigo sabiendo que la buscabas y el atentado contra la jefatura que se cobró la vida de tu padre; simplemente resulta ilógico. Y eso es lo que quieres preguntarle.

Sabiendo ahora que Carl fue el topo todo este tiempo, te hace suponer que él tuvo algo que ver con ese atentado, que ayudó a Paula a entrar a la habitación del hospital y que le daba información del caso. No estás seguro, pero lo más probable es que también se conocieran, demostrando así, que son actores maravillosos. Tu odio solamente consigue crecer más y más.

Por otro lado, no has ido a tu departamento todavía porque te da pavor regresar al lugar en donde compartiste todos los días con ella y que, al mismo tiempo, te obliga a suponer que estar ahí significa estar expuesto al peligro, ya que te preocupa que vaya a regresar y asesinarte para eliminar los cabos sueltos.

Una idea ridícula que descartas de inmediato porque ¿Qué cabos sueltos va a eliminar si ya todos saben quién es?

Los días vuelven a pasar y no hay noticias de Paula por ningún lado. Tú, por tu parte, continuas tu investigación sin que los demás se den cuenta. Enciendes tu coche y vas hasta el vecindario, sin miedo a nada, esperando encontrar algo que te sirva. Ella debería estar por aquí, después de todo, este fue el lugar en donde todo empezó.

Manejas con cuidado, y te detienes tantas calles atrás que para cuando llegas a la tercera avenida, ya te duelen los pies. No importa, lo que sea por parecer normal. Vas estudiando cuidadosamente cada uno de los rostros que te consigues: persona por persona. Sin la presencia exagerada de Carl, encuentras sencillito camuflarte entre todos esos civiles; además ya, no tienes ningún tipo de autoridad de la cual presumir.

No puedes hacer preguntas, así que te resignas con evaluar en silencio y desde la calle de enfrente a quien sea que te parezca sospechosos al mismo tiempo que te entretienes evitando a los oficiales que intentan mezclarse cuando en realidad están siendo lo más obvio posible.

Una actividad entretenida, pero a la vez infructífera.

Pasada cierta cantidad de horas, cuando ya sientes que no estás a punto de encontrar nada, que los pies te duelen demasiado, que recuerdas la molestia de la mano y buscas el huevo que te regaló Paula en el bolsillo de tu chaqueta. ¡Justo cuando te vas a rendir! Aparece ella.

Se te para el corazón de golpe, estar tan cerca y no ser capaz de reaccionar; ella te logra sacar el aire de los pulmones sin mucho esfuerzo. Tratas de no generar ningún ruido ni movimiento en falso por temor a que te vea también, pese a que estás realmente lejos de ella.

Ves que está entrando a un callejón vestida con una gabardina que se le ajustaba bien al cuerpo. Camina con apremio, viendo a los lados cuidadosamente; casi ni se nota que está intentando hacer algo. De inmediato, te aproximas a la pared que tienes a tu derecha y tratas de ocultarte en uno de los arbustos que decoran la entrada de una tienda.

Intentas no apartarle la vista, hasta que se pierde en el callejón.

Te regresas unos cuantos pasos; sabes que el callejón que tienes atrás se conecta más adelante con ese, así que puedes acercarte sin ser demasiado obvio.

Aceleras el paso para ir lo más rápido posible y así no tenga tiempo de escaparse. Las preguntas corrían en tu cabeza tan rápido como tú por la calle, luego cruzando al callejón y después a través de él hasta la conexión de ambos. Fantaseas que, al verla, le vas a hacer demasiadas preguntas. Desde: el por qué no te había contado nada de eso desde antes, los asesinatos, los detalles que dejaba, el asesinar a Carl en su propia casa; hasta: para qué intimar contigo sabiendo que era una criminal.

No sabes si la odias; quieres odiarla, aunque se te hace difícil. Sabes lo que hizo, de lo que es capaz y todo lo que ocasionó el que comenzara a matar personas... quieres hacerla pagar, hacer pagar a la mafia para la que trabaja y a todos y cada uno de los involucrados en ese maldito mundo ¡Pero te cuesta todavía odiarla!

Estar tan cerca de ella te sigue afectando. Ahora, no sabes si lo que sientes es rencor, amor o una confusa combinación de ambos. Quieres enfrentarla y acabar con esto, pero, todo eso se borra cuando logras escuchar un grito ahogado, un tanto plano y que se calla en cuestión de segundos.

Mierda —susurras, asustado, al suponer que se trata de otra persona.

Inclinado, te acercas lentamente a la pared a tu izquierda para poder asomarte sin ser visto. En lo que sacas un poco tu cabeza, la encuentras.

En medio de ese callejón hay una puerta; esa puerta da a la entrada trasera de un edificio; ese edificio se nota un tanto macabro y solitario a pesar de estar iluminado por la luz del medio día y, en frente de todo eso, está ella sometiendo a otro tipo con unos muy letales golpes. En nada de tiempo lo deja caer al suelo sin vida ya que supones que logró matarlo. Estás seguro que adentro de ese lugar debe haber algo relacionado con todo tu caso.

No sabes qué está pasando y no tienes tu arma para acercarte y averiguarlo. Otro grito suena. De hecho, varias personas comienzan a gritar, hasta que logras entender una de esas voces.

Detenla, rápido.

Se nota desesperado, corriendo un maratón por su vida que rápidamente acaba cuando sale rodando por la puerta. En lo que intenta levantarse, dice algo.

Estás muerta —vacila, confiado de que tiene razón—, tú...

Y suena una tarjeta de crédito cayendo al suelo. Plano, un tanto lejano y con un corto eco;

dispara el arma con supresor. Reconoces el sonido prácticamente de inmediato, lo que te toma por sorpresa. La bala entró en su cráneo, acabando con su vida en segundos.

Una muerte fría y sin contemplaciones.

Y, en ese momento, ves a Paula saliendo de la puerta mientras que aun sostiene el arma con una muy buena técnica, manteniendo la guardia. Se acerca al hombre que está tendido en el suelo y, levantando la mirada para ver a su alrededor (cosa que te obliga a esconderte detrás de la pared) de nuevo, escuchas lo que se asemeja a una tarjeta de crédito cayendo al suelo, dos veces más. Otra vez te toma por sorpresa. Decides esperar unos segundos para asomarte esperando que no te vea y evitar perderle el rastro.

Ves con cuidado, y la encuentras de espalda, guardándose el arma dentro de la gabardina. Tienes una oportunidad. Comienzas a seguirla de nuevo y, justo cuando pasas por al lado de la puerta, le das un rápido vistazo al interior. Cuentas tres muertos en el suelo y sangre por todos lados.

Diablos —se te escapa por la boca.

Pero no tienes tiempo para admirar la forma en que ejecuta personas sin dolor. Tratas de ocultarte detrás de las paredes para que no se note que la estás siguiendo, de todos modos, eres demasiado obvio para tu gusto, aunque, por fortuna, ella no te ha visto. Paula, camina como si no hubiera matado a unas cuantas personas segundos atrás, lo que te da cierto escalofrío.

De nuevo, la ves entrando a otro callejón unas cuantas cuadras más adelante. Esta vez, no te permites seguirla porque aquel no tiene salida, así que la observas desde un arbusto tratando de ser lo menos obvio posible. Al cabo de unos minutos, la vuelves a ver saliendo, un poco sudada y despeinada, evaluando la zona y retomando su camino. Te parece raro que esté yendo de un lugar a otro de esa forma, lo que te hace suponer que está buscando algo.

Te apresuras al cruzar la calle y miras al interior de aquel callejón para ver si te encuentras algo. Difícilmente, logras ver los pies de alguien en el suelo: mató de nuevo. Te sorprende lo rápida y ágil que es para hacerlo, tomando en cuenta lo pequeña que es.

Y de los callejones pasa a pequeños locales, bares, barberías, restaurantes. Ella entra, tarda un poco y vuelve a salir. Cada vez que lo hace, la notas despeinada y golpeada. Cuando logras pasar en frente de estos, tratas de ver adentro de las tiendas y te encuentras con un rastro de cuerpos tendidos en el suelo; señales de lucha, sangre por todos lados y nadie vivo que sirva de testigo. Es curioso cómo el resto de personas en la calle siguen con su vida mientras que una mujer de un metro sesenta y seis, anda libre causando una masacre.

Lo que más te sorprende es que ella siga viva después de todo eso.

Logras alcanzarla unas cuantas calles más adelante y ves como entra a un salón de belleza. Al igual que en las últimas paradas, esperas que entre, cause un alboroto que muchos ignoraran y salga como si nada. Pero, esta vez, tarda un poco más. Miras el reloj y te das cuenta que han pasado treinta minutos, ya debería ser tiempo para que salga.

Cero señales de ella.

Sin saber qué hacer, sientes que deberías actuar, acercarte y ver qué está sucediendo, pero, temes por tu vida. Sin arma, sin conocimiento alguno de lo que te estás enfrentando y con una asesina a sueldo sin control; justo ahora todo es sumamente peligroso.

Sigue sin salir.

Te acercas un poco más con la intención de escuchar algún alboroto, pese a que no te imaginas que puede estar haciendo. Fuera de ese lugar, todo parece estar marchando de maravilla: las personas caminan, los coches van de un lado a otro sin problema, las tiendas siguen trabajando y

el resto del mundo dando vueltas. Ahora, comienza a preocuparte un poco lo que pudo haberle sucedido a Paula.

No sabes qué tan buena es en lo que hace, pero, estás seguro de que siempre hay alguien mejor para darte pelea. Comienzas a preguntarte si está viva, muerta, en peligro de morir o la han capturado y la están torturando justo ahora para que hable. Ya a este punto de tu persecución, asumes que todas las personas que está matando son parte de la mafia para la que trabaja (¿o trabajaba?), todos son potencialmente peligrosos y que ya saben lo que está haciendo. De hecho, es curioso la cantidad de negocios que tienen en su haber porque ya llevas una hora siguiéndola.

Todavía nada.

La tensión comienza a aumentar cuando han pasado cuarenta minutos y Paula aun no sale. Temes por su seguridad pese a que aún la odias por mentirte y ser una asesina. Al principio del día, te costaba verla como tal: despiadada, de sangre fría, letal; malvada. Pero ahora, ves todo eso a excepción de una cosa.

Cada vez que la veías saliendo de un punto rojo a otro, encontrabas en su mirada una mujer preocupada, con un propósito. Se notaba cansada de todo esto, de las muertes, de tener que seguir caminando al siguiente lugar para hacer lo mismo que en el anterior. Simpatizas con ella y no sabes por qué.

No va a salir.

Inquieto, dejas tu escondite y corres hasta el salón de belleza; sin arma, sin protección ni ganas de pedir refuerzos. Te adentras al lugar con cuidado, pero alerta. Temes encontrarte el cuerpo de Paula en el suelo y no haber podido decirle nada, preguntado lo que quieres o confesado lo que sientes.

Esa mera imagen te hace temblar.

El lobby está todo desordenado. Vidrios rotos, adornos en el suelo, sillas volteadas, varios hoyos en la pared del tamaño de una cabeza humana y cuatro cuerpos sin vida en el suelo, los cuales inspeccionas rápidamente para ver si no es ella. Te aterra lo que puedas encontrarte más adentro. Pasas un umbral cuya puerta es una cortina roja, la cual da a una escalera lo suficientemente empinada para suponer que va al ático de aquel lugar.

Subes lentamente la escalera, atento a cualquier sonido plano y ahogado del arma de Paula. Esa es la única cosa que te puede advertir que aún sigue viva. Tal vez el lugar es más grande de lo que parece y por eso se está tardando tanto. Sin embargo, no escuchas nada.

Sigues subiendo hasta que llegas a la cima en donde se ve una gran sala, varios pasillos y muchas puertas. Te preguntas qué es este lugar ya que parece un hotel. Evalúas el entorno: cortinas rojas, alfombras enormes, sillones para esperar. Una iluminación tenue, un perfume dulce y una sutilmente suave, pero evidente, música de fondo que te recuerda a un elevador elegante.

Cuentas unos doce cuerpos en el suelo, esparcidos en lo largo y ancho de aquel lugar, junto a un gran desastre en los alrededores. Es una locura, ninguno es el de Paula.

Aun no logras entender de qué se trata todo eso, pero no deja de parecerte muy peligroso. En el medio de todo eso, hay un pasillo aún más amplio que los anteriores, que termina en una gran puerta doble. Te da la impresión de que es un lugar importante. Caminas con cuidado, evaluando cada rincón que puedes, abriendo con cuidado las puertas en tu camino. Todas son habitaciones con camas de diferentes tamaños, decoradas de la forma más sencilla posible, pero sin dejar de lado ese mismo tema medianamente elegante del exterior. Desde la calle, no te imaginarías que hay algo así aquí.

Cuando llegas a la puerta, sientes que el corazón se te va a salir por la boca. Incapaz de

descifrar que encontrarás ahí, te terminas de acercar con sumo cuidado a una de las dos puertas esperando que aparezca alguien corriendo y te ataque de frente. Colocas la mano en el picaporte y lentamente lo vas abriendo, con los ojos entre cerrados y preparado para lo que sea, menos para encontrarte con Paula.

Pero no sucede nada.

La habitación está completamente vacía, como si hubieras sido tú el primero en entrar a ella. Y en efecto, lo eres. Le das una rápida ojeada al lugar antes de que te des la vuelta y regreses por donde llegaste preparándote para subir al siguiente piso

Te duele y todo desaparece.

* * *

Despierta —escuchas que te hablan a lo lejos.

Tratas de hacer memoria de lo que sucedió, pero solamente recuerdas un sonido muy fuerte y un ligero toque en la cara dónde ahora te duele como mil demonios.

¿Ya?

Tratas de llevarte las manos al rostro, pero, en lo que lo intentas, te das cuenta que no la puedes mover. Luego tratas de levantarte y tampoco. Estás atado. Ya sabes qué está pasando. Así que sacudes tu cabeza porque así crees que enfocarás tus ojos y te preparas para ver a tu captor.

Alan... ¿Ya me escuchas?

De inmediato, el corazón te comienza a latir con más fuerza y te emociona descubrir dos de tres cosas: Paula está viva, por fin la ves después de varios días.

Y la tercera que no te hace muy feliz: Paula está viva después de todo, aunque no te debería importar porque no la has visto desde hace mucho tiempo y ahora resulta que te tiene atado a una silla.

Ciertamente muy larga.

Paula... —dices.

¿Qué haces aquí? —pregunta directa.

Aun te cuesta reaccionar.

¿Por qué estoy atado?

Responde mi pregunta: ¿Por qué estás aquí?

Debería saber la respuesta a esa pregunta.

Sabes por qué.

No... Alan, no lo sé. Y por eso te estoy preguntando.

Tus ojos se adaptan a la luz y dejas de ver borroso. Cuando por fin la notas, te das cuenta que tiene varios golpes en el rostro, el labio roto, tal vez sangre suya o de alguien en la gabardina y un arma en la mano. Respiras profundo, resignándote.

Te estaba siguiendo.

¿Para qué?

Porque quería hablar contigo —le confiesas.

De repente, recuerdas que no deberías estar sintiéndote mal, que no le debes respuestas a ella cuando no has hecho nada malo.

¡Ey! —exclamas— Tú no eres la que debería estar haciendo las preguntas.

Paula, levanta su brazo para ver la hora.

No tengo tiempo para esto. Si quieres hablar, podemos hacerlo después.

No, no me vas a dejar aquí —exclamas—, no después de todo lo que hiciste.

Paula, deja escapar un suspiro, agresivamente resignada. Viéndola de esta forma, te das cuenta que la mujer que conociste no es la misma. ¿Cuál de las dos es la real?

Lo siento mucho, pero debo irme.

Se da la vuelta con la intención de marcharse.

¡No! ¡Claro que no! ¡No te puedes ir sin darme una explicación!

¿Qué quieres, Alan? No tengo mucho tiempo. Tengo que ir al siguiente punto antes de que todos desaparezcan.

¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estas matando a toda esta gente? —quieres respuestas.

Estoy eliminándolos a todos, Alan, por si no te has dado cuenta. ¿Acaso no es obvio? — responde con desganas y apremio.

¿Quiénes son estas personas? ¿Por qué las estás matando?

Paula mira alrededor del suelo y tú haces lo mismo. Ahora que te das cuenta, estás sentado alrededor de varios cadáveres.

Mierda...

Por poco te matan —te confiesa—, no puedes simplemente seguirme. No es prudente.

Ahora es que te das cuenta que estás en una especie de sótano.

¿En dónde estamos? —preguntas asustado.

En el sótano del salón de belleza.

¡Joder! ¡Este lugar es enorme! —exclamas, saliéndote de contexto.

Paula te mira extrañada.

¿Ya puedo irme? —pregunta, esperando a tu siguiente interrogante.

No —respondes por reflejo—, no... no puedes irte aún, mucho menos dejándome aquí.

Paula, te tuerce los ojos como si no pudiera lidiar contigo para luego decirte que no estás realmente atado.

Mueve tus muñecas un poco más —dice— debería de servir.

Cuando logras salirte de tus ataduras, todo eso mientras que Paula se te queda viendo en silencio, te levantas y le dices a los ojos:

Tenemos que hablar, Paula. Esto no se puede quedar así.

Viendo que ya estás libre, Paula se guarda el arma en un estuche en su cintura y se da la vuelta.

No tenemos nada de qué hablar, por lo menos no ahora, ni aquí.

Te apresuras para tomarla por el brazo, antes de recordar que no es una buena idea. En lo que se gira, cierras los ojos esperando alguna especie de ataque que te hará perder de nuevo la conciencia. Pero lo que hace es quejarse del dolor, girarse y mirarte sin pena.

En este punto de tu vida te sientes indefenso.

¿Qué?

Le sueltas.

¿Entonces en dónde y cuándo? —preguntas, dócil, pero manteniendo tu postura.

Paula te mira acabada, con los ojos cansados y los hombros caídos. Respira profundo y demuestra un aire de resignación y desinterés. De repente, levanta de nuevo el brazo y ve la hora. Hace una pausa misteriosa, cierra los ojos para hablar consigo misma hasta que agrega:

Está bien.

Capítulo 10: Razones

Pensé en decirte que te detuvieras esa noche —comienza a decir ella— pero luego lo reconsideré y comencé a analizar muy bien lo que acababas de ver. No es como que pudiera simplemente pedirte que me entendieras y perdonaras cuando difícilmente había sido del todo sincera contigo... Oh, por favor, no me veas con esa cara... ya bien jodida estoy como para tener que lidiar también con eso.

Lo siento, lo siento ¿Sí? No es mi culpa.

Lo sé, pero... ¡Ah! Olvídalo.

Sacude ligeramente su cabeza.

¿Decías?... —intentas ser lo más crudo posible, demostrar esa parte de ti que debería odiarla... debería.

Sé que no puedo simplemente decirte qué hacer o cómo tratarme luego de todo esto por lo que te he hecho pasar.

Yo solamente quiero respuestas, Paula. —La interrumpes—. No estamos aquí porque tenga otra opción; lo estamos porque solamente puedo hablar contigo. No te puedo arrestar, mucho menos me puedo enfrentar a ti —señalas su arma—. Estoy tratando de controlar todo lo que pasa por mi cabeza para poder entender lo que pasa por la tuya. Respuestas, eso es todo lo que te pido.

Y te las estoy dando —profiere.

Pero quiero que seas más específica. ¿Qué estabas haciendo en la casa de Carl ese día? ¿Ya se habían visto antes ahí? ¿Por qué tuviste que matarlo?

Paula respira profundo en búsqueda de valor.

No... no conocía a Carl, o por lo menos no sabía que él era el informante. A nosotros...

¿Los asesinos o los informantes? —interrumpes.

Paula te mira con desapruebo, encontrando un tanto ridícula tu pregunta. Pero, al parecer se da cuenta que tu aclaración es necesaria.

Los asesinos —raspa su garganta—; como te seguía diciendo. A nosotros nos suelen mantener en el anonimato para evitar que nos acerquemos a las personas que necesitan que matemos.

¿Entonces por qué lo mataste? ¿Era uno de tus «trabajos»?

No. Nada de lo que pasó en ese lugar tenía que ver con «el trabajo», así como tú le dices.

¿Y...?

Luego del asesinato en el hospital, Carl comenzó a sospechar de mi como la asesina. Él sabía que el sujeto en el callejón tenía que morir, pero, el que yo estuviera en él le pareció raro desde el principio.

Entonces...

Sí, unió los cabos. Tampoco es que fuera muy inteligente, solamente resaltó lo obvio.

Sí...

El caso es que, no fue sino hasta después del atentado a la jefatura que empezó a acosarme —te mira con lastima— ¡Pero yo no estuve involucrada! Lo juro.

Te cuesta creerle pese a que en un principio pensaste que aquel que mató a tu padre no pudo haber sido el mismo asesino que buscabas. Era rudimentario, poco delicado y un tanto descuidado.

Yo estaba contigo ese día, pero no dejo de sentirme culpable todo el tiempo —se lamenta—.

De no haber querido que todo esto pasara, ellos no habrían querido obligarme a actuar al intentar cubrir sus huellas con respecto a las sospechas de los asesinatos. Ellos nunca pretendieron que la policía se entrometiera, y fue por eso que movieron sus hilos para que Carl estuviera involucrado.

Mi padre fue quien asignó el caso a Carl.

No... Carl solicitó el caso.

Las cosas comienzan a tener sentido.

Pero, ¿Cómo así que ellos no pretendían que la policía se entrometiese? ¿No fue para eso que te mandaron a matarlos?

No —responde de manera contundente—, ellos querían que matara a dos hermanos que estaban haciendo mucho dinero en peleas clandestinas junto a un cómplice del mismo modo que siempre; en silencio y que solamente las personas adecuadas recibieran el mensaje.

¿Entonces? No entiendo.

Pero yo no quise que las cosas pasaran así, por lo que me tomé la libertad de delatar mi posición para poder enfrentarme a él y dejarlo muerto en el medio de su entrada, esperando toda la noche hasta que alguien se diera cuenta del cuerpo para reportar el trabajo terminado.

¿Entonces, el golpe en el cuello? —tuve que dárselo cuando vi que la mujer esa apareció. Ya le había cortado el cuello y marcado el pecho con el molde.

¿Y qué con el segundo?

La misma historia.

¿Querías que se descubriera el cuerpo y por eso fuiste deliberadamente obvia?

Eso te explica por qué fue deliberadamente obvia, más no el por qué quería que la descubrieran. Sin embargo, decides no interrumpirla y dejar esa pregunta para más tarde.

Sí. Pero no quería esperar una noche entera a que apareciera una estúpida testigo, además que sabía que nadie en ese lugar lo iba a reportar.

¿Entonces por qué dejarlo ahí?

Porque ahí estábamos cerca de uno de los negocios de la gente para la que trabajaba.

Y querías que...

Sí, quería que alguien se diera cuenta de ese detalle y por eso llamé al novecientos once.

Y, gracias a eso, empecé a husmear por los alrededores.

Te sientes orgulloso de ti mismo, pese a que tuviste un poco de ayuda.

Pero el del callejón... —recuerdas.

Sí, el de callejón también fue intencional, por lo menos hasta que ustedes dos aparecieron.

¿A plena luz del día?

Alan, he matado a más personas hoy y aun no eran las dos de la tarde.

Tiene razón.

Así que me dejé golpear —continúa— y bueno, eso desató lo que vino después.

Eso explica ciertos detalles en los asesinatos anteriores, pero, no explica el del hospital.

¿Y el del hospital? —preguntas.

Ah, sí, ese fue un poco difícil, dado que tenía seguridad y el asesinarlo me pondría en sospecha.

¿Entonces por qué no lo hizo otro? —preguntas.

Ella suspira, haciéndote ver que esa era otra historia.

Bueno, la versión corta es que cuando comenzamos un trabajo, nadie más debe terminarlo.

¿Y eso?

Políticas de la empresa —bromea ella, muy, pero muy sutilmente.

Ambos asoman una sonrisa suave.

Pero sí. Es eso. Así que tuve que arreglármelas para salir de la casa sin que el escolta me viera, sin que tú sospecharas de mí y entrar al hospital, evadir al guardia, esconderme por varias horas para que no se diera cuenta, acomodar el monitor, envenenar al tipo y luego esperar a que muriera para cortarle el cuello y macarle el pecho con el molde.

¿Pero cómo saliste de ahí?

Por mera suerte. Las cámaras tenían tiempo sin funcionar y el guardia se antojó de un café. Aproveché mi oportunidad en ese momento y salí tan rápido como pude. Tuve más suerte aun, cuando el policía este les dijo a todos que nunca se alejó de la puerta del cuarto.

Y así Paula te explicó todos y cada uno de los asesinatos relacionados con tu caso, a excepción de uno.

Y... —intentas hacer tu pregunta, pero ella te interrumpe.

Sí... el ataque a la jefatura.

Con apremio, insiste haciendo un mohín.

Ahí fue cuando las cosas se me salieron de las manos... las cabezas de las familias para las que estaba trabajando exigían resultados. No querían que los asesinatos siguieran saliendo a la luz ni mucho menos que estuvieras husmeando por los alrededores, lo que los llevó a tomar una estúpida y descabellada idea: atacar la jefatura.

No entiendo por qué lo harían.

Porque querían deshacerse de ti.

Entonces, la sospecha de Carl era verdadera. Lo reconsideras, pero Paula se te adelanta.

Carl les hizo saber que el problema con todo esto eras tú, y después de descubrir que tú y yo teníamos algo, propuso esa idea... las cabezas le dieron la orden de ejecutarla y, en medio de todo el caos, asesinó a tu padre.

¿Qué?

La noticia te impactó más que cualquier otra cosa; que hiciera algo como eso, te destruyó por completo.

Carl estuvo contigo todo ese tiempo, a pesar de que no lo tolerabas, llegaste a comenzar a quererlo como pareja, creías que podías confiar en él. Y luego de que lo matara Paula y descubrir que era el informante, le ofreciste el beneficio de la duda porque no le diste la oportunidad de explicarse, ¿Por qué no lo podía hacer!

Te debatías entre la posibilidad de que tuviera una razón lo suficientemente lógica para hacer todo eso; querías creer que aún era bueno. Pero, visto desde ahora, ¿Acaso alguna vez lo fue?

No tenía control alguno de la situación. Se suponía que no debería estar ahí, que utilizaría aquel ataque para llamarte, pedirte que te unieras al intercambio de balas y murieras en el proceso...

¿Carl me quería matar? —aun no concibes esa idea. Te cuesta creer que fuera tan despiadado.

Carl quería ser alguien en la mafia... Carl pensó que con eso podría conseguir que le tuvieran suficiente confianza como para ofrecerle un mejor cargo, más participación, ser alguien en aquel mundo... pero supongo que nada de eso resultó.

De la confusión, nació una ira descontrolada que te aceleró el corazón. Lentamente ibas perdiendo el control de tus sentidos, querías saber por qué, querías que él mismo te lo dijera. ¡Deseabas haber sido tú el que lo hubiera matado!

¿Y por qué lo mataste tú? ¿Te lo ordenaron?

No... —se yergue, segura y llena de oscuridad—. Lo maté porque quería.

De repente, te invade un escalofrío que recorre tu cuerpo completo. Recuerdas que es una asesina.

No tardé mucho tiempo en descubrir que había sido él, que todo lo que hizo no era parte del plan y, a pesar de que a ninguno de los altos mandos les gustó, no le hicieron nada.

Y por eso estas matando a todos, por eso lo mataste a él. —Hablas más suave, sin darte cuenta que esa no era su motivación. Te cuesta hacerlo porque ahora estás bajo la sombra de una intensa presencia.

Lo maté porque te hice una promesa.

Comienzas a hacer memoria. Aquella noche en la que Paula te confesó que quería ayudarte, en la que deseaba poder hacer algo al respecto, estaba diciendo la verdad. Ahora en retrospectiva, imaginarte a esa mujer indefensa decir algo que sí estaba dispuesta a hacer, de nuevo te hizo temblar.

Hoy, viste cómo cumplía su promesa. Tragas saliva y te quedas sin palabras.

Fui a enfrentarlo para saber por qué lo había hecho y él, como un idiota, me lo contó todo. Yo solamente quería eso y, sin más nada que me pudiera ofrecer, me dispuse a matarlo.

¿Por qué simplemente no le disparaste?

Porque quería que le doliera primero, pero, justo cuando estaba por acabar, tu apareciste. No sabía que él te había citado.

Su intensa mirada se queda fija en tus ojos. Querías preguntarle más, pedirle más explicaciones a pesar de que lo que te estaba diciendo parecía suficiente, pero, el temor a enfrentar a alguien así, no te dejaba respirar. Era la misma mujer con la que has estado durante todo este tiempo, pero, sus ojos eran diferentes.

De un segundo a otro, su ser cambió, pasó el interruptor y se convirtió en la asesina que es. No encuentras remordimiento en su mirada, en su forma de hablar. Ella está preparada para esto, acostumbrada, tal vez, ni sentimientos tiene.

Aclaras tu garganta, bajas la mirada e intentas no dejarte consumir por ese ser tan imponente. Necesitas suficiente valor para hacer esa pregunta.

¿Sentiste algo por mí? —las palabras te irritan la garganta, sientes un nudo ahí y en el pecho que duele y arde.

No sabes qué va a responder. No habías concebido eso antes porque evadir esa pregunta era mejor que cualquier otra cosa. Pese a que deseabas escucharla, no estabas preparado.

Yo sentí todo por ti —te confiesa—, y creí que podría guardar ese sentimiento para siempre y estar a tu lado por mucho tiempo. Pero, todo se salió de control.

La frialdad se desvaneció de su voz, lo que te permitió levantar de nuevo la mirada. Ahora, crees que es buen momento para hacer la pregunta que estabas guardando.

Y... ¿Por qué era tan importante que te descubrieran?

Quería que todo esto se acabara —dice—, ya estaba harta de la forma en que estas personas hacían sus trabajos. No quería que siguieran atormentando a tantas personas simplemente porque querían más poder. Al principio, era simplemente asesinar a la competencia, a personas que realmente generaban problemas; pero, de unos años para acá, pasó a ser un deporte macabro.

¿Cómo así?

Asesinaban para causar terror. Querían el control completo de todo y que todos a su alrededor los respetaran o les temieran... la verdad no sé qué necesidad tenían de hacerlo. Personas inocentes comenzaron a morir deliberadamente; el que no se dejaba pisar por ellos, desaparecía junto a todo lo que alguna vez quiso. Y no lo pude soportar.

Estás limpiando...

Y mi plan era hacerlo en silencio. Sin que se supiera y que la policía hiciera el resto...

Pero te descubrí...

Y ahora, todo está fuera de control.

Sus miradas no se apartan. Aun no sabes si odiarla, pero, no te cuesta nada aceptar que la amas realmente. Esa dualidad te carcome, y no te deja digerir lo que sucede. Pero, ese pequeño momento de tranquilidad desaparece en cuestión de segundos.

Se sonríen, sus ojos se evalúan mutuamente, deseando estar en un mejor lugar, en otro tiempo, sin problemas, adversidades, muertes ni demás. Sientes que las cosas están mejorando. Del parpado de Paula se escapa una lagrima, solo una que sirve de presagio para lo que viene.

Tengo que terminar lo que empecé —reacciona, tratando de regresar a esa misma actitud pedante del principio, pero ahora no suena decidida, sino resignada—, antes de que les dé tiempo de escapar.

Por un momento creíste que con eso sería suficiente, que, el hablar con ella resolvería todo. Incluso, llegaste a pensar que tu mudo se estaba calmando: sin estrés, sin tensión y sin muertes. Desgraciadamente, no era así.

Paula te regala una última sonrisa que de repente se sintió como una despedida. Fue ahí cuando entendiste que ella no tenía pensado salir con vida de todo esto. Y sin más que decir, se empezó a mover.

Adiós, Alan. Cuídate mucho.

Pasó a tu lado, con cierto aire de melancolía y dolor.

Paula, espera... —la vuelves a tomar del brazo, pero, esta vez, no resulta igual.

En un único y rápido movimiento que te tomó por sorpresa, descubrió su arma y la apuntó directamente a tu cara.

Alan... no.

En su rostro había más lágrimas y su voz temblaba, aunque, nada más eso le vacilaba. Su mano estaba firme; sus ojos decían una cosa, pero, el arma frente a tu cara, otra. No dudaste ni un segundo que estaba dispuesta a usarla, ni siquiera si te amaba mucho. De inmediato, le soltaste el brazo y te apartaste un poco.

Por favor —dijo, retrocediendo lentamente—, no me sigas... no esta vez —traga saliva— o te juro que no dudaré en matarte —y la voz le tembló como si le hubiese costado decirlo.

Con lo sucedido hoy, sabes que Paula no jura en vano. Lo más lejos posible de ti, simplemente se marchó.

Capítulo 11: Un detective decidido

Detective, tu trabajo es detectar, no importa qué tengas que hacer para lograrlo.

La partida de Paula te dejó inquieto. Querías salir corriendo detrás de ella en cuanto cruzó la puerta, pero te detuvo la realización de su promesa. No sabes hasta qué punto llegaría para cumplir su cometido, sin embargo, tu nivel de estupidez es más grande que tu miedo.

Sin moverte, presa de la incertidumbre, pasaste los siguientes minutos de tu vida pensando en qué deberías hacer. Estabas completamente solo, literal y figurativamente. Sin arma, sin placa, sin autoridad ni un plan concreto. La situación se complicaba y los segundos te alejaban más de ella.

Al demonio —exclamaste, quebrando el hielo que te retenía.

Aunque, con todo lo que has visto, lo que ella te ha dicho y lo que ha pasado en general, no dejas de sentirte igual. Haberla visto significó un gran alivio para ti, te hizo sentir en paz y seguro, pese a lo obvio. Pero ahora, tanto tiempo después de lo sucedido, estás aquí, frente a la jefatura, pensando en si es mejor decirles lo que está pasando o ir a confrontarla tu solo, sabiendo que lo que sea que vayas a hacer definirá la forma en que sucederán las cosas. El asunto es, que no sabes para dónde ir.

Paula está masacrando la mafia se supone que ustedes deben estar investigando.

Es curioso la forma en que nada de lo que ha pasado hasta ahora, haya llegado aún a los oídos de las personas que se suponen que están buscando a esta gente.

¿Cómo sabes eso?

Antes de que llegaras, todos estaba absortos en su trabajo; no sabes en qué, pero seguro era importantemente aburrido. Gajes del oficio, aunque, si siguen esperando por tanto tiempo, se les va a ir todo de las manos.

Porque acabo de verla matar a un montón de gente.

¿Y por qué no nos dijiste antes? —exclama, entrando en acción.

El grupo de cuatro personas que estaba en ese momento trabajando con el sujeto al que le acabas de hablar (quien te conoce, pero tú no tienes ni idea de quien es), comienza a moverse con apremio. No sabes por qué; aun no le dices donde ni cómo.

Te estoy diciendo que acabo de verlo —observas con puntualidad—, o sea, que justo eso fue lo que hice. Venir directo para acá.

Sin respuesta, pero con la intención de tratarte groseramente, se queda en silencio para luego agregar:

¿Y por qué demonios lo sabes? ¿Qué estabas haciendo? —te interroga.

Evades la pregunta.

¿Acaso ustedes no deberían tener a alguien cuidando todos los negocios de esta gente? —preguntas.

¿Acaso sabes cuantos tienen? —se queja— ¿Nos vas a decir o no?

¿Qué tanta información les quieres dar?

Busca en los negocios entre la sexta y la octava avenida de Los Sevos... ahí fue la última vez que la vi...

Todos comienzan a correr de un lado a otro, gritando la dirección a donde van mientras que piden desesperadamente que se apresuren. Tu intención es llegar a Paula antes que ellos, así que cuando encuentren todos los cadáveres de los lugares a los que los enviaste, puede que ya habrá

sido muy tarde para ellos o tal vez no tanto, sin embargo ¿Hiciste bien?

Paula debería estar yendo al siguiente lugar en donde trabajen, el asunto es que no sabes cuál es. Así que, buscando entre los que están en esa oficina, reconoces a uno de los pasantes.

Ey, tú... —llamas al chico— ¿No sabes si esta gente tiene las casas seguras de los mafiosos?

Esperas que sepa algo, los pasantes siempre saben cosas; nadie les presta atención por lo que nunca se cuidan cuando hablan cerca de ellos. El chico, por otro lado, está realmente nervioso. No es la primera vez que lo ves, pero sí la primera en la que le hablas.

¿Hola? ¿Aló?... ¿Sabes algo? —buscas a llamar su atención.

No... este... digo, sí...

¿Aja?

Ese tipo de cosas las maneja el agente Peirce.

Supones que ese es el tipo con el que acababas de hablar. Agente, así que no es un oficial de policía.

¿Y no sabes en donde la guarda? —te acercas a él, con cierta intención malévol.

* * *

El tiempo pasa y no puedes correr el riesgo de que se den cuenta que llegaron tarde. Técnicamente hablando, no has hecho nada malo, así que tampoco pueden enojarse contigo. Pero no pienses en eso. De los tres puntos de reunión de los criminales que has visitado, ninguno ha logrado escaparse de la peligrosa mira de Paula. No te imaginas el infierno por el que tuvo que haber pasado para superar todos esos lugares.

Sin nada que envidiarle a los que visitaste temprano, decides que lo más inteligente es acelerar el paso e ir al siguiente para probar tu suerte esperando encontrarte con ella. A este punto del día ya el resto de los investigadores y agentes que estaban sobre este caso, deben haberse dado cuenta que para encontrarla deben visitar los diferentes puntos que la mafia ha establecido. Por lo menos los archivos de Carl han servido de algo; no era tan estúpido después de todo como para no tener un plan de contingencia.

Continúas evaluando la situación de qué quieres que suceda y si estás seguro de que podrás vivir con cualquiera de las consecuencias de tu decisión. Quieres que todo salga bien pero no eres capaz de darle un significado a esa palabra, mucho menos, identificarlo de entre tantas cosas que pueden ser malas.

Según lo que pudiste ver de la información del agente Peirce, la siguiente casa debe estar a unas cuantas calles de donde estás. El sol comienza a ocultarse, recordándole a los ciudadanos que las calles se vuelven cada vez más peligrosas. Te cuesta creer que ninguno de ellos haya escuchado o visto nada de lo que ha estado pasando hasta ahora; tal vez simplemente no quieren hacerlo.

Estas en la deriva, con el arma en la mano y los sueños rotos. Ella sigue intentando que haga algo al respecto, pero tú no quieres, no es tu forma de hacer las cosas. No obstante, los segundos se hacen más largos solamente en tu cabeza.

Al llegar, te das cuenta que esta última guarida es un edificio residencial. Crees que has llegado tarde cuando logras escuchar el estruendo de los disparos. Crees que dejó las sutilezas de lado y comenzó a atacar sin más.

Por el escándalo que están haciendo y lo tanto que te has tardado en llegar acá, supones que falta poco para que los policías aparezcan. Entras con cuidado, suponiendo que puede haber aun

peligro en los pisos inferiores. Ya no te aterroriza la idea de encontrarte a Paula muerta en el suelo porque supones que es lo suficientemente capaz como para acabar con todos ellos; pero las cosas simplemente no funcionan así.

A este punto del día ya debe estar débil, cansada y sin energías, lo que de por sí puede que complique de más la situación. Es probable que lo esté, además. Evalúas la zona rápidamente en búsqueda de su cuerpo o alguna cosa con la que puedas defenderte. Ves varias armas, así que supones que alguna debe estar cargada.

Cuando por fin encuentras una, te percatas de que es una SIG Sauer P220 y de inmediato te parece raro. Aunque, no tienes tiempo para pensar en eso. La coges y revisas cuantas rondas le quedan.

Está completa —dices.

Entre pensar qué hacía este sujeto con un arma de la policía y qué le motivó a no disparar mientras que había un enfrentamiento armado, decides reaccionar a lo que estás haciendo, así que, la cargas, y subes buscando el origen de los disparos.

Impactos de balas por todos lados, muertos, sangre, personas desarmadas que te asustan de repente y a quienes adviertes que no se te acerquen levantando el arma; yendo de un lado a otro huyendo del enfrentamiento de arriba. Te encuentras con diferentes salidas, escaleras, puertas... y tratas de evaluarlas una por una hasta que sientes que no estás haciendo nada productivo.

Quieres encontrarla antes de que sea demasiado tarde.

Paula no se encuentra abriendo todas las puertas, ella está barriendo a los que tienen arma y continua al siguiente lugar, su vendetta está siendo efectiva a su propia manera. Escalón por escalón, piensas que estás cada vez más cerca de alcanzarla. Sabes que está aquí, porque los muertos siguen apareciendo y los estallidos de las armas no dejan de sonar.

Antes de que te des cuenta, ambas armas están arriba. La situación comienza a complicarse segundo a segundo. No sabes cómo llegaste a este punto, pero no puedes simplemente retroceder. Ella dispara dos veces por reflejo, pero, te da tiempo de esconderte detrás de una columna.

¡Paula, soy yo! —dices— ¡No dispaes!

Esperas que con eso sea suficiente para que baje su arma y puedan hablar. Después de todo, no les debe de quedar mucho tiempo antes de que llegue toda la policía. Estás plenamente seguro de que se encuentran cerca. Así que, confiado, sales de la columna, esperando poder tener otra buena conversación con ella.

Sin embargo, Paula tenía otro plan. A penas te vio, dispara dos veces más, lo suficientemente lento como para que te dé tiempo de regresar a lo único que te protege de ella.

¡Te dije que te iba a disparar, Alan!... ¡Te pedí que no me siguieras!

¡No te seguí, Paula! ¡Te busqué! —intentas mejorar el ambiente tenso y mortal. Parece que no es lo más adecuado para esta situación, aunque, los nervios te tienen rozando el borde de la locura.

Ves que entiende tu innecesario punto y suspira, descomponiendo su seriedad por unos segundos.

¡Es lo mismo! —dispara de nuevo, a pesar de que no te has movido, regresando a ese punto de tensión.

¡Joder, Paula! ¿Qué carajos intentas? —Te irrita que te siga disparando ¿Y si te mata?

Quieres poder verla a los ojos, ya que supones que de esa forma podrás lograr que te escuche, que te entienda y deje de hacer lo que hace.

¡Podemos arreglar esto! ¡Podemos hacer que funcione! —legítimamente convencido de que

saldrán de esta.

Pero Paula no piensa lo mismo.

Lo siento... no voy a dejar de hacer esto, Alan. No mientras ellos sigan aquí.

Sofí, por favor, no sigas —dices, con el arma en guardia y evaluando el mejor momento para salir de ahí—, ya has hecho suficiente.

Repentinamente, decides asomarte un poco, ella responde disparando de nuevo, obligándote a regresar. Pero esta vez no se detiene. Sigue apretando el gatillo, una y otra vez. Experimentas el verdadero terror; no sabes qué hacer porque no quieres simplemente salir y dispararle, detenerla con una bala, ni mucho menos, morir si haberle dicho todo.

Así que solamente te cubres la cabeza y apartas lo más que puedes del borde de aquella pared, hasta que el arma deja de disparar.

¡Joder! ¡Por qué me disparas!

Pero Paula sigue apretando el gatillo pese a que no salen más proyectiles.

Lo siento Alan. Lo siendo demasiado —dice ella.

El tono de su voz y la forma en que sus palabras se cortan una a la otra, te hace suponer que está llorando.

No tienes por qué hacerlo Sofí. Puedes dejar que todo esto se acabe aquí. No tienes que seguir.

Quieres que lo crea tanto como tú.

Y ¿Hacer qué, Alan? ¿Hacer cómo si nada? —vacila— ¡Esto aún no se acaba! ¿No lo entiendes?

Pero no sabes qué más decirle. No quieres mentirle diciendo que las cosas serán como antes porque sabes muy bien que no es así, mucho menos que no la perseguirán, y que no tendrá que vivir cuidándose la espalda el resto de su vida.

Aun así, sabes que lo que ha hecho no es tan malo, ampliando el panorama, simplemente está asesinando a un montón de personas malas; hasta donde sabes y quieres creer. Sin embargo, reconoces que esto no se puede quedar así.

Recuerdas que Paula se quedó sin balas, así que decides salir una última vez. Cuando por fin logras mirarla a los ojos y ves que no está disparando, sientes que ahora sí pueden hablar. Aun con eso, no bajas tu arma, aunque evitas apuntarle directamente.

Mejor hablamos de esto, Sofí, podemos resolverlo.

¿En serio? ¿En serio crees que puedes hacer que todo esto se acomode? —te mira, realmente segura de que no hay manera de salirse de esta—, estas personas saben quién soy, saben los que les he hecho. Si les doy la oportunidad, me matarán en cualquier momento.

¿Qué estás intentando? ¿Qué quieres?

Intento poder mejorarlo todo. Mientras más, mejor —dice—, estas personas han hecho mucho daño. Viven del dolor, del sufrimiento de seres indefensos e inocentes. Se aprovechan del necesitado y lo exprimen hasta que no les puede dar más.

Paula, mueve las manos con agresividad, sin despegar la mirada de ti, ni dejar llorar, o moverse de donde está. No sabes por qué una persona como ella, puede estar llorando.

Alan, estas personas secuestran niños, asesinan personas sin dudarlos; prostituyen, trafican, roban, desmantelan sociedades... ¿En realidad crees que es nada más aquí? ¿Qué solamente han asesinado sin repercusiones en esta ciudad de mierda? ¡No, Alan! Están en todo el mundo; robando, saqueando, destruyendo.

¿Entonces por qué estabas con ellos?! ¿Por qué no te fuiste y ya? ¿Por qué empezaste a trabajar

para ellos en primer lugar? —dices.

La mirada de Paula vacila. Repentinamente deja de hablar para tragar saliva y mirar al suelo.

¿Por qué? —insistes.

Siempre he querido acabar con ellos, y por eso comencé a trabajarles —suspira—. Yo sé que no hay nada que pueda hacer para detenerlos, que lo que haga aquí no significa nada en el gran esquema de las cosas.

¿Entonces? ¿Por qué insistes? —la tensión aumenta, sientes que cada vez te queda menos tiempo.

Porque no puedo detenerme.

¡Claro que sí puedes! Déjalo todo y vete antes de que te atrapen.

No, Alan. No puedo simplemente dejar esto si terminar lo que empecé. No sabiendo lo que saben de mí.

Paula, levanta la mano con la que no sostiene la pistola, sin alzar la mirada, y la lleva a la altura de su cintura justamente en su espalda. A la defensiva, reaccionas sin pensarlo.

¿Qué estás haciendo? No lo hagas, Paula. ¡No lo hagas!

Pero ella no se detiene. Sigue llevando su mano hasta ahí, lentamente, queriendo alcanzar algo. Temes lo peor. Tu arma ahora sí apunta a ella directamente. Aún no ha sacado con lo que piensa atacarte y ya estás evaluando qué hacer y si en realidad estás dispuesto a hacerlo. Y, de repente, los dos voltean a la izquierda.

A lo lejos, se escuchan las sirenas de los coches policía; tenías razón, estaban por llegar. Aprovechando esa pequeña distracción y pasando de un movimiento lento a uno, por lejos, más rápido, libera su pistola de un cartucho vacío al mismo tiempo que saca uno nuevo y lo encesta en el arma.

Paula, no...

Lo siento, Alan. Tengo que hacerlo, alguien tiene qué —dice, afligida, con un aire de derrota.

Su forma de hablar te preocupa.

¡No Paula! —no bajas tu arma, porque de alguna, forma, decirle que no haga algo con ella, es más efectivo que demostrarle que no le harás daño—, no tienes que ser tú; puede ser cualquier persona.

Alguien tiene que acabar con ellos; la policía no logrará nada. Encerrarlos no es la solución.

Pero es la ley.

La ley es una construcción social, Alan. Las personas crean una absurda sensación de bienestar alrededor de algo que fue creado para proteger los intereses de otros, no de todos —te dice, cambiando su mirada a una más fría, a esa que te dice que es capaz de lo que sea—. Creen que están seguros, que les resolverá los problemas, pero, siempre, siempre hay un bendito hueco que deja que las cosas se salgan de las manos, que el que tiene más influencias gane, que el que tiene menor derecho de hacer algo, se quede con la ventaja. Esas leyes no son justas, nada lo es.

Acomoda la forma en que sostiene su pistola.

Si los detienen, se escapan; si les amenazas, seguirán haciendo lo mismo, pero sin que te des cuenta. Creamos delincuentes, asesinos, violadores; personas terribles y creemos que podemos controlarlos al reprenderlos un poquito. ¡No, Alan! Hay que acabar con ellos. Esta escoria —sientes el asco en su rostro—, esta... «basura», no puede seguir con vida, seguir haciendo lo que hace y salirse con la suya. Si puedo detenerlos, lo haré, si puedo hacerlos sufrir, lo haré también.

Sientes que cree lo que dice, pero no puedes simplemente estar de acuerdo.

Se puede encontrar una forma de que paguen y que no vuelvan a salir —insistes— puedes

ganar esta batalla.

Paula, intenta decirte algo hasta que se detiene en seco y no lo dice. Te mira decepcionada, evidentemente cansada de hacerte ver su punto. No baja el arma, pero te parece que ha liberado la presión de sus manos alrededor de esta. Su mirada fría desaparece.

No puedo ganar esta batalla ni porque los mate a todos —dice decepcionada—, pero no puedo vivir sabiendo que no hice nada para evitarlo.

¿Evitar qué?

Evitar que se propagara, que continúen acabando con lo que hay a su paso por avaricia, envidia, egoísmo; haciendo homenaje a su naturaleza autodestructiva —vacila, para luego suspirar de nuevo decepcionada—. No me voy a detener, Alan —ahora te mira diferente, te hace sentir el por qué quieres que se detenga—. Ni siquiera por qué tú me lo pidas.

Paula, ya has hecho suficiente.

Sí... puede ser cierto.

Vengaste a mi padre, y te lo agradezco; acabaste con los asesinos de la mafia, y está bien. Has desmantelado el negocio en esta ciudad, y eso es magnífico.

Aun no se acaba, Alan.

Quiero que te detengas.

Sí realmente lo quieres —y aprieta de nuevo su pistola, apuntándola aún mejor a ti— tendrás que matarme antes de que te dispare.

Pestañas con rapidez queriendo encontrar la forma de resolverlo ¡Debe haber algo que puedas hacer! ¡Tiene que! Desearías que la mano te temblara, pero no lo hace, no te tiembla desde hace tiempo ya, ni siquiera te duele; solamente sientes un dolor fantasma que te recuerda lo que alguna vez tuviste. ¿Será eso lo que sientes por ella ahora?

Estás seguro que su amenaza no son simples palabras vacías y que el arma con la que te apunta es una señal clara de que te disparará así sea necesario.

Tienes todavía las rondas en tu arma, está a la mira; sabes disparar, puedes hacerlo, pero, el corazón te palpita más fuerte de lo que jamás lo ha hecho en toda tu vida.

No lo hagas, por favor —sientes como se te escapan las lágrimas—, no me obligues a hacerlo.

Pero no te responde. Sus ojos están fijos en ti, la expresión fría que tiene no te inspira ningún tipo de compasión de su parte. Está decidida y tú eres un obstáculo.

Si no me matas, tendré que dispararte y a todos los que vayan a venir, Alan...

Sofí, yo...

¿Qué va a hacer, detective? —te pregunta, sonriéndote con malicia; no es la misma Paula con la que estabas hablando.

Las sirenas se escuchan más cerca, ya puede que estén requisando el lugar para ver si está aquí. En cualquier momento aparecerán detrás de ti y comenzarán a disparar.

Ya descubrió a su asesino, detective; se desmanteló la mafia —baja la barbilla para señalar al suelo— y este de aquí era el jefe de esta familia, así que... ¿Qué espera?

Aprietas tu arma tan fuerte que te tiembla el brazo, pero no lo suficiente como para fallar el tiro. Estas apuntando a su cabeza, estás seguro que puedes darle, pero, tu cuerpo no reacciona como quieres.

Sofí... no hagas esto, por favor.

Detective...

La presión te hace escuchar las voces de los policías y sus pasos subiendo los escalones.

Sofí, yo te amo...

Las lágrimas te obstaculizan la vista mientras que la tensión de dispararle se asemeja a la de aquella vez con Tris. Aunque en ésta no se trate de hombre loco queriendo acabar con la vida de una inocente chica, sientes que, la chica que cae diez pisos, eres tú.

No quieres hacer lo que sabes que debes, pero, Paula te mira decidida. Los policías están acercándose más y debes decidir entre morir o matar por amor. Definitivamente, todo era más sencillo cuando se trataba de un asesino.

¡Despejado! —escuchas que dicen, puedes jurar que están detrás de ti.

Y yo a ti, Alan —responde al fin Paula.

La sonrisa te tiembla, tanto como debería hacerlo tu mano.

¡Alan, baja el arma!

Y, en cuestión de segundos, te sonrío, evocando una despedida, al mismo tiempo en que su semblante cambia por el de una persona que sabe que puede asesinar a todos los que están en ese piso, no puedes permitir que eso pase.

Y un único disparo se escucha en ese lugar.

Caes de rodillas levantando las manos, sabiendo que, tu caso, está finalmente cerrado.

fin

¡Muchas Gracias!

Sería un enorme ayuda si me dejas un comentario honesto en el sitio de Amazon. De esta forma ayudarás a otros lectores a conocer tu opinión sobre la novela y a mi me ayudas enormemente para saber que te gusto y que puedo mejorar como escritora.

Un fuerte y caluroso abrazo, tu amiga.